

PAZ

CON

DIOS

(Billy Graham)

ÍNDICE

PRIMERA PARTE: EL PROBLEMA	3
I. LA BUSQUEDA	3
II. LA BIBLIA	10
III. DIOS	16
IV. EL PECADO	22
V. EL DIABLO	31
VI. DESPUES DE LA MUERTE. . . ¿QUE?	38
SEGUNDA PARTE: LA SOLUCIÓN	48
VII. POR QUE VINO JESUS	48
VIII. COMO Y POR DONDE EMPEZAR	60
IX. EL ARREPENTIMIENTO	67
X. LA FE	72
XI. EL NUEVO NACIMIENTO	80
XII. CERTIDUMBRE	86
TERCERA PARTE: LOS RESULTADOS	91
XIII. LOS ENEMIGOS DEL CRISTIANO	91
XIV. LAS REGLAS DE LA VIDA CRISTIANA	97
XV. EL CRISTIANO Y LA IGLESIA	103
XVI. LAS OBLIGACIONES SOCIALES DEL CRISTIANISMO	111
XVII. EL PORVENIR DEL CRISTIANO	121
XVIII. PAZ, POR FIN	130

PRIMERA PARTE: EL PROBLEMA

I. LA BUSQUEDA

«Y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón.»

Jeremías 29:13

Comenzaste la gran búsqueda en el momento de nacer. Quizá pasaron varios años antes de reconocerlo, antes de que te dieras cuenta de que buscabas algo que no poseías, algo más importante que otras cosas de la vida. A veces has procurado abandonar esa búsqueda. Has tratado de que la ocupación del momento te absorbiera de tal manera que no te dejase instante o pensamiento libre. En otras ocasiones te has sentido libre de la urgencia de seguir buscando ese algo indefinido. De vez en cuando te has sentido aprisionado por ella y la has comenzado de nuevo.

Durante los instantes más solitarios de tu vida, has observado a otros hombres y mujeres y te has preguntado si ellos también buscaban ese algo que no podían explicarse, pero que anhelaban y necesitaban. Unos parecían sentirse más felices y menos preocupados que tú; otros demostraban haber encontrado la satisfacción en el matrimonio y en la vida hogareña; algunos, alcanzaron en otras tierras fama y fortuna y, por último, los que quedaron en sus lares, prosperaron y, al verlos, tal vez pensabas: «Estos no se han entregado a la gran búsqueda, ya encontraron su camino, escogieron lo que querían y están satisfechos. Sólo yo voy por esta senda que no conduce a ninguna parte, y transito sin compañía, preguntando, buscando, tropezando, sin encontrar señal alguna que me guíe.»

Más no estás solo. Todo el mundo viaja contigo, puesto que toda la Humanidad está empeñada en esta misma búsqueda. Toda la Humanidad procura hallar una respuesta a su confusión, a la enfermedad moral y al vacío espiritual que sufre. Todos los hombres piden dirección, consuelo y paz.

Se nos dice que vivimos en una «época de ansiedad». Los historiadores señalan el hecho de que han existido pocos períodos en la Historia en los que el hombre haya estado sujeto a tanto temor e incertidumbre. Todos los aspectos comunes parecen haber desaparecido. Hablamos de paz, pero nos amenaza la guerra. Ideamos proyectos complicados para la seguridad, pero no la hemos logrado. Echamos mano de cualquier cosa deleznable y, en el momento que la tocamos, se nos escapa.

Durante muchas generaciones hemos corrido como niños asustados, por callejones sin salida, y nos decimos: «Este es el camino que nos conducirá al lugar deseado», y cada vez nos damos cuenta de que nos hemos equivocado.

Una de las primeras sendas que escogimos tenía como lema «la libertad política». Demos a todos la libertad —dijimos— y el mundo alcanzará la felicidad. Elijamos a nuestros propios gobernantes y tendremos la clase de gobierno que hará que la vida valga la pena. Obtuvimos la libertad política, pero no logramos un mundo mejor. Los periódicos

informan de la corrupción de los altos cargos, del favoritismo, de la explotación y de la hipocresía, que es igual al despotismo de los antiguos tiranos y, a veces, peor. La libertad política es algo precioso e importante, pero por sí sola no puede guiarnos a nuestro destino.

Otro derrotero de esperanza fue «la cultura», y en ella depositaron muchos toda su fe. La libertad política, unido a la cultura, nos dará la clave del éxito, se decía, y todos nos lanzamos locamente por la senda de la cultura. Durante mucho tiempo pareció ser una ruta luminosa y certera, y transitamos por ella con paso presuroso y seguro. Más, ¿a dónde nos ha conducido? Lee los reportajes de las investigaciones en las escuelas y en las universidades, lee acerca de las contiendas entre los dirigentes de las escuelas, de las doctrinas peligrosas a las que sucumben maestros de escuela, del número (que cada vez aumenta más) de criminales bien «cultivados» en nuestras cárceles y pronto te darás cuenta de que la cultura por sí sola no es suficiente.

La senda más luminosa y atrayente de todas es para muchos la de «un más alto nivel de vida». Casi todos pensaron que podía confiarse en ella para llevarnos automáticamente a un mundo mejor. Se creyó que era el camino seguro. Era la ruta de «oprima el botón». Era éste el sendero que conducía, a través de hermosos anuncios a todo color en las revistas, a los flamantes coches nuevos, a las relucientes filas de neveras eléctricas, a las lavadoras automáticas, a los apetitosos pollos preparados en ollas exprés. Teníamos, esta vez, la confianza de haber llegado a la meta; los otros podían haber sido callejones sin salida, pero éste, no.

Ahora bien, observa las condiciones actuales. En este mismo momento de la Historia, mira a esta América en la que hay tanta libertad política cual no se ha soñado en muchas partes del mundo civilizado. Mira el sistema de educación pública más extenso y trascendental que el hombre haya creado; dentro y fuera del país somos elogiados por nuestro alto nivel de vida. «La vida americana», así nos agrada llamar a esta economía nuestra, electrificada, automática y cromada, ¿nos ha hecho felices? ¿Nos ha dado el gozo, la satisfacción y la razón de vivir que buscamos?

¡No! Mientras estamos aquí satisfechos y orgullosos de haber logrado lo que las generaciones anteriores únicamente soñaron; mientras atravesamos los océanos en horas, en lugar de meses; mientras producimos drogas maravillosas que eliminan algunas de las enfermedades más terribles; mientras levantamos edificios al lado de los cuales la Torre de Babel no es más que un hormiguero; mientras descubrimos cada vez más los secretos misteriosos que se esconden en las profundidades del mar y escudriñamos más y más el espacio, ¿perdemos, acaso, siquiera un ápice de esa vacuidad que hay dentro de nosotros? ¿Nos ayudan a explicar el por qué estamos aquí? ¿Nos indican lo que debemos aprender?

¿O persiste en nosotros, más bien, este terrible sentido de vaciedad? Cada nuevo descubrimiento, ¿te consuela o te hace sentirte más solitario y desesperado que nunca, en medio de la enorme magnitud del Universo? ¿Acaso se encuentra el antídoto para el temor, el odio y la corrupción, en alguna probeta de laboratorio o en el potente telescopio del astrónomo?

No podemos negar que la ciencia ha proporcionado al hombre muchas cosas excelentes. Pero, ahora, esta misma ciencia nos ha traído el descubrimiento más terrible que

jamás se haya entregado al hombre. La vida y el futuro de todo ser viviente sobre este planeta, están afectados por este descubrimiento de la ciencia. Se yergue como una negra sombra detrás de nuestros pensamientos. Se halla como un espectro de horror en los sueños de nuestros hijos. Fingimos que no está ahí; pretendemos no haber recibido tal don; imaginamos que es sólo una broma cruel y que algún día nos despertaremos y hallaremos que realmente no se ha inventado la bomba H y que nunca se ha fabricado la bomba A. Pero el periódico matutino nos desengaña.

Por supuesto que hay otras sendas, y son muchos los que andan por ellas en estos días. Caminos de fama y de fortuna, de placer y de poder, pero ninguna lleva a otra parte que no sea a un profundo lodazal. Estamos atrapados en la red de nuestros propios pensamientos, encerados tan bien que ya no podemos ver ni la curación de la enfermedad que ocasiona dolor tan mortal.

Si es verdad que «para cada enfermedad hay un remedio», entonces hemos de apresurarnos a descubrirlo. La arena del reloj de la civilización está deslizándose rápidamente, y si existe una senda que lleve a la luz, o un camino hacia la salud espiritual, ¡no debemos perder ni una hora en seguirlos!

Muchos titubean en estos tiempos de crisis, y saben que sus esfuerzos no les conducen hacia arriba, sino hacia el abismo. En el transcurso del año pasado, el pueblo norteamericano gastó ciento veinticinco millones de dólares en hacerse decir la buenaventura. ¡Ciento veinticinco millones de dólares pagados por hombres y mujeres frenéticos y temerosos a otros descarriados igual que ellos, para que dieran erróneas respuestas a sus ansiosas preguntas!

El año pasado, más de dieciséis mil norteamericanos, que ni aun estas respuestas encontraron, prefirieron suicidarse a seguir vagando por esta jungla, fabricada por los hombres, que llamamos civilización.

De manera que tú te preguntas: ¿Dónde estamos ahora y a dónde vamos? Permíteme que te diga dónde estamos y qué somos. Somos una nación de gente vacía, de cabezas llenas de conocimientos, pero dentro del alma llevamos un vacío espiritual.

Nos quejamos de que la juventud de este país haya perdido su incentivo, su disposición de trabajar y de mejorar. Diariamente oigo decir a algunos padres que no saben qué les pasa a sus hijos que no quieren esforzarse y desean que se les dé todo hecho. Los padres no parecen entender que sus hijos, aparentemente bien educados y cuidadosamente criados, en realidad están vacíos, vacíos del espíritu que hace del progreso un placer. Y, ¿por qué están vacíos? ¡Porque no saben de dónde vinieron, ni por qué están aquí, ni a dónde van!

Se parecen a las filas de automóviles nuevos, perfectos en todos los detalles, pero sin gasolina en el depósito. Lo exterior es muy hermoso, pero no hay nada en su interior que les dé potencia. De forma que permanecen inmóviles y se oxidan de aburrimiento.

Se dice que el pueblo norteamericano tiene el más alto promedio de aburrimiento entre los pueblos de la tierra. Eso lo sabemos porque posee mayor número y más variedad de diversiones artificiales que ningún otro pueblo. Las personas han llegado a estar tan vacías, que no saben divertirse, tienen que pagar a otras para que las diviertan, para que les

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

hagan reír, para que provoquen en ellas la hilaridad, la alegría ficticia, para sentirse cómodas, aunque sea por breves minutos, para tratar de librarse de esa sensación de perdición y soledad.

Tal vez pienses que el aburrimiento es cosa de poca importancia. Todos se aburren de vez en cuando, dirás, y ello es natural. Mas permíteme decirte algo en cuanto al aburrimiento y a esa apatía peligrosa que lentamente penetra en las mentes y en los corazones del pueblo. El hombre es la única de las criaturas de Dios que es capaz de aburrirse. Entre los seres vivientes, sólo él puede aburrirse de sí mismo o del ambiente que le rodea. Esto es muy significativo, ya que el Creador nunca hace las cosas sin una intención; y si dio al hombre la capacidad de aburrirse, lo hizo con un propósito.

El aburrimiento es una de las formas más seguras de medir el vacío dentro de uno. Es tan exacto como el termómetro para decirnos cuán vacío está el espíritu. La persona que está completamente aburrida, vive y trabaja en un vacío. Su ser interior es un vacío y no hay cosa más odiada por la misma naturaleza que el vacío. Una de las reglas infalibles del Universo es que todo vacío sea llenado, y llenado inmediatamente.

No tenemos que retroceder a los tiempos antiguos para ver lo que sucede a los pueblos espiritualmente vacíos. No necesitamos ir más allá de la reciente historia de Alemania, de Italia y de Rusia, para ver con qué velocidad mortífera llena la Naturaleza los vacíos dentro de nosotros. El fascismo y el comunismo no encuentran lugar en el corazón y en el alma de la persona que está llena del Espíritu de Dios, pero inundan con la mayor facilidad la mente y el corazón de los que esperan vacíos. La Naturaleza aborrece el vacío, mas nuestra responsabilidad como individuos es determinar con qué hemos de llenar nuestro vacío interior.

Así que formamos hoy una nación de gente vacía. Hemos tratado de satisfacernos con la ciencia y la cultura, viviendo mejor económicamente, con placeres, con otras muchas cosas que creíamos necesitar. Y, sin embargo, estamos vacíos. ¿Por qué? Porque el Creador nos hizo para Sí, y nunca encontraremos perfección y plenitud fuera de la comunicación con Él.

Hace muchos años que Jesús dijo: «No sólo de pan vivirá el hombre»,¹ pero no hemos tomado en cuenta sus palabras. Hemos seguido hartándonos de pan de todas clases. Nos hemos saciado hasta caer enfermos.

Ya no podemos soportar el terrible vacío dentro de nosotros, no podemos mirar el camino solitario y desolado que se extiende frente a nosotros. Estamos desesperadamente cansados del odio, la codicia y la lujuria, que sabemos están dentro de nosotros, pero somos impotentes para eliminarlos y llenarnos de algo mejor.

Mientras tanto, el tiempo se está acabando. Las herramientas para la aniquilación total están a nuestro alcance.

Ya no podemos aventurarnos por otras sendas falsas, ni podemos explorar otros caminos desconocidos; no podemos correr el riesgo de vernos atrapados en más callejones sin salida. ¡No tenemos tiempo suficiente para eso! Porque nuestra generación ha realizado

¹ S. Lucas 4:4

lo que las otras generaciones sólo intentaron hacer o soñaron hacer en sus momentos de mayor ambición de poder. Hemos logrado construir un arma de destrucción total. Hemos presenciado el clímax de la locura humana, ¡la desintegración del átomo!

¡Cómo deben haberse reído los demonios mientras algunos de los hombres más inteligentes de esta tierra trabajaban durante muchos años, con infatigables desvelos, para lograr este horror! ¡El átomo desintegrado! ¡Dividir y conquistar! ¡Partir, destruir, destrozarse, aplastar, derrumbar! Satanás ha hecho su obra, y los hombres le han ayudado con avaricia. Vemos ante nosotros la obra maestra del Demonio, su habilidosa falsificación de las lenguas repartidas de fuego divino. Pues esta hoguera satánica y las llamas del Pentecostés vienen igualmente de arriba, ambas son múltiples, ambas iluminan, ambas transforman instantáneamente todo lo que tocan, pero ¡con cuánta diferencia! ¡La diferencia entre el cielo y el infierno!

Vivimos en un mundo trastornado, en el que todo es confusión. Pero tú puedes estar seguro de que esta confusión se halla de acuerdo con un plan. ¡El plan de Satanás! La Biblia nos dice que Satanás es el gran impostor, y que se ha dedicado a la causa de nuestra propia decepción y a las decepciones que existen en el mundo. Nos ha inducido a creer que todo ha venido mejorando, cuando en verdad las cosas van de mal en peor.

Dice el gran erudito inglés, doctor Enrique Bett: «El torpe optimismo de 1890, cuando casi se dio por sentado que el mundo progresaba automáticamente hacia la perfección, es hoy imposible. La noción vaga de que la cultura, el humanitarismo y el "progreso" gradual conducirían inevitablemente a cierta utopía, ha sido justamente refutada por los acontecimientos desde 1928 hasta hoy. Las cosas no son tan fáciles. Satanás no ha muerto. Los principados y los poderes de las tinieblas viven todavía y el mundo entero aún se halla bajo el poder del Maligno.»

Todos reconocemos que el mundo ha cambiado radicalmente desde los comienzos de este siglo. Somos conscientes de su acelerada marcha, del espíritu revolucionario que arrasa las barreras y tradiciones establecidas, de la velocidad con que el lenguaje, las formas, las costumbres y nuestras maneras de pensar y de vivir se alteran y cambian.

Hace pocos años los niños se entusiasmaban con la esperanza de hacer un viaje a los puertos para ver entrar los grandes barcos. Hoy día se muestran indiferentes ante los helicópteros y aviones a reacción. Nosotros, que antes nos maravillábamos del telégrafo, ahora aceptamos sin ninguna sorpresa el milagro aún más grande de la televisión. Hace poco, muchas de las enfermedades físicas del hombre eran consideradas incurables. Hoy día, tenemos remedios tan efectivos que muchas de las viejas enfermedades se están haciendo raras. Sin duda alguna, hemos realizado grandes progresos.

Pero a pesar de todos estos descubrimientos, el hombre no ha resuelto el problema fundamental de la raza humana. Podemos levantar los edificios más altos, construir los barcos más veloces y los puentes más largos. Pero todavía no podemos gobernarnos a nosotros mismos o vivir juntos en igualdad y en paz.

Levantamos vastas escuelas nuevas de arte y de música, descubrimos nuevas y mejores vitaminas, pero no hallamos nada nuevo en cuanto a nuestras preocupaciones. Son las mismas que ha tenido siempre el hombre, sólo que parecen más grandes y más

numerosas. Puede ser que nos amenacen en forma nueva, que causen un dolor más agudo y una angustia más profunda; pero, básicamente, hacemos frente a las mismas tentaciones y pruebas que han aquejado siempre a la Humanidad.

Desde aquel momento trágico del Edén cuando el hombre rechazó la voluntad de Dios para imponer la suya, el hombre ha sido atormentado por los mismos problemas cuya causa se declara en el primer capítulo del Génesis. Las terribles consecuencias se relatan en el primer capítulo de la Epístola a los Romanos. Y el Evangelio de Jesucristo nos proporciona el remedio.

Es la depravada y pecaminosa naturaleza del hombre la que lo llena de odio, envidia, codicia y celos. La maldición del pecado está sobre su cuerpo, y siempre le obsesiona el temor de la muerte. Su genio inventivo le ha capacitado para cambiarlo todo, menos para cambiarse a sí mismo. Pues, a pesar del «progreso» de nuestros tiempos, tan calurosamente aplaudido, el hombre sigue siendo lo que era al principio.

El pecado ha quedado también inalterado, aunque el hombre haya hecho todo lo posible por cambiarlo. Hemos tratado de bautizarlo con otros nombres, poniendo etiquetas a la vieja botella de veneno. Hemos tratado de encalar el granero y fingir que era otro edificio.

Hemos tratado de llamar al pecado «errores», «equivocaciones», o «falta de sabiduría», mas el pecado ha quedado igual. Por mucho que hayamos intentado aliviar la conciencia, siempre hemos sabido que los hombres siguen siendo pecadores, y que los resultados del pecado todavía son la enfermedad, la decepción, la desilusión, la desesperación y la muerte.

Tampoco ha cambiado el dolor. Principió cuando Adán y Eva miraron, con el corazón angustiado, el cadáver de su hijo Abel, asesinado, y conocieron el peso abrumador del dolor. Así se ha continuado hasta nuestros días, en que el dolor es el lenguaje universal del hombre. Nadie se escapa, todos lo experimentan. A uno de los consoladores de Job le pareció que era el propósito de la vida, porque dijo: «Como las chispas se levantan para volar por el aire, así el hombre nace para la aflicción.»²

Tampoco la muerte ha cambiado. Los hombres han intentado modificar su aspecto, mas la realidad, cruel y dura, no ha cambiado en el transcurso de la vida humana.

Estos tres hechos constituyen la verdadera historia del hombre: su pasado está lleno de pecado; su presente, impregnado de dolor; y en el futuro le espera la certeza de la muerte.

La Biblia dice que: «... está establecido para los hombres que mueran una sola vez»,³ y al hombre común le parece esto una perspectiva sin esperanza. Centenares de filosofías y de religiones han sido inventadas por los hombres en sus intentos de alterar la Palabra de Dios. Los filósofos y psicólogos actuales procuran todavía enseñar que hay otra salida aparte de la que Jesús ofrece. Pero el hombre las ha probado todas, y todas llevan a la ruina.

² Job 5:7

³ Hebreos 9:27

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

Cristo vino para darnos la respuesta a tres problemas perdurables: el pecado, el dolor, y la muerte. Jesucristo, y sólo Él, es el único permanente e inmutable, «el mismo ayer, y hoy, y por los siglos».⁴

Todo lo demás puede cambiar, pero Cristo permanece inmutable. En el agitado mar de las pasiones humanas, Cristo está firme y tranquilo, dispuesto a recibir a todos los que se vuelven a Él y aceptan las bendiciones de seguridad y paz. Porque vivimos en la edad de la gracia, en la que Dios promete que cualquiera puede acercarse a Él y recibir a su Hijo. Pero este período de gracia no durará indefinidamente, y hasta este mismo tiempo en el cual vivimos nos es sólo prestado.

⁴ Hebreos 13:8

II. LA BIBLIA

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.»

S. Mateo 24:35

El tiempo está llegando a su fin. La aguja avanza hacia la medianoche. La raza humana se prepara para dar el salto fatal. ¿A dónde iremos? ¿Queda alguna autoridad? ¿Hay una senda que podamos seguir? ¿Hay alguna luz que penetre la densa oscuridad? ¿Podemos hallar algún código que nos dé la clave de nuestro dilema? ¿Existe alguna fuente de autoridad a la cual podamos acudir? ¿Hemos sido colocados aquí por algún creador o por alguna fuerza desconocida inteligente, incapaz de revelarnos de dónde venimos, por qué estamos aquí y a dónde vamos?

La respuesta es la siguiente: Sí, tenemos un código. Sí, tenemos una clave. Sí, tenemos una fuente de autoridad que es el histórico y antiguo libro llamado Biblia. Este Libro ha llegado hasta nosotros a través de muchos siglos, ha pasado por muchas manos, ha aparecido bajo múltiples formas y ha sobrevivido a toda clase de ataques. Ni el vandalismo de los bárbaros, ni la erudición de los civilizados lo han podido destruir. Tampoco el fuego de la persecución ni la burla del escepticismo han logrado su aniquilación. A través de muchos siglos de superstición y de ignorancia, sus promesas gloriosas han permanecido inalterables.

Ahora, mientras nos acercamos a lo que parece ser otra hora decisiva en la historia del mundo, examinemos de nuevo este Libro indestructible de sabiduría y profecía, averigüemos por qué este volumen singular ha prevalecido y ha sido la fuente inagotable de la fe y de la fuerza espiritual de la Humanidad.

Hay quienes consideran la Biblia principalmente como la historia del pueblo de Israel. Otros admiten que expone la moral más perfecta que jamás haya sido enunciada. Pero estas cosas, tan importantes como son, sólo son incidentales al verdadero tema de la Biblia: la historia de la redención de Dios en Jesucristo. Los que leen las Escrituras como literatura magnífica, historia o poesía maravillosas, y descuidan la historia de la salvación, pierden el verdadero sentido y mensaje de la Biblia.

Dios hizo que la Biblia fuera escrita con el propósito expreso de revelar al hombre Su plan de redención, y dar claramente a sus hijos sus leyes eternas, para que tuvieran como guía su gran sabiduría, y su gran amor para consuelo, mientras caminan por la vida. Porque sin la Biblia, este mundo ciertamente sería un lugar oscuro y tenebroso sin señal ni faro.

Fácilmente la Biblia se impone como el único libro que contiene la revelación de Dios. Hay muchas biblias de distintas religiones: el Corán, el Canon Budista de Sagrada Escritura, el Zendavesta zoroástrico y el Veda brahmánico. Todas ellas nos son accesibles mediante traducciones fidedignas, y podemos juzgar su valor. Pronto se descubre que todas estas biblias, no cristianas, son desarrollos en errónea dirección. Todas empiezan con algunos rayos de luz y terminan en completa oscuridad. Aun el observador más indiferente, pronto descubre que la Biblia es radicalmente distinta. Es el único libro que ofrece al hombre una redención y le señala el camino para la solución de sus dilemas.

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

Se necesitaron mil seiscientos años para escribir la Biblia. Es la obra de más de treinta autores, cada uno de los cuales actuó como escriba de Dios. Muchos de estos hombres vivieron en épocas diferentes, y no escribieron sólo lo que pensaban o esperaban, sino que fueron instrumentos para expresar la voluntad de Dios; escribieron bajo la dirección de Dios y, por inspiración divina, vieron las grandes e inmutables verdades y las registraron a fin de transmitir las a otros.

Durante estos mil seiscientos años escribieron los sesenta y seis libros de la Biblia hombres de diferentes lenguas, que vivieron en épocas y países distintos. Sin embargo, el mensaje que transmitieron es uno solo. Dios habló a cada uno en su propio idioma y en su propia época, pero en cada caso su mensaje fue, básicamente, el mismo. Cuando los grandes eruditos juntaron los manuscritos redactados en hebreo, arameo y griego, y los tradujeron en una sola lengua moderna, hallaron que las promesas de Dios permanecían inalterables, que su gran mensaje al hombre no había variado. Hoy, mientras leemos estas palabras eternas, hallamos que las reglas de conducta expuestas por los escribas antiguos son tan actuales y llenas de sentido para esta generación como lo eran para los contemporáneos de Jesús.

No es de maravillar, entonces, que la Biblia sea el libro más extendido en el mundo. Ningún otro libro puede compararse con su sabiduría profunda, su belleza poética y la exactitud de su historia y profecía. Sus críticos, que pretendieron que estaba llena de errores, ficciones y promesas no cumplidas, ahora descubren que las dificultades se encuentran en ellos mismos y no en la Biblia. La erudición más grande y cuidadosa ha mostrado que las contradicciones aparentes fueron causadas por traducciones incorrectas y no por incongruencias divinas. Era el hombre quien necesitaba corrección, no la Biblia.

Sin embargo, en muchos hogares y entre la llamada gente culta está de moda bromear sobre la Biblia y considerarla únicamente como algo que almacena el polvo y no como la Palabra viva de Dios. Una muchachita, a la que su pastor preguntó si conocía el contenido de la Biblia, contestó orgullosa que sabía todo lo que había en ella, y empezó a enumerar: «¡la foto del novio de su hermana, la receta favorita de su mamá para la crema de belleza, un rizo de pelo de su hermanita, y el recibo del reloj de papá!» Era todo lo que sabía acerca de la Biblia que había en su casa. Con frecuencia, las familias han usado la Biblia como un lugar seguro para guardar cartas viejas y flores disecadas, y han descuidado completamente la ayuda y seguridad que Dios intentó ofrecerles por medio de ella.

Ahora esta actitud está cambiando rápidamente. La vida se despoja de sus apariencias y adornos insensatos. Las falsas promesas hechas por el hombre al hombre, resaltan como las deslumbrantes mentiras que son. Mientras dirigimos la vista a todas partes, buscando algo verdadero, real y permanente, una vez más nos volvemos a este antiguo Libro que durante los siglos pasados ha dado consuelo, estímulo y salvación a las multitudes.

¡Sí, las gentes están «descubriendo» de nuevo la Biblia! Están sacudiendo el polvo de sus ejemplares viejos o están comprando otros nuevos. ¡Hallan que las frases familiares, pero casi olvidadas, suenan con un sentido moderno como si hubieran sido escritas ayer! Esto es así porque la Biblia incorpora todo el conocimiento que el hombre necesita para satisfacer el anhelo de su alma y para resolver todos sus problemas. Es el plan del

Arquitecto Magistral, y únicamente siguiendo sus instrucciones podemos edificar la vida que buscamos.

Aquí, en los Estados Unidos, tenemos otro gran documento que estimamos y respetamos. Fue escrito hace unos ciento setenta años por un grupo de hombres que trabajaron mucho tiempo y deliberaron aún más sobre su contenido, mandándolo después a los trece estados federales para que lo ratificaran. Los hombres que elaboraron nuestra Constitución sabían que establecían el fundamento de un gobierno de hombres libres; reconocían que no se puede vivir libre e independiente sin comprender la Ley. Todos debían conocer sus derechos, sus privilegios y los límites de su libertad. Debían ser seres iguales ante la Ley, y ningún juez podría ser parcial, ya que también el juez quedaba sujeto a la misma Ley.

Mientras que el resto del mundo observaba este gran experimento humano, los hombres descubrieron que si conocían la ley y vivían conforme a ella, podrían, en verdad, ser libres. Cualquiera podía saber su posición exacta. Tenía sus derechos constitucionales y también sus responsabilidades. De descuidar éstas, los otros ciudadanos de esta gran nación sufrirían.

Así como los Estados Unidos han prosperado bajo su Constitución, el Cristianismo ha florecido y se ha extendido por las leyes expuestas en la Biblia. Lo mismo que se dio a conocer que la Constitución sería aplicada igualmente a todos los hombres que viviesen bajo ella, sin interpretación ni patrocinio especial, la Biblia está en pie, como la Suprema Constitución de toda la Humanidad, y sus leyes se aplican por igual a todos los que viven bajo su dominio, sin excepción ni interpretación especial.

Como la Constitución es la Ley suprema del país, así la Biblia es la Ley suprema para el mundo, pues en la Biblia, Dios da sus promesas constantes. En la Biblia, Dios revela el plan para la redención de la raza humana.

En las maravillas de la Naturaleza vemos plasmadas las leyes divinas. ¿Quién que haya contemplado las estrellas en una noche despejada, y en temor reverente, no se ha maravillado de la gloria de la creación de Dios? ¿Quién no ha sentido que su corazón se goza en la primavera, al ver toda la creación rebosante de vigor y nueva vida? En la hermosura y la abundancia que nos rodean, vemos la magnitud del poder de Dios y los admirables detalles de su infinito designio; pero la Naturaleza no nos dice nada del amor ni de la gracia de Dios. En la Naturaleza no encontramos la promesa de nuestra salvación personal.

La conciencia nos habla, en lo más íntimo, de la presencia de Dios y de la diferencia moral entre el bien y el mal; pero esto es un mensaje incompleto, nunca es tan claro y comprensivo como las lecciones de la Biblia. Sólo en sus páginas encontramos el mensaje claro e inequívoco sobre el cual está fundado todo el Cristianismo.

El Cristianismo extrae todas sus doctrinas de la Biblia, y el verdadero cristiano no niega parte alguna de la Palabra de Dios, ni trata de añadirle nada. Cree verdaderamente que los que escribieron la Biblia fueron guiados por el Espíritu Santo, tanto en los pensamientos que expresaron como en la elección de vocablos. Como San Pedro dijo:

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

«Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo.»⁵

San Pablo nos dice: «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.»⁶

Los autores bíblicos, al anotar sus mensajes directos, nunca buscaron deformar las realidades de la vida. Libremente reconocieron los pecados de grandes y pequeños, y las debilidades de la naturaleza humana. Admitieron la vida en los tiempos bíblicos tal como era. ¡Lo sorprendente es que las vidas y motivos de aquellas personas que vivieron hace tanto tiempo, sigan siendo actuales! Mientras leemos, sus páginas parecen espejos puestos frente a nuestro propio corazón y a nuestra propia mente, pues reflejan nuestros prejuicios y orgullo, nuestras faltas y humillaciones, nuestros pesares y pecados.

La verdad es independiente del tiempo. La verdad no cambia de una edad a otra, de un pueblo a otro, o de un lugar geográfico a otro. Las ideas del hombre difieren, sus costumbres cambian, sus códigos morales varían, pero la grande e inmutable verdad permanece en el tiempo y en la eternidad.

El mensaje de Jesucristo, nuestro Salvador, es la historia de la Biblia, la historia de la salvación. Estudiantes eruditos de la Biblia han escudriñado la historia de Jesucristo en el principio del Antiguo Testamento, pues Él es el tema verdadero tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Aparece en Génesis, como la simiente de la mujer.

En Éxodo, es el Cordero Pascual.

En Levítico, es el Sacrificio Propiciatorio.

En Números, es la Peña Herida.

En Deuteronomio, es el Profeta.

En Josué, es el Capitán de las Huestes del Señor.

En Jueces, es el Libertador.

En Ruth, es el Pariente Celestial.

En los seis libros de los Reyes, es el Rey Prometido.

En Nehemías, es el Restaurador de la nación.

En Esther, es el Abogado.

En Job, es mi Redentor.

En los Salmos, es mi Todo en Todo.

En los Proverbios, es mi Ejemplo.

En Eclesiastés, es mi Meta.

En el Cantar de los Cantares, es quien me satisface.

En los Profetas, es el Príncipe que trae Paz.

En los Evangelios, es el Cristo que vino para buscar y salvar.

En Los Hechos de los Apóstoles, es el Cristo glorificado.

⁵ 2ª S. Pedro 1:21

⁶ 2ª Timoteo 3:16-17

En las Epístolas, es el Cristo a la diestra del Padre.

En el Apocalipsis, es el Cristo que regresa y reina.

Este es el eterno mensaje de la Biblia. Es la historia de la vida, la paz, la eternidad y el cielo. La Biblia no contiene ningún propósito escondido. No hay necesidad de interpretación especial. Lleva un solo mensaje claro y atrevido para cada ser humano, el mensaje de Cristo y su oferta de paz con Dios.

Un día, cerca de Capernaúm, Jesús se hallaba con sus discípulos, teniendo, tal vez, a San Pedro a un lado y a San Juan al otro. Jesús miraba tranquila y tiernamente a cada uno de estos discípulos fieles, les veía como un padre amante ve a los miembros de su familia, amando a cada hijo por separado, amando a cada uno por una razón especial, amándoles de tal manera que cada hijo se sienta separado de los otros y abrazado. Así debe haber amado Jesús a sus discípulos.

Bajo su mirada serena y amante, el pequeño grupo estaba inmóvil, con profunda reverencia, como si presintieran en su interior que algo trascendental estaba a punto de decir el Maestro amado, algo que ellos tenían que recordar, algo que tenían que ser capaces de transmitir a otros por todo el mundo, a aquellos que no habían tenido el privilegio, como ellos, de escuchar estas palabras de los mismos labios del Señor.

Porque allí, en la montaña, imponente, tal vez de pie bajo las hojas plateadas de un olivo, Jesús predicó el más grande sermón que oídos humanos han escuchado. Explicó la esencia del vivir cristiano. Cuando terminó, un santo silencio se apoderó de sus oyentes, que, atónitos, se maravillaban de su doctrina, «porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas».⁷

En verdad, enseñaba con autoridad, la autoridad de Dios mismo, y las reglas que declaraba eran las propias reglas de Dios, las que cada cristiano tiene que seguir.

Si no tienes una Biblia en tu casa, procúrate una ahora mismo, la que más te agrade, del tamaño más cómodo para ti, con el tipo de letra que te sea más fácil leer, y luego léela y averigua por ti mismo el porqué ese Libro es el único que ha perdurado. Averigua por ti mismo por qué cubre toda la necesidad humana, por qué imparte la fe y la fuerza que sostiene a la Humanidad mientras avanza.

Si hace mucho tiempo que no has tenido contacto con la Biblia, será bueno que lo renueves leyendo otra vez el Evangelio según San Juan, que se considera como uno de los libros más profundos de la Biblia, siendo también el más claro y fácil de entender. Fue escrito con el propósito de enseñar el cómo y el porqué de la salvación del hombre, para que las preguntas de la mente, así como las inquietudes del corazón, pudieran quedar satisfechas.

Después de leer el Evangelio de San Juan, tal vez quieras familiarizarte con los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas, fijándote en cómo estos hombres, de personalidades y estilos tan diferentes, exponen la eterna historia de la redención por Jesús. Conocerás, entonces, la verdad poderosa y universal que encierra toda enseñanza

⁷ S. Mateo 7:28-29

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

evangélica y, una vez más, serás impresionado por las palabras: «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos».⁸

Cuando hayas leído cada uno de los Evangelios por separado, comienza otra vez a leer el Nuevo Testamento desde un principio, léelo todo, en el orden en que sus libros están colocados. Cuando hayas hecho esto, habrás adquirido el gusto de leer la Biblia, la habrás reconocido como fuente de inspiración, como consejero y guía práctico, y habrás descubierto el tesoro de su buen consejo, de manera que será la lectura de la Biblia algo imprescindible en tu vida.

Un conocimiento de la Biblia es esencial para una vida abundante y bella. Pues las palabras de este Libro tienen el poder de llenar el vacío de nuestras almas y de transformar en brillantes joyas los días oscuros de nuestras vidas. Aprende a llevar todos tus problemas a las páginas de la Biblia, pues en ella encontrarás la respuesta adecuada.

Ante todo, la Biblia es la revelación de la naturaleza de Dios. Los filósofos de todos los siglos han luchado con el problema de un Ser Supremo. ¿Quién es? ¿Qué es? ¿Dónde está? Si existe, ¿se interesa por mí? Si es así, ¿cómo puedo conocerle? Estas y otras mil preguntas sobre Dios se revelan en este Libro Santo que llamamos la Biblia.

⁸ Hebreos 13:8

III. DIOS

«¿Descubrirás tú los secretos de Dios?»

Job 11:7

¿Quién es Dios? ¿Cómo es? ¿Cómo podemos estar seguros de su existencia? ¿Cuándo comenzó a existir? ¿Podemos conocerle?

Cada persona en voz alta o en su interior se ha hecho estas preguntas, porque no podemos contemplar el mundo que nos rodea sin tener curiosidad por saber acerca de su creación. Cada día nos enfrentamos con el milagro de la vida y con el misterio de la muerte, con la gloria de los árboles en flor, con la magnificencia del cielo estrellado y con la majestad de las montañas y del mar. ¿Quién hizo todo esto? ¿Quién concibió la ley de la gravitación por medio de la cual todo se mantiene en su propio sitio? ¿Quién ordenó el día y la noche y la marcha regular de las estaciones?

La única respuesta posible es que todas estas cosas, y muchas más, son la obra de un Creador Supremo. Como el reloj tiene su diseñador, así nuestro Universo de precisión tiene un Gran Diseñador. Le llamamos Dios. Toda la Humanidad conoce su nombre. Desde nuestra niñez lo hemos pronunciado. La Biblia declara que el Dios de Quien hablamos, a Quien alabamos, «de Quien procede toda bendición», es el Dios que creó el mundo y nos colocó en él.

Pero, «¿Quién es?», preguntas. «¿Dónde está?» Todos sabemos su nombre. Le invocamos en nuestras horas de prueba y de mayor dificultad. Muchos de nosotros hacemos lo posible para que el pensamiento de Él llene las horas del día. Otros dicen que no creen en Él, que no existe. Y otros arguyen: «Demuéstrame que hay Dios y quizá lo acepte.»

Si es ésta tu actitud, si durante toda tu vida has oído de Dios y has hablado de Él, pero estás esperando que alguien te lo explique, antes de que puedas depositar tu fe en Él, y sólo en Él, veamos exactamente qué concreta descripción nos da la Biblia de Dios.

En este punto crucial de la historia del mundo, cada persona debe buscar una respuesta a la pregunta: «¿Cómo es Dios?» Todos deben preguntarlo y todos deben asegurarse de la respuesta. Todos deben saber, sin temor a duda, exactamente quién es Dios y qué puede hacer.

La falta de conocimiento de Dios y la resistencia del hombre a obedecerle, son la base de todos los problemas que nos perturban. La confusión que el hombre tiene en cuanto al plan de Dios, trae como consecuencia el caos del mundo. La indisposición del hombre para aprender y obedecer las leyes de Dios es lo que ha colocado una carga tan pesada en nuestras almas. Por lo tanto, aprendamos todo lo que podamos acerca de Él.

¿A dónde iremos para obtener ese conocimiento? ¿Quién de entre nosotros puede decirnos la verdad? ¿No somos todos, aquí, criaturas con limitaciones finitas? ¿Ha designado Dios alguna persona aquí en la tierra que hable con autoridad de Él? No; el único que podía hacer eso vivió hace dos mil años, ¡y nosotros le crucificamos! Entonces, ¿cómo lo podemos saber?

Podemos preguntar a los sabios más eruditos y posiblemente nos dirían que Dios es la expresión de todo lo que está en la naturaleza y en la vida, que todos los seres son uno con Dios, que la misma vida es una expresión del Ser Divino. Dirán que se puede ver a Dios en la minúscula gota de agua y en la gran bóveda celeste.

Pregunta al filósofo y te dirá que Dios es la fuerza original e inmutable, responsable de toda la creación, que Él es la potencia sin principio ni fin que mantiene en movimiento todos los mundos. El filósofo dirá que cada átomo de vida y de belleza es una manifestación de este poder que fluye, en corriente ininterrumpida, del manantial de energía al cual vuelve.

Pregunta aún más y quizá te dirán que Dios es absoluto, que es el Todo en todos y que nadie puede saber más acerca de Él. Hay muchas manifestaciones distintas de Dios. Cada país, cada raza, cada familia y cada individuo ha tratado de explicar al Ser Supremo que sostiene el Universo. Hombres de todos los siglos han intentado descubrir, al Creador, cuya obra vieron, pero a Quien no conocieron. ¿Cuál de estas variadas explicaciones es la correcta? ¿Cuál de estas muchas teorías debemos aceptar? ¿Cuál de estas autoridades nombradas por sí mismas nos guiará?

Como ya hemos visto en el capítulo anterior, Dios se ha revelado en el libro que llamamos Biblia. Si creemos que en la Biblia tenemos una revelación de Dios, nuestro espíritu puede quedar satisfecho y nuestro corazón en completa paz. Podemos estar seguros de que hemos encontrado la respuesta correcta, que estamos en camino de saber y entender la verdadera naturaleza de Dios.

Dios se revela de mil maneras en la Biblia, y si la leyéramos tan cuidadosa y regularmente como leemos el periódico, estaríamos tan bien informados acerca de Dios como lo estamos en cuanto a nuestro futbolista preferido.

Lo mismo que el diamante tiene muchas facetas, así también hay innumerables aspectos de la revelación que Dios hace de sí mismo, de manera que con ellos podrían llenarse muchos volúmenes. Citaré únicamente cuatro aspectos de esa revelación hecha por Dios, que me parecen los más significativos y que debemos tener siempre presentes.

Primero: La Biblia declara que Dios es Espíritu. Jesús, cuando hablaba con la mujer en el pozo de Sichar, declaró: «Dios es Espíritu.»⁹

¿En qué piensas al oír la palabra espíritu? ¿Qué imagen trae a tu mente? ¿Piensas en una nube efímera que flota por el aire? ¿Es el espíritu un fantasma para asustar a los niños? ¿Acaso es el espíritu algo abstracto para ti? ¿Piensas que Jesús quería decir eso cuando declaró: «Dios es Espíritu»?

Para descubrir lo que realmente significa «espíritu» y lo que Jesús quería decir al emplear esa palabra, debemos volver a la Biblia a la escena en que Cristo, después de su Resurrección, dijo: «Palpad y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.»¹⁰ Así sabemos que «espíritu» no sólo es sin cuerpo, sino lo opuesto de

⁹ S. Juan 4:24

¹⁰ S. Lucas 24:39

cuerpo. Sin embargo, existe y tiene poder. Nos es difícil entender esto, porque tratamos de entenderlo con mentes finitas, limitadas por el cuerpo.

Siendo seres humanos privados de la visión absoluta con que Dios originalmente proveyó a sus criaturas, no podemos comprender la gloria y la magnitud del Espíritu que está tan fuera del alcance de nuestro conocimiento. Al oír la palabra «espíritu», inmediatamente queremos reducirlo a nuestro tamaño diminuto, para que esté al alcance de nuestras limitadas mentes. Es como tratar de explicar la extensión del mar; ese esplendor que inspira reverencia, por su magnitud, a una persona que jamás ha visto una cantidad de agua mayor que la de un charco. ¿Cómo puede tal persona, mirando un charco poco profundo y turbio, comprender las profundidades insondables, la vida misteriosa, el poder ondulante, el ondear incesante, la furia terrible de una tempestad sobre el océano, o la hermosura, superior a toda belleza, de un mar tranquilo? ¿Cómo podría convencérsele de que realmente existe tal maravilla?

Es infinitamente más difícil que comprendamos lo que Jesús quería expresar cuando dijo: «Dios es Espíritu.» ¡Jesús lo sabía! Su mente no tenía las limitaciones de la nuestra. Sus ojos no estaban fijos en el charco de lodo de la vida. Conocía plenamente los alcances ilimitados del Espíritu, y había venido para hacernos comprender algo de sus maravillas, de su consuelo y de su paz.

Sabemos que el espíritu no es algo limitado por un cuerpo. El espíritu no es susceptible de ser revestido como un Cuerpo. La Biblia declara que Dios es Espíritu —no está limitado a un cuerpo, no está sujeto a forma alguna, no está limitado a confines—; Él es absolutamente incommensurable e invisible a los ojos que ven únicamente las cosas materiales. La Biblia nos dice que, puesto que no tiene tales limitaciones, Dios puede estar en todas partes al mismo tiempo, puede oírlo todo, verlo todo y saberlo todo.

Eso no lo podemos hacer nosotros y, por tanto, queremos limitar a Dios como estamos nosotros limitados. Decimos que, puesto que no podemos estar en todas partes al mismo tiempo, Dios tampoco puede. Nos parecemos a la persona que, después de haber oído acerca del mar, un día llega a la playa y, acercándose a la orilla del mar, saca unas gotas de agua y las retiene en las manos.

«¡Ah! —exclama—, ¡por fin he hecho mío este mar! ¡En mis manos tengo el mar, lo poseo!» Es verdad que tiene una parte del océano, pero en el mismo momento otras muchas personas en otras muchas playas pueden estar cogiendo otras gotas del océano. Todos los seres humanos podrían ir a la playa y extender las manos para llenarlas con el agua del mar. Cada uno podría sacar tanta agua como quisiera, tanta como necesitara y, sin embargo, el mar no sufriría ningún cambio. Su grandeza y su poder serían los mismos, la vida en sus profundidades insondables seguiría inalterable, aunque hubiera abastecido las necesidades de todas las personas que con sus manos extendidas estuvieran en sus muchas playas.

Así sucede con Dios, puede estar en todas partes al mismo tiempo, atendiendo las oraciones de todos los que le invocan en el nombre de Cristo, ejecutando los maravillosos milagros que mantiene en sus órbitas las estrellas, las plantas que brotan de la tierra y los peces que surcan el mar. No hay límite para Dios. No hay límite a su sabiduría. No hay límite a su poder. No hay límite a su amor. No hay límite a su misericordia.

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

Si tú has estado tratando de limitar a Dios, ¡deja de hacerlo! No trates de confinarle a Él ni a sus obras a un lugar o esfera determinados. No tratarías de limitar el mar. No te atreverías a intentar cambiar el curso de la Luna o detener la Tierra mientras gira sobre su eje. ¡Cuán infinitamente más insensato es tratar de limitar al Dios que creó y gobierna todas estas maravillas!

Estoy eternamente agradecido a mi madre por muchas cosas, pero una de las bendiciones más duraderas que ha traído a mi vida fue enseñarme, a los diez años, que «Dios es Espíritu, Infinito, Eterno e Inmutable». Esa definición de Dios ha estado conmigo toda la vida, y cuando un hombre en su corazón sabe que Dios es espíritu, infinito, eterno e inmutable, le ayuda a vencer la tentación de limitarle, le ayuda a uno a vencer toda duda en cuanto a su capacidad de hacer cosas que uno mismo no puede hacer.

Los que dudan de que la Biblia es la verdadera Palabra de Dios, lo dudan porque no quieren atribuir a Dios algo que ellos mismos no pueden hacer. Si tienes incertidumbre acerca de la inspiración de la Biblia, léela de nuevo. Mira con los ojos de una persona que haya estado mirando fijamente a un charco cenagoso toda su vida y que, por vez primera, contempla el océano. Puede ser que ahora mismo tú veas por vez primera el poder ilimitado de Dios. Que empieces ahora a entender lo que realmente es Dios. Pues si Dios es Espíritu, como Jesús declara que es, no hay problema de providencia, no hay problema de soberanía divina en la historia, no hay problema de su Inspiración a los hombres que escribieron la Biblia.

Segundo: La Biblia le revela como Persona. A través de la Biblia se dice: «Dios ama», «Dios dice», «Dios hace». Todo lo que atribuimos a una persona, es atribuible a Dios. La persona es alguien que siente, piensa, anhela, desea y posee todas las manifestaciones de personalidad.

Aquí en la tierra limitamos la personalidad al cuerpo. Nuestra mente finita no puede concebir personalidad que no se manifieste en carne y hueso. Sabemos que nuestras propias personalidades no siempre estarán arropadas en los cuerpos en que ahora habitamos. Sabemos que en el momento de morir, la personalidad saldrá del cuerpo e irá al destino que le espera. Lo sabemos y, sin embargo, es difícil aceptarlo.

¡Qué revelación sería si pudiéramos comprender que la personalidad no tiene que estar identificada con un ser físico! Dios no está sujeto a un cuerpo. No obstante, es Persona. Él siente, piensa, ama, perdona, se compadece de nuestras dificultades y de nuestros dolores.

Tercero: La Biblia declara que Dios no es solamente Espíritu y Persona, sino que es un Ser santo y justo. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, Dios se revela como Dios santo. Él es enteramente perfecto en cada detalle. Es tan santo que no puede estar en contacto con el hombre pecador; tan santo que no puede soportar que se viva en pecado. Él es un Dios perfecto y santo.

Si pudiéramos formarnos en la mente el cuadro verdadero de su justicia majestuosa, ¡qué diferencia produciría en nuestra manera de vivir como individuos y naciones!

Si pudiéramos percibir como realidad el abismo formidable que separa al injusto de la perfecta justicia de Dios, el mundo cambiaría de la noche a la mañana. Las Escrituras le declaran la Luz en que no hay tinieblas, el Ser Supremo sin mancha y sin contaminación.

He aquí un concepto difícil para que lo entienda el hombre imperfecto. Nosotros, cuyas faltas y debilidades son evidentes, ni siquiera podemos imaginar la santidad incomprensible de Dios, pero es menester reconocerla para entender y sacar provecho de la Biblia.

En las Escrituras se da énfasis al abismo que separa al hombre imperfecto del Dios perfecto. Lo vemos en la división del Tabernáculo y del Templo en un Lugar Santo y un Lugar Santísimo. Se puede entrever en la ofrenda requerida, que el pecador debía traer si quería acercarse a Dios; se subraya por un sacerdocio especial que mediaba entre Dios y el pueblo; se hizo hincapié a través de las leyes, respecto a la impureza, en el Libro del Levítico. Lo vemos en las muchas fiestas de Israel y en el aislamiento de Israel en Palestina. La santidad de Dios gobierna todos los demás principios divinos.

Las Escrituras declaran que su trono está establecido sobre la base de su santidad. Es porque Dios es santo y el hombre impío por lo que existe entre Él y el pecador impenitente un abismo tan grande. La Biblia nos dice que nuestras iniquidades nos han separado de Dios; nos han separado hasta tal grado que oculta su rostro de nosotros y no nos escucha cuando le invocamos.

Porque Dios es demasiado santo para aprobar la maldad. Es demasiado santo para admitir algún contacto con el pecado. Antes de que el pecado entrara en la raza humana, Dios y el hombre tenían comunión entre sí. Ahora, esa comunión ha terminado y toda comunicación entre Dios y el hombre está perdida, aparte de Jesucristo. Únicamente por Jesucristo puede el hombre restablecer la comunión con Dios.

El hombre en sí es pecador e incapaz de cambiar su posición y de alcanzar con su lengua pecadora el oído santo de Dios. Si Dios, en su misericordia infinita, no hubiera enviado a su Hijo al mundo para poner un puente a fin de atravesar este abismo, el hombre se hubiera perdido para siempre.

En la santidad de Dios hallamos la razón de la muerte de Cristo. Su santidad exigió el pago más estricto por el pecado, y su amor dio a Jesucristo para pagar ese gran pecado y proveer al hombre de salvación. Puesto que el Dios a Quien adoramos es un Dios puro, un Dios santo, Un Dios honrado y justo, nos envió a su Hijo Unigénito para que pudiéramos tener acceso a Él. Pero si despreciamos la ayuda que Él ha ofrecido, si no obedecemos las leyes que ha promulgado, no podemos invocar su piedad cuando el castigo que merecemos descienda sobre nosotros.

Cuarto: Dios es amor. Muchas personas que no leen sus Biblias ignoran, como sucede con los demás atributos de Dios, lo que las Escrituras quieren decir cuando afirman: «Dios es amor.»¹¹

No siempre estamos bien seguros de lo que queremos decir cuando empleamos el término amor. Esta palabra ha venido a ser una de las más usadas en el lenguaje. La usamos

¹¹ 1ª S. Juan 4:8.

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

para expresar la más baja y la más noble de las relaciones humanas. No es de maravillar que no tengamos una idea clara de lo que significan las palabras de la Biblia: «Dios es amor.»

Es un error pensar que, puesto que Dios es amor, todo va a ser dulce, hermoso y alegre, y nadie será castigado por sus pecados. La santidad de Dios demanda que todo pecado sea castigado, pero el amor de Dios provee el plan y el camino de redención para el pecador. El amor de Dios proveyó la cruz de Jesús, por la cual el hombre puede obtener el perdón y la purificación. ¡Fue el amor de Dios el que envió a Jesucristo a la cruz!

Nunca dudes del gran amor de Dios, porque es tan inmutable como su santidad. No importa cuán negros sean tus pecados. Dios te ama. Si no fuera por el amor de Dios, ninguno de nosotros tendría esperanza de la vida venidera. Pero, ¡Dios es amor y su amor para nosotros es eterno! «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.»¹²

Las promesas del amor y perdón de Dios son tan verdaderas, claras y positivas como las pueden expresar las palabras humanas. Pero como nadie puede entender la belleza total del mar hasta que lo ve, así sucede con el amor de Dios. Hasta que se acepta y se experimenta, hasta que realmente se posee la verdadera paz con Dios, no se pueden comprender sus maravillas.

No es algo que se hace con la mente. Esa mente finita no es capaz de concebir algo tan grande como el amor de Dios. Quizás es difícil explicar cómo puede una vaca negra comer pasto verde y luego producir leche blanca, pero tú bebes la leche y con ella te alimentas. Tu mente no puede razonar los difíciles procesos cuando se desarrolla una semilla pequeña que produce una planta grandísima que lleva deliciosos frutos, jugosos y perfumados, pero tú los comes y los saboreas. Tu mente no puede explicar la electricidad que, tal vez en este momento, produce la luz mediante la cual tú estás leyendo, pero sabes que existe y que hace posible la lectura.

Tú tienes que recibir a Dios por fe, por fe en su Hijo, el Señor Jesucristo. Y en cuanto lo hagas, sin duda no tendrás que preguntarte si Dios está o no en tu corazón: lo sabrás.

Siempre que alguien me pregunta cómo puedo yo estar seguro de quién y qué es Dios, recuerdo el relato del muchachito que volaba su cometa. Era un día ideal para Volar las cometas; hacía mucho viento y grandes nubes flotaban en el cielo. La cometa subió más y más hasta que se ocultó completamente en las nubes.

¿Qué estás haciendo? —preguntó un señor al muchacho.

Estoy jugando con mi cometa —contestó éste. ¡Ah!, ¿sí? ¿Cómo lo sabes si no la puedes ver? —No, no puedo verla, pero muy a menudo siento un tironcito de la cuerda, lo que me prueba que está allí.

No creas por la palabra de otro que Dios existe. Descúbrelo por ti mismo, y entonces sabrás, por medio del maravilloso y amante tironcito en las fibras de tu corazón, que Dios de seguro está allí.

¹² Romanos 5:8.

IV. EL PECADO

«Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.»

Romanos 3:23

Si Dios es un Ser amante y justo, entonces, ¿por qué hay tanta maldad, pena y tristeza? ¿Cuál es la causa de todo este odio? ¿Por qué hemos creado ídolos falsos? ¿Por qué nos arrodillamos ante los altares de la guerra, la codicia y el interés personal? ¿Cómo es que el hombre, a quien Dios hizo a su propia imagen y semejanza, se hundió tanto en la depravación que fue necesario promulgar los Diez Mandamientos para tratar de restablecerle? ¿Por qué fue necesario que Dios enviara a su propio Hijo para salvarnos? ¿Cómo es que las criaturas de Dios llegaron a llenarse de concupiscencia?

Para entenderlo, para ver claramente por qué se levanta nación contra nación, por qué las familias están divididas y por qué los periódicos publican tantas noticias de violencia, crueldad y odio, tenemos que volver al principio. Tenemos que volver a la historia de Adán en el Paraíso, al primer capítulo del Génesis.

Hay quienes dicen que ésta bien conocida historia de la creación es sólo un mito. Dicen que es una manera sencilla de explicar a los niños una pregunta que no tiene respuesta. Pero no es así. La Biblia nos relata exactamente lo que sucedió en el principio y por qué, desde entonces, el hombre ha caminado firmemente por la senda de su propia destrucción.

Porque Dios creó este mundo como una unidad perfecta. Creó el bello y armonioso mundo que el hombre pisoteó, el mundo perfecto que anhelamos, el mundo que todos buscamos.

En este mundo perfecto, Dios colocó a un hombre perfecto. Adán era perfecto, pues todo lo que Dios hace es perfecto; y a este hombre perfecto, Dios otorgó el don más precioso, el de la libertad. Dios le dio libertad de escoger.

El primer hombre no era un hombre cavernario, no era una criatura de la selva que gruñía y refunfuñaba mientras procuraba dominar los peligros de la selva y las bestias del campo. Adán fue creado completo, intelectual y físicamente. Adán caminaba con Dios y tenía comunicación con Él. Fue creado para ser como un rey sobre la tierra, gobernando según la voluntad de Dios.

Esta, por tanto, era la posición de Adán cuando estaba en el Edén: era el hombre perfecto, el primero y el único a quien Dios había dado el don preciado de la libertad. Adán poseía la libertad total —libertad para escoger o rehusar, libertad para obedecer los mandatos de Dios o desobedecerlos, libertad para hacerse feliz o desdichado—. Porque no es sólo la posesión de libertad lo que da satisfacción a la vida, es lo que escogemos hacer con nuestra libertad lo que determina si hallaremos la paz dentro de nosotros mismos y con Dios.

Esta es la médula del problema, pues tan pronto como el hombre recibe su libertad, se le presentan dos caminos. La libertad no significa nada si hay sólo un camino a seguir; la

libertad implica el derecho de escoger, de seleccionar, de determinar uno mismo su plan de acción.

Todos conocemos a hombres y mujeres honestos, no tanto porque prefieren serlo, como porque no tienen oportunidad de ser deshonestos. Conocemos a los que se jactan de ser buenos, cuando las costumbres, el ambiente y la vida que llevan les impide ser malos. ¡No podemos enorgullecernos de haber resistido la tentación, si no hemos sido tentados!

Dios no puso a Adán ningún obstáculo; le otorgó la libertad de escoger y le dio toda oportunidad para emplearla. Puesto que Dios no podía hacer nada que no fuera perfecto, colocó a Adán en la situación perfecta en la que pudiera probar si serviría o no a Dios.

Al estar allí, en el Paraíso, no tenía pecado y su inocencia era sin mancha. El universo entero estaba ante él. La historia de la raza humana, todavía no escrita, se extendió bajo su mano como una gran hoja de pergamino en blanco, esperando que él escribiera el primer capítulo, esperando que determinara qué camino habían de tomar las generaciones venideras.

Dios había acabado su trabajo. Había creado un jardín terrenal, abundante en todo lo que el hombre pudiese necesitar. Había creado un hombre perfecto a su imagen, y le había dotado de mente y alma, y de libertad completa para usar su mente y para disponer de su alma como le conviniera. Entonces, como Padre sabio, Dios esperó para ver lo que este hijo suyo elegiría.

Esta era la prueba, la gran tentación. Era el momento en que Adán iba a usar su libre albedrío para escoger el camino recto o torcido, escogerlo por voluntad propia, y no porque fuese el único camino abierto ante él.

Hizo su decisión, sufrió las consecuencias de ella y determinó el curso que toda la Humanidad había de seguir. «Así que, como por transgresión de uno, vino la condenación a todos los hombres.»¹

Fue, pues, Adán, el origen de la Humanidad. Salió de la tierra como una fuente de agua cristalina y le fue permitido escoger si había de ser río, pasando por verdes y fecundos pastos, o torrente de lodo, cenagoso, estrellándose siempre contra las rocas y agitándose entre peñascos hondos y oscuros, fríos y miserables en sí, sin capacidad de llevar gozo y fertilidad a las tierras por donde pasa.

El trágico estado de desorden en que el mundo se halla desde hace tanto tiempo, no es culpa de Dios. Adán es el culpable. ¡Adán, que recibió la capacidad de decidir y se decidió por las mentiras del tentador, en lugar de decidirse por la verdad de Dios! La historia de la Humanidad, desde entonces, es la historia de los esfuerzos inútiles del hombre para conquistar de nuevo la posición que perdió en la caída de Adán.

«¡Pero esto no es justo! —dirás—. ¿Por qué hemos de sufrir hoy, a causa del primer hombre que pecó en tiempos remotos? ¿Por qué no se ha regenerado el género humano durante los siglos que han pasado? ¿Por qué hemos de ser castigados todos los días de la vida?»

Volvamos a la historia del río, de aquel que, frío y oscuro, recorre por el fondo del profundo y lúgubre barranco. ¿Por qué no sube este río a los campos agradables y

templados de las alturas? ¿Por qué no sale de su curso deplorable y se convierte en el alegre arroyuelo que era cuando brotó espontáneamente de la tierra?

No lo hace porque no puede. No tiene poder en sí mismo para obrar de modo diferente a como siempre lo ha hecho. Una vez que se ha desplomado por acantilado hasta la oscuridad, no puede levantarse por sí mismo hacia la tierra soleada. Los medios por los cuales se podría levantar, existen; el cauce está a la mano, pero el río no sabe aprovecharse de ello.

Siempre hay un milagro a la espera, dispuesto a sacar el río de la Humanidad de su miseria y colocarlo una vez más en el templado valle de paz; pero el río ni le ve ni le hace caso. Piensa que no puede hacer nada, sino seguir por ese camino tortuoso hasta perderse finalmente en el mar de la destrucción.

La historia del río es la misma del hombre desde Adán, enroscándose, torciéndose, hundiéndose más y más en las profundidades de las tinieblas espantosas. Aunque elevemos nuestras voces e imploremos ayuda, no obstante seguimos escogiendo, deliberadamente, como Adán, el camino malo. En nuestra desesperación nos volvemos contra Dios y le echamos la culpa de nuestro dilema. Ponemos en duda su sabiduría y juicio, y desconfiamos de su misericordia y amor.

Olvidamos que Adán fue la cabeza de la raza humana, así como en los Estados Unidos el presidente es la cabeza del Gobierno. Cuando el presidente desempeña las funciones de su oficio, es realmente el pueblo el que actúa por su mediación. Cuando toma una decisión, ese acto vale por la decisión del pueblo entero.

Adán representa la cabeza de la Humanidad. Cuando fracasó, cuando sucumbió a la tentación y cayó, las generaciones no nacidas aún cayeron juntamente con él, porque la Biblia afirmaba muy claramente que las consecuencias del pecado de Adán recaerían sobre cada uno de sus descendientes. Conocemos bien la amarga verdad de esos pasajes en Génesis 3:17-19, que describen la tragedia que el acto de Adán trajo sobre todos nosotros: «Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.»

Y a Eva dijo Dios: «Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y él se enseñoreará de ti.»¹³

En otras palabras, debido al pecado original de Adán, la tierra que una vez produjo sólo plantas nutritivas y hermosas, ahora produce también malas hierbas. El hombre, que paseaba por el Jardín del Edén y le bastaba alargar la mano para alimentarse, que no tenía necesidad de ropa ni de abrigo, ahora tiene que trabajar todos los días de su vida para satisfacer estas necesidades para sí y para su familia. La mujer, un día la más alegre de las criaturas, ahora se halla abrumada de tristeza y de dolor; y ambos están bajo la pena de muerte corporal y espiritual.

¹³ **Génesis 3:16.**

El pecado entró en la Humanidad por Adán, y desde entonces, aunque sin éxito, el hombre ha estado tratando de libertarse de él. La Biblia enseña que Dios advirtió a Adán antes de que pecara, que si comía del fruto del árbol de la ciencia, seguramente moriría. La Biblia nos dice también que Dios mandó a Adán y a Eva que fructificaran, se multiplicaran y llenaran la tierra. Pero aunque fueron creados a la imagen de Dios, después de la caída, Adán y Eva engendraron hijos a su propia imagen y semejanza. Por consiguiente, Caín y Abel fueron infectados de la mortífera enfermedad del pecado, que heredaron de sus padres, y que ha sido legada, desde entonces, a todas las generaciones. Todos somos pecadores por herencia y por mucho que nos esforcemos no podemos escapar a esa herencia.

Hemos acudido a todos los medios para recobrar la posición que Adán perdió. Hemos intentado por medio de la educación, la filosofía, la religión y la política sacudir el yugo de depravación y de pecado. Hemos procurado realizar, con nuestra mente limitada por el pecado, las cosas que Dios quiso que el hombre realizase con la clara visión que únicamente puede recibir de lo alto. Nuestros motivos han sido buenos y loables algunos de nuestros esfuerzos, pero han quedado muy lejos de la meta. Todo nuestro conocimiento, todas nuestras invenciones, todos nuestros desarrollos y planes ambiciosos no han hecho nada más que elevarnos un poco para después dejarnos caer en el punto de partida. Porque todavía cometemos el mismo error que Adán cometió, estamos todavía tratando de reinar en nuestro propio imperio y con nuestro propio poder, en lugar de obedecer las leyes de Dios.

Antes de calificar a Dios como injusto o irrazonable por permitir que el pecado envolviera al mundo, consideremos más cuidadosamente la situación. Dios, en su compasión infinita, envió a su Hijo para mostrarnos el camino que resolviera nuestras dificultades. Envío a su Hijo para experimentar y vencer las mismas tentaciones que se le presentaron a Adán. Satanás tentó a Jesús, tal como tentó a Adán. Satanás ofreció a Jesús poder y gloria si renunciaba a Dios, como se lo ofreció a Adán por medio de Eva.

La gran diferencia se halla en que Jesucristo resistió valerosamente la tentación. Cuando el diablo le mostró todos los reinos del mundo y le prometió toda la gloria de ellos si le seguía antes que a Dios, nuestro bendito Señor dijo: «Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo servirás.»¹⁴ Triunfó completamente sobre el tentador y así revela a todas las generaciones futuras su carácter sin pecado.

En nuestra debilidad, y a causa de nuestra naturaleza depravada, nos hemos mostrado verdaderos hijos de Adán y hemos seguido fielmente en sus pasos. Podemos maldecir a Adán, ¡pero le imitamos siempre!

No hay día en que no tengamos que hacer frente a sus mismas tentaciones. No hay día en que no tengamos oportunidad de escoger entre las promesas hábiles del diablo y la infalible Palabra de Dios. Cada día tenemos oportunidad de acercarnos, y de acercar a otros, un poco más, hacia ese hermoso jardín que Adán perdió.

¹⁴ S. Mateo 4:10.

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

Suspiramos por el día en que se desvanezcan el contratiempo, la enfermedad y la muerte, pero no hay posibilidad de realizar ese sueño mientras continuemos siendo los hijos no regenerados de Adán.

Desde el comienzo de los tiempos hasta el momento actual, la búsqueda impía y malvada del hombre por el poder, y su determinación de usar su libre albedrío para sus propios fines, le han llevado hasta el borde de la perdición. Los despojos y las ruinas de muchas civilizaciones están sobre la faz de la tierra, como testimonio mudo de la incapacidad del hombre para construir un mundo duradero sin Dios. Cada día surgen nuevas ruinas y nuevas miserias y el hombre continúa precipitándose hacia su perdición.

Mientras tanto, Dios, en su comprensión y misericordia infinitas, lo ha observado, esperando con paciencia y compasión que sobrepujan todo entendimiento. Aguarda la oportunidad para ofrecer salvación personal y paz a los que acuden a su misericordia. Todavía se presentan ante nosotros los mismos caminos que Dios puso ante Adán. Todavía tenemos la libertad de escoger. Vivimos en un período de gracia mientras Dios demora el castigo que justamente merecemos.

Es la presencia del pecado lo que impide que el hombre sea feliz. Por causa del pecado, el hombre nunca ha podido obtener la utopía con la que sueña. Cada proyecto y cada civilización que edifica, fracasa y cae en el olvido, porque todas las obras del hombre se realizan en medio de la iniquidad. Las ruinas que en este momento nos rodean, son testigos elocuentes del pecado que domina el mundo.

Parece que el hombre se ha olvidado de la ley de causa y efecto que rige en todos los caminos de este Universo.

Los efectos son muy claros, pero la profunda y predominante causa es menos visible. Quizá se deba a la filosofía moderna del «progreso» que ofusca la visión del hombre. Quizás el hombre, por estar enamorado de esta fatua teoría humana, se adhiera a la creencia de que la raza avanza lenta pero seguramente hacia la perfección final.

Muchos filósofos aún dirán que la actual tragedia del mundo es sólo un incidente en la marcha ascendente, y nos señalan otros períodos de la historia humana en que la situación parecía perdida y desesperado el resultado. ¡Los filósofos dirán que las lastimosas condiciones en que vivimos ahora son los dolores de parto de un día mejor! ¡Dirán que los hombres todavía son niños, que andan a tientas, que están aún en la infancia de la existencia, recorriendo un camino interminable que, al cabo del tiempo, ha de llevarles al estado de hombres perfectos!

Pero la Biblia aclara lo que la ciencia natural no quiere admitir: que la naturaleza revela, a la vez, a un Creador y un corruptor. El hombre culpa al Creador por la obra del corruptor. El hombre se olvida de que nuestro mundo no es como Dios lo hizo, sino que fue corrompido. Dios hizo el mundo bueno, pero el pecado lo corrompió. Dios hizo al hombre inocente, pero el pecado entró en él y le envileció. Cada manifestación del mal es resultado del pecado original, del pecado que no ha cambiado, desde el momento que entró en la raza humana. Se manifiesta de distintas maneras, pero, fundamentalmente, es el mismo pecado que inspira al salvaje a ocultarse en la jungla, lanza en mano, esperando a su víctima, y que

ordena al piloto, culto y preparado, volar sobre esa misma selva para bombardear una confiada aldea.

Siglos de cultura separan a los dos hombres. Se puede decir que el uno «ha progresado» mucho más que el otro, el uno tiene las ventajas de la civilización, mientras que el otro todavía se halla en un estado «primitivo». Sin embargo, ¿son diferentes realmente? ¿No están ambos empeñados en lograr sus fines, a cualquier precio, aun a expensas de sus prójimos? ¿Es la bomba menos salvaje e inhumana, o más civilizada, que la lanza desnuda? ¿Tenemos esperanzas de hallar una solución para nuestros problemas en tanto que los más «primitivos» y los más «progresistas» de entre nosotros estén más ansiosos de matar que de amar a sus prójimos?

Toda la tristeza, toda la amargura, la violencia, la tragedia, la angustia y la vergüenza de la historia del hombre se resumen en esta corta palabra: pecado. No es palabra popular, y ciertamente ya no está de moda, ¡pero es una palabra terriblemente real!

A las gentes no les gusta oír que son pecadores, como lo eran sus padres y abuelos. No obstante, la Biblia declara: «No hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.»¹⁵

La Biblia declara que, a la vista de Dios, todo hombre sobre la tierra es pecador. Dondequiera que oigo a alguien decir que no está en ese caso, recuerdo el incidente de quien, ocupando un cargo directivo en una iglesia, fue a visitar al ministro para decirle:

«Reverendo, a nosotros los de la congregación nos gustaría que no hablara usted tanto, ni con palabras tan precisas, sobre el pecado. Pensamos que si nuestros niños le oyen predicar con tanta frecuencia sobre el tema, llegarán más pronto a ser pecadores. ¿Por qué no llamarlo un "error" o decir, simplemente, que muchas veces los jóvenes son culpables de mal juicio? Pero, por favor, no hable usted tan abiertamente del pecado.»

El ministro atravesó la habitación y de un alto estante tomó una botella de veneno y la mostró al visitante. La botella tenía una etiqueta con estas palabras en grandes letras rojas: «¡Veneno, no tocar!» «¿Qué quiere usted que yo haga? —preguntó el ministro—. ¿Piensa que sería mejor que quitara esta clara etiqueta y pusiera otra que dijera: "Esencia de menta"? ¿No ve usted que cuanto más se suavice el nombre de la etiqueta más peligroso se hace el veneno?»

El pecado, el mismo pecado de siempre, el que causó la caída de Adán, es la causa de nuestros sufrimientos actuales, y nos hará más daño que bien el tratar de disfrazarlo con una etiqueta atractiva y elegante. No necesitamos una nueva palabra para expresarlo. ¡Lo que necesitamos es enterarnos de lo que significa la palabra que ya tenemos! Porque, aunque el pecado predomina en el mundo de hoy, hay multitudes que ignoran por completo su verdadero significado. Es la miope y errónea apreciación del pecado la que sirve de tropiezo para la conversión de muchos hombres y mujeres. Es la falta de verdadera comprensión del pecado lo que impide que muchos cristianos vivan la verdadera vida de Cristo.

¹⁵ Romanos 3:22-23

Una vieja canción espiritual de los negros dice: «No todos los que hablan del cielo entrarán.» Así es con el pecado: no todos los que hablan del pecado tienen una comprensión clara de lo que significa, y es de suma importancia que nos familiaricemos con el punto de vista bíblico del pecado.

Podemos tomar un punto de vista ligero acerca del pecado y llamarlo «debilidad humana». Podremos tratar de decir que es muy poca cosa, pero Dios lo llama una tragedia. Si quisiéramos pasarlo por alto como un accidente, Dios lo declara una abominación. El hombre trata de disculparse del pecado, mas Dios quiere convencerle de la terrible realidad y salvarle. El pecado no es un juguete divertido, sino un terror del cual se debe huir. Aprendamos, pues, lo que significa el pecado a la vista de Dios.

El doctor Ricardo Beal nos da cinco acepciones de la palabra pecado:

Primera. — El pecado es quebrantar la ley, la transgresión de la ley de Dios.¹⁶ Dios estableció el límite entre el bien y el mal, y siempre que pasamos ese límite, siempre que somos culpables de pasarnos al área prohibida de maldad, infringimos la ley. Siempre que no cumplimos los Diez Mandamientos, siempre que no seguimos los preceptos del Sermón del Monte, hemos transgredido la ley de Dios y somos culpables de pecado.

Santiago declaró que todos somos culpables, al decir: «Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido. Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, engendra muerte.»¹⁷ Puesto que todos hemos infringido las leyes de Dios y transgredimos sus mandamientos, somos clasificados todos como pecadores.

Segunda. — La Biblia describe el pecado como iniquidad. La iniquidad es la desviación de lo recto, ya sea que ese acto especial haya sido expresamente prohibido o no. La iniquidad de nuestros impulsos interiores, las mismas cosas que queremos ocultar de los ojos humanos y de Dios. Son los males que proceden de nuestra naturaleza corrompida, más bien que los hechos malos que cometemos debido a la fuerza de las circunstancias.

Jesús describió esta corrupción interior cuando dijo: «Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.»¹⁸

Tercera. — La Biblia explica que el pecado es errar el blanco, no llegar a la meta propuesta. La meta que Dios ha propuesto es Cristo. El objetivo y propósito de toda la vida es vivir en conformidad con la vida de Cristo, que vino para mostrarnos lo que el hombre puede realizar aquí en la tierra. Y cuando fracasamos ante su ejemplo, erramos el blanco y no llegamos a la norma divina.

Cuarta. — El pecado es una forma de transgresión. Es la intromisión del yo en la esfera de la autoridad divina. El pecado no es solamente algo negativo, no es sólo la falta de

¹⁶ **1.ª S. Juan 3:4**

¹⁷ **Santiago 1:14-15**

¹⁸ **S. Marcos 7:21-22**

amor a Dios. El pecado tiene su parte positiva al dar la preferencia al ego antes que a Dios. Es el concentrar todo el amor en uno mismo, en vez de entregarse de todo corazón a Dios. El egoísmo y el amor a uno mismo (egocentrismo o narcisismo), son características del pecado, tanto como el hurto y el homicidio. Quizá sea la forma del pecado más sutil y destructiva, porque en esta forma es demasiado fácil descuidar la etiqueta en la botella de veneno. Los que piensan únicamente en sí mismos, los que consideran solamente sus propios intereses y luchan para proteger sus propios derechos, los tales son tan pecadores como el borracho o la ramera.

Jesús dijo: «¿Qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?»¹⁹ Traducido al lenguaje moderno, acaso podríamos decir: «¿Qué aprovechará al hombre si edifica un vasto imperio industrial, pero está carcomido por las úlceras y no puede gozar nada de la vida? ¿Qué aprovechará al dictador si conquista un hemisferio, y vive en constante temor de la bala del vengador o del cuchillo del asesino? ¿Qué aprovecha al padre que cría a sus hijos con áspera dominación, si más tarde le desprecian y le abandonan a una vejez solitaria?» Ciertamente el pecado del YO es pecado mortal.

Quinta. — El pecado es incredulidad. La incredulidad es pecado porque es un insulto a la veracidad de Dios. «El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree, a Dios le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo.»²⁰

Es la incredulidad la que cierra la puerta al cielo y abre la del infierno. Es la incredulidad la que rechaza la Palabra de Dios y rehúsa a Cristo como Salvador. Es la incredulidad la que hace que los hombres no escuchen el Evangelio y nieguen los milagros de Cristo.

El pecado incurre en la pena de muerte, y ningún hombre por sí mismo puede salvarse de la pena del pecado ni limpiar su propio corazón de corrupción. Ni los ángeles ni los hombres pueden expiar el pecado ni limpiar su propio corazón de corrupción. Ni los ángeles ni los hombres pueden expiar el pecado. En Cristo únicamente se halla el remedio. Sólo Cristo puede salvar al pecador del destino que le espera. «Porque la paga del pecado es muerte.»²¹ «El alma que pecare, esa morirá.»²² «Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, ni dar a Dios su rescate.»²³ «Ni su plata ni su oro podrá librarlos en el día de la ira de Jehová.»²⁴

La única salvación del hombre del pecado está en un monte solitario y desnudo, el lugar de la Calavera; un ladrón está colgado en una cruz, en otra un asesino, y, entre ellos, un Hombre coronado de espinas. Sangran sus manos y sus pies, mana sangre de su costado herido, y gotea de su frente, mientras los que cómodamente le contemplan, le desprecian y se mofan de Él.

¹⁹ **S. Marcos 8:36**

²⁰ **1.ª S. Juan 5:10**

²¹ **Romanos 6:23**

²² **Ezequiel 18:4**

²³ **Salmo 49:7**

²⁴ **Sofonías 1:18**

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

¿Quién es este Hombre torturado? ¿Quién es este Hombre que otros han deseado humillar y matar? Es el Hijo de Dios, el Príncipe de Paz, el Mensajero, enviado por el mismo cielo a la tierra hundida en pecado. Este es Aquel ante Quien los ángeles se arrodillan y ocultan el rostro. No obstante, está colgado, sangrante y abandonado, sobre el madero cruel.

¿Qué le llevó a este lugar de horrores? ¿Quién impuso este sacrificio horrendo al Hombre que vino para enseñarnos a amar? Tú y yo, porque Jesús fue clavado en la cruz por tu pecado y por mi pecado. En aquel momento inmortal la Humanidad experimentó los alcances más oscuros del pecado, se hundió en sus mayores profundidades y alcanzó sus límites más despreciables. ¡No es de maravillar que el sol no pudiera soportar la escena y ocultase su rostro!

En la Cruz el pecado fue confundido. El golpe que crucificó a Cristo se convirtió en el golpe que libertó a la Humanidad. La obra maestra del pecado, el clímax de vergüenza y de odio, se convirtió en la obra maestra de la misericordia y del perdón de Dios. Por medio de la muerte en la Cruz del Cordero de Dios, el pecado mismo es crucificado por los que creen en Cristo. ¡Su muerte es el fundamento de nuestra esperanza y la promesa de nuestro triunfo! Cristo llevó en su propio cuerpo sobre el madero los pecados que nos encadenan. Murió por nosotros y resucitó. Probó la veracidad de todas las promesas de Dios al hombre; y si tú aceptas hoy a Cristo por fe, también puedes romper las cadenas del pecado y hallarte seguro y libre. Por el conocimiento del amor de Cristo, tu alma es lavada de todo pecado y salvada de la condenación.

V. EL DIABLO

«Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.»

Efesios 6:12

Hay un principio satánico que rige todos los acontecimientos contemporáneos, a despecho de los grandes caudillos que creen dirigir al mundo. La Biblia lo describe así: «Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero.»²⁵ Sabemos que su labor consiste en producir confusión entre las gentes y las naciones. A cada instante se ven las obras de sus manos.

Siempre que abrigamos la esperanza de que la paz sea una realidad en nuestro tiempo, de la noche a la mañana surgen de nuevo el mal entendimiento, la desconfianza y la deslealtad. Es así como se deshace en un momento la labor paciente de muchos meses. Pues Satanás ha determinado que el oscuro y triste río de la Humanidad siga su curso tormentoso hasta el fin de los tiempos. Venció a Adán en el Edén, y está convencido de que puede apropiarse las almas de los descendientes de Adán.

En el mundo, hoy día, no hay una persona inteligente que no se haya puesto a pensar alguna vez sobre la existencia del diablo. De que él existe, no hay duda. Por doquier vemos su poder e influencia. El problema no gira en torno a su existencia, sino al cómo y por qué existe.

Sabemos por la historia de Adán y Eva, que el diablo se encontraba presente en la tierra antes de que Dios creara el primer hombre. El mal ya existía. De otro modo, Dios no hubiera plantado un árbol cuyo fruto formaría la conciencia del Bien y del Mal. No hubiese sido necesario tal árbol si el mal no hubiese estado presente y si el hombre no tuviese necesidad de protección contra él.

Aquí nos hallamos frente al más grande de todos los misterios, al más significativo de todos los secretos y a la más incontestable de todas las preguntas. ¿Cómo pudo Dios que es todopoderoso, santidad perfecta y amor absoluto, haber creado el mal o haber permitido que el diablo lo creara? ¿Por qué era necesario que fuese tentado Adán? ¿Por qué no mató Dios a Satanás en el momento en que entró en el cuerpo de la serpiente para sugerir malos pensamientos a Eva?

La Biblia nos ofrece algunas veladas alusiones de lo que bien pudiera ser la respuesta. Y también nos aclara que no es dado al hombre conocer la respuesta completa antes de que se cumplan los tiempos en que Dios se sirva de las obras del diablo para realizar sus propósitos.

Antes de la caída de Adán, y aun antes de que él existiera, parece que el Universo de Dios estaba dividido en esferas de influencia, cada una de las cuales se hallaba bajo la dirección y autoridad de un ángel o príncipe celestial, todos responsables directamente ante

²⁵ Colosenses 1:16 Efesios 1:21

Dios. San Pablo nos habla de «tronos, dominios, principados y potestades» ² que están en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles. La Biblia, a menudo menciona los ángeles y arcángeles, mostrando así que había una jerarquía establecida entre ellos.

El diablo debe haber sido un poderoso príncipe celestial, que tenía la tierra, tal vez, como su provincia. Conocido como «Lucero», «portador de la luz», tiene que haber estado muy cerca de Dios y, de hecho, tan cerca, que la ambición entró en su corazón y él determinó no ser el príncipe amado de Dios, sino colocarse en un nivel igual al del mismo Dios.

En ese momento surgió la división en el cosmos. Pues fue el instante en que el Universo, que siempre había sido todo bueno y todo armonioso por la voluntad de Dios, se dividió, y una parte se opuso a Dios. El diablo le desafió e intentó establecer su propia autoridad. Abandonó su posición en el gobierno de Dios, descendió a los lugares celestes inferiores y proclamó que quería ser semejante al Dios Todopoderoso. Había sido colocado por Dios como príncipe en este mundo; y Dios no le ha destituido de aquella posición, aunque en la muerte de Cristo existe la prueba legal para su destitución. Desde ese instante, el diablo ha contendido con Dios sobre la tierra.

Como príncipe poderoso, con huestes de ángeles bajo su mando, ha establecido su reino en la tierra. Su poder y posición aquí, son las razones por las cuales fueron escritas las Sagradas Escrituras. Si Satanás no hubiera desafiado a Dios e intentado emular su poder y autoridad, la historia de Adán en el Paraíso hubiera sido muy distinta. Si Satanás no se hubiera opuesto a Dios, no habría sido necesario dar al género humano los Diez Mandamientos, y Dios no hubiera tenido que sacrificar a su Hijo sobre la cruz.

Jesús y sus apóstoles conocían perfectamente el poder del diablo. San Mateo relata una conversación entre Jesús y el diablo.²⁶ El diablo era un personaje real para los fariseos, ¡tan real que acusaron a Jesús de ser el mismo diablo!²⁷ Desde luego, Jesús tampoco dudaba de la existencia del diablo, ni del poder que ejerce aquí en la tierra.

El poder del diablo se encuentra claramente en el versículo 9 de la Epístola de San Judas, donde se dice: «Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, disputando sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a usar de juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda.»

Si hoy se niega la personalidad del diablo es, en gran parte, a causa de las caricaturas que de él se hicieron populares durante la Edad Media. Para calmar su temor al diablo, la gente trató de reírse de él y le representó como una fatua y grotesca criatura con cuernos y larga cola. En su mano pusieron el tridente, dándole la fisonomía de un espíritu débil, y se dijeron: «¿Quién tiene miedo a una figura tan ridícula como ésta?»

La verdad es que el diablo es una criatura de inteligencia superior, un poderoso y hábil espíritu de recursos infinitos. Olvidamos que el diablo era tal vez el más grande y el más exaltado de todos los ángeles de Dios. Fue un personaje sublime que decidió usar sus dotes divinas para fines propios en lugar de usarlos para Dios. Su raciocinio es brillante, sus

²⁶ S. Mateo 4:1-10

²⁷ S. Mateo 12:24

planes ingeniosos, y su lógica casi irrefutable. El poderoso adversario de Dios no es una criatura tonta con cuernos y cola, sino un príncipe majestuoso, de una fuerza y de una astucia sin límites, capaz de aprovecharse de toda oportunidad que se le presente, capaz de cambiar las situaciones para su propio beneficio.

El diablo es muy capaz de personificar el falso profeta del cual nos advierte la Biblia. Sobre los despojos de la incredulidad y de la duda, el diablo edificará su obra maestra, el anticristo. Creará una religión sin Redentor, edificará una iglesia sin Cristo, y establecerá un culto sin la Palabra de Dios.

El apóstol San Pablo lo predijo al escribir: «Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo. Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis... Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo.»²⁸

Sabemos que el anticristo se manifestará y tratará de seducir la mente y el corazón de los hombres. El tiempo se acerca, el escenario está dispuesto: abundan la confusión, el miedo y el pánico. En todas partes se ven las señales del falso profeta, y es posible que muchas personas sean los testigos vivientes del pavoroso momento en que principie el acto final de esta tragedia secular. Bien puede realizarse en nuestros días, porque el tiempo se acelera, los acontecimientos se presentan con más rapidez, y por todos lados vemos a los hombres, consciente o inconscientemente, tomar partido, declarándose a favor del diablo o de Dios.

Será una batalla hasta la muerte, con todo el significado de esa palabra, una batalla que no dará cuartel, sin concesiones ni excepciones. La base humana de esta batalla empezó en el Edén cuando el diablo sedujo a la Humanidad e hizo posible que multitudes opusiesen su voluntad a la de Dios. «Todos nosotros nos descarriamos como Ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros.»²⁹ Y continuará hasta el fin de los tiempos, hasta que una u otra de estas poderosas fuerzas, la del Bien o la del Mal, triunfe y entronice al Rey verdadero o al impostor.

En el momento actual de la historia se enfrentan dos poderosas trinidades: la Trinidad de Dios (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) y la trinidad falsa que el diablo quiere que adoremos (el Diablo, el Anticristo y el falso profeta), que se describe en el libro del Apocalipsis: «Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta, tres espíritus inmundos a manera de ranas.»³⁰

Consciente o inconscientemente, ni por un segundo dejas de tener dos fuerzas poderosas, no hay un momento en que no necesites decidir deliberadamente unirse a la una o a la otra. El diablo está siempre a tu lado, tentando, persuadiendo, amenazando,

²⁸ **2ª Corintios 11:3-4; 13**

²⁹ **Isaías 53:6**

³⁰ **Apocalipsis 16:13**

lisonjeando; también está siempre a tu lado Jesús, amando y perdonándote, esperando que vuelvas a Él y solicites su ayuda, deseando darte poder sobrenatural para resistir al diablo.

En los momentos de tu más grande temor y ansiedad, en los momentos en que te sientes desamparado, en la encrucijada tendida por los acontecimientos que no has podido controlar, cuando la desesperación y la desilusión te abrumen, en esos momentos es el diablo el que frecuentemente intenta apresarte en el punto más débil y empujarte hacia adelante en el camino seguido por Adán.

En estos momentos peligrosos, recuerda que Cristo no te ha desamparado ni te ha dejado indefenso. Así como triunfó sobre Satanás en su hora de tentación y de prueba, así ha prometido que también tú podrás ganar la victoria cada día sobre el tentador. Recuerda: «Para esto apareció el Hijo de Dios, para hacer ineficaces las obras del diablo.»³¹

El mismo Libro que repetidas veces nos habla del amor de Dios, nos previene que el diablo se ha de interponer entre nosotros y Dios, que el diablo siempre está al acecho para seducir las almas de los hombres. «Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, cual león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.»³² La Biblia describe un diablo personal que manda una hueste de espíritus diabólicos que intentan dominar y gobernar toda actividad humana, «el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia».³³

¡No dudes ni por un momento de la existencia del diablo! ¡Es una persona muy real! ¡Y muy inteligente! Si tienes alguna duda acerca de la personalidad del diablo, lee una vez más el periódico de hoy. Si necesitas pruebas concretas, escucha las noticias de la radio o de la televisión.

¿Se portarían así hombres y mujeres sanos, si no estuvieran en las garras del maligno? ¿Podrían los corazones, llenos sólo del amor y de la bondad de Dios, concebir y llevar a cabo las violencias y los crímenes de que tenemos noticias todos los días? ¿Podrían reunirse alrededor de una mesa de conferencia hombres de cultura, inteligencia e intenciones honestas, sin llegar a comprender sus necesidades y fines, si sus mentes no estuvieran deliberadamente ofuscadas y corrompidas?

Siempre que oigo a una persona «iluminada» de nuestros días argüir contra lo razonable de la existencia real e individual que manda una hueste de espíritus malos, me acuerdo del poema escrito por Alfred J. Hough, que dice así:

Los hombres no creen ya en el diablo, como creían en tiempos pasados.
Forzaron las puertas del credo más amplio y han dado paso al diablo.
No se ve ni huellas de su pata de cabra, ni dardo que el diablo lanzó.
Se encuentra en nuestro mundo actual, pues el hombre así lo decidió.
¿Quién sigue los pasos del buen cristiano? ¿Quién le acecha? —me digo.
¿Quién siembra cizaña en todo campo donde Dios sembró trigo?

³¹ 1.ª S. Juan 3:8

³² 1ª S. Pedro 5:8

³³ Efesios 2:2

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

Se votó que el diablo no existiera y seguro que así ha de ser.

Más, ese trabajo, ¿quién lo hará, pues tan sólo él lo sabe hacer?

Se dice que el diablo ya no es el viejo león rugiente.

Pero, ¿a quién echar la culpa de escándalo tan evidente.

Que se escucha en nuestro hogar, iglesia y estado, y hasta el rincón más remoto.

Si el diablo no se halla en ninguna parte, por unánime voto?

Suplicamos que alguien pase al frente, para hacernos ver.

De dónde vienen fraudes y crímenes. ¡Todos queremos saber!

Diablo ya no hay, por justa votación, y el diablo se esfumó.

Pero de este negocio que sigue en pie, ¿quién, pues, se encargó?

¿Y quién, realmente, es el responsable de la infamia, el terror y la agonía que nos rodea? ¿Cómo podemos explicar las tribulaciones que todos experimentamos, si el mal no es una fuerza poderosa? La educación moderna ha ofuscado nuestras mentes y a causa de descubrimientos, a menudo discutidos, hemos perdido nuestra creencia en el poder sobrenatural de Satanás.

Jorge Galloway resumió esta contribución dudosa de la educación moderna, al decir: «La teoría de que hay en el universo un poder o principio, personal o de otra índole, en eterna oposición a Dios, es descartada, generalmente, por la mente moderna.»

¡La mente moderna puede desechar a Satanás, pero eso no logrará hacer desaparecer el principio del mal!

El gran predicador metodista Dr. Clovis Chappell escribe en sus Sermones de las Parábolas: «Parece que Jesús, juntamente con los otros santos del Nuevo Testamento, creyó que existía una personalidad perversa conocida como el diablo. En nuestros días se ha rechazado esta doctrina.» Pero agrega cuidadosamente: «Si ahora no podemos explicar la presencia del mal atribuyéndolo al diablo, no por esta razón desvanecemos la realidad del mal. El pecado es un hecho real, nos lo expliquemos o no.»

¡Ciertamente, el pecado es un hecho horrendo! Está en pie como una fuerza titánica combatiendo contra todo lo bueno que el hombre pretende hacer. Existe como sombra oscura, siempre dispuesta para ocultar cualquier luz que nos llegue de lo Alto. Todos sabemos esto, todos lo vemos, estamos conscientes de ello en todo lo que hacemos. Podemos nombrarlo de cualquier manera, pero sabemos que verdaderamente existe. «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales en las regiones celestes.»³⁴

¿Cómo explican los que niegan al diablo y sus partidarios la rapidez con que se extiende el mal? ¿Cómo interpretan la infinidad de piedras de tropiezo que son puestas en el camino de los justos? ¿Cómo aclaran el hecho de que la destrucción y el desastre se

³⁴ Efesios 6:12

efectúan en segundos, mientras que la construcción y la rehabilitación se realizan agonizantemente despacio?

Se susurra una mentira, se suelta la lengua calumniadora, y las palabras son llevadas como por arte de magia a los rincones más lejanos. Se dice una verdad o se hace algo honesto y generoso, e inmediatamente poderes invisibles tratan de ocultar ese rayito de luz y de esperanza.

Nadie deliberadamente edifica iglesias al diablo, ni construye púlpitos para predicar su palabra; sin embargo, su palabra está en todas partes y, con frecuencia, se traduce en violencias. Si ningún poder invisible obra para corromper el corazón del hombre y torcer sus pensamientos, ¿cómo puede explicarse el ansia de la Humanidad de escuchar lo vil, lo despreciable y lo bajo, mientras se hace sorda para lo que es bueno, limpio y puro?

¿Despreciaría alguno de nosotros un fruto maduro y delicioso para tomar uno podrido, si no fuéramos obligados a hacerlo por un poder siniestro? No obstante, eso es lo que hacemos exactamente y en repetidas ocasiones. Constantemente despreciamos las experiencias ricas, hermosas y nobles, y buscamos las degradantes y viles. ¡Estas son las obras del diablo, y florecen en todas partes!

Los hechos que vemos aquí en la tierra son sólo un reflejo de las luchas entre el bien y el mal en el dominio invisible. Nos gusta pensar que nuestro planeta es el centro del Universo, y damos demasiada importancia a los sucesos terrenales. ¡Y es tan fatuo nuestro orgullo, que no podemos percibir una lucha de magnitud infinitamente más grande que se desarrolla en el mundo invisible!

Los sabios de la antigüedad sabían esto. Sabían de muchas cosas que no perciben el ojo y el oído humanos. Al hombre moderno le gusta pensar que él «creó» la radio y la televisión, y que hizo posible la transmisión de sonidos e imágenes a través del espacio. Lo cierto es que estas ondas que fueron desconocidas para el hombre, siempre han existido, y que hay en el espacio maravillas mucho más grandes acerca de las cuales quizás el hombre nunca llegue a tener el menor conocimiento. Los profetas antiguos recibieron revelación de estos misterios del mundo invisible, pero tenían una idea vaga de la potencia de las fuerzas en acción y no pudieron captar sino débiles ecos de la formidable batalla que se libraba en los lugares celestiales.

Uno de los muchos precios que Adán pagó por escuchar al diablo, fue perder la visión de dimensiones espirituales. Perdió para sí mismo, y para toda la Humanidad, la capacidad de ver, oír y entender lo que no es puramente material. Cerró para sí las puertas a las maravillas y esplendores eternos del mundo invisible. Perdió el poder de la profecía verdadera, la capacidad de conocer el porvenir y, así, entender y desempeñar mejor las tareas del tiempo presente. Perdió el sentido de la continuidad, de unidad con el Universo y con todos los seres vivientes. Se separó de Dios y llegó a ser extranjero en el mundo de Dios.

Cuando Adán hizo esto, se convirtió en algo semejante a un televisor defectuoso que recibe sólo un canal en vez de varios, ¡y ese único canal está torcido y aparece confuso!

Si vemos en el televisor la imagen borrosa, desenfocada, no culpamos a la emisora. Cuando no podemos encontrar el programa que deseamos, o cuando la escena en la pantalla

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

se hace borrosa, no condenamos a los científicos que descubrieron la televisión. Reconocemos que la causa se halla en el aparato que usamos. No decimos que la televisión es un fracaso porque nuestra antena está mal instalada, o porque vivimos en un distrito donde la recepción de la TV no sea buena.

Más cuando la tragedia o la enfermedad vienen a nosotros o cuando sufrimos las consecuencias de nuestros propios pecados, ¡inmediatamente echamos la culpa a Dios! Tenemos paciencia y somos razonables cuando nuestros televisores no funcionan bien, pero estamos dispuestos a injuriar a Dios y su Universo cuando vemos una imagen torcida de Él.

Siempre que otra persona recibe el ascenso en el trabajo que nosotros apetecíamos, o cuando alguien, al que consideramos menos merecedor que nosotros, tiene éxito y nosotros fallamos, clamamos contra la injusticia de Dios.

¡Demandamos saber por qué Dios permite estas desigualdades! Perdemos la visión de que Dios, como una gran estación transmisora de televisión, emite una imagen perfecta de amor y justicia en todo tiempo, ¡y que la recepción defectuosa se halla en nosotros mismos!

Son la maldad y la perversión que están dentro de nosotros las que no nos permiten ver y conocer el mundo perfecto de Dios. Es nuestro propio pecado el que ofusca la imagen y nos impide ser los hijos puros de Dios en vez de los hijos de la maldad. San Pablo habló en nombre de todos nosotros, cuando dijo: «Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago.»³⁵ San Pablo reconoció al temible y poderoso adversario de toda la Humanidad, y clamó a voces: «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado».³⁶

Dos adversarios abrumadores se manifestaban perfectamente a San Pablo, que conocía verdaderamente el poder violento de su atracción. El poder del bien impulsaba su mente y su corazón hacia Dios, mientras el poder del mal arrastraba su cuerpo hacia la muerte y la destrucción.

¡Tú, lector, estás colocado entre estas dos mismas fuerzas, la vida y la muerte! Escoge el camino de Dios, y hallarás vida. Si escoges el camino de Satanás, te llevará a la muerte.

³⁵ **Romanos 7:19**

³⁶ **Romanos 7:24-25**

VI. DESPUES DE LA MUERTE. ...¿QUE?

«Apenas hay un paso entre mí y la muerte.»

1° Samuel 20:3

Se ha dicho que la vida es sólo la preparación para la muerte. El salmista dijo: «¿Qué hombre vivirá y no verá muerte?»³⁷

Se supone que es ésta una época de pensamiento libre y de experiencias definitivas. Hemos aspirado a cambiar el mundo y las leyes que lo gobiernan, mediante el conocimiento, la ciencia, los inventos, los descubrimientos, la filosofía y el pensamiento materialista. Hemos intentado entronizar a los dioses falsos del dinero, la fama y la inteligencia; pero, por mucho que nos esforcemos, el resultado es siempre el mismo: «Está establecido a los hombres que mueran una sola vez.»³⁸

En medio de la vida, la muerte se asoma por todas partes. La estridente sirena de las ambulancias, los fríos rótulos de las Agencias de Pompas Fúnebres, los Cementerios delante de los cuales pasamos con frecuencia, la vista de los coches mortuorios entre el tráfico, todo nos recuerda que la muerte puede llamarnos en cualquier momento. Nadie sabe cuándo ni cómo, pero sabemos que vendrá.

El doctor Juan S. Wimbish ha expresado esto con exactitud al decir: «Nuestras vidas están suspendidas de hilos muy débiles, y la fosa se abre a nuestros pies a cada instante. La muerte es el adversario universal. Aun los reyes caen bajo la guadaña de la muerte. El científico y el cirujano luchan valientemente para que el monstruo no se aproxime a las puertas de los palacios, pero se desliza clandestinamente entre la guardia, cruza furtivamente los pasillos hasta las habitaciones reales y envuelve en su capa sombría a los poderosos.»

Cada año unos cuarenta mil norteamericanos suben a sus coches sin saber que ése será su último viaje. A pesar de las múltiples medidas de seguridad, otras treinta mil personas se matan por accidentes en sus casas, aun cuando la idea de la muerte esté bien lejos de su pensamiento. La muerte acecha continuamente a la Humanidad, y aunque la ciencia médica y los ingenieros de seguridad le hayan declarado la guerra, es la muerte la que siempre triunfa.

Debido a tanto tiempo de esta batalla científica, ahora tenemos la ventaja de unos cuantos años más de vida. Sin embargo, la muerte está al final del camino, y la duración de la vida del hombre común no excede mucho de los setenta años mencionados en la Biblia.

Las enfermedades del corazón matan todavía un buen número de personas en la primavera de la vida; el cáncer aún tortura con su dolor a miles de cuerpos. La tuberculosis, las enfermedades de la sangre, la poliomielitis y las pulmonías reclaman su parte, aunque la investigación médica hayan disminuido el promedio anual. No importa cuán optimistas sean las perspectivas estadísticas, no importa cuánto haya sido alargada la vida desde 1900,

³⁷ Salmo 89:48

³⁸ Hebreos 9:27

cualesquiera que sean las estadísticas en cuanto a homicidios, suicidios y otras formas de muerte violenta; el hecho inevitable de la muerte permanece inalterable: ¡es aún la experiencia final sobre esta tierra!

Desde el momento en que nace un niño, empieza la lucha contra la muerte. La madre dedica años de cuidado a la protección de la vida del pequeño. Vigila la comida, la ropa, el ambiente, los exámenes médicos y las vacunas, pero, a pesar de sus cariñosos cuidados, el niño ya ha empezado a morir.

A los pocos años las muestras tangibles de debilidad serán evidentes. El dentista tendrá que revisar las caries dentales; se necesitarán gafas para mejorar la vista imperfecta; la piel se arrugará y aflojará con el transcurso del tiempo; los hombros se encorvarán, y su caminar será más lento y menos seguro. La fragilidad de nuestros huesos se aumentará según disminuya nuestra energía y, sin saberlo casi, habremos empezado a morir.

Los seguros de salud y de enfermedad suavizarán el golpe; se adquirirán seguros de vida para cubrir los gastos y obligaciones finales y, de repente, comprenderemos que la vida entera es una gran lucha perpetua con la muerte. Veremos que todos estamos corriendo una carrera en la que sólo podemos esperar ganar un poco más de tiempo, no importa cómo engañemos a nuestro antagonista, ¡sabemos que al fin vencerá la muerte!

¡Qué misterioso es este enemigo nuestro, tan misterioso como la misma vida! Pues la vida que vemos tan abundantemente en derredor de nosotros en plantas, animales y seres humanos no la podemos reproducir, y menos explicarla. La muerte también sigue sin explicación, aunque reconozcamos su presencia tanto como la de la vida. ¡Qué poco nos gusta hablar de ella o considerar su importancia! Cuando la vida empieza y el niño nace, nos regocijamos. Cuando la vida pasa y el hombre muere, queremos deshacernos cuanto antes de ese pensamiento.

¿No parece extraño que, después de que encauzamos mucha de nuestra energía a traer la vida a este mundo, volvamos tan resueltamente las espaldas al hecho, igualmente importante, del fin de esta misma vida sobre la tierra?

Hay ahora unos dos mil millones de seres humanos que viven sobre este planeta. Casi todos habrán muerto dentro de cien años. Sus cuerpos estarán inanimados. Pero, ¿qué será de sus almas, la parte esencial y eterna de la vida? He aquí el misterio. ¿Qué pierde el hombre cuando muere? ¿A dónde va?

En el año 1951, en Denver, Colorado, murió un periodista. Durante el servicio fúnebre los deudos escucharon su voz grabada que decía así: «Este es mi funeral. Soy ateo y lo he sido durante muchos años. Tengo el mayor desprecio para la necedad teológica. Los clérigos son cobardes morales. Los milagros son producto de la imaginación. Si cuatro periodistas fueran enviados a una ejecución y torcieran las verdades, como los apóstoles lo hicieron con los Evangelios, serían despedidos inmediatamente. No quiero cánticos religiosos. Este será un funeral completamente racional.»

Cada época ha producido hombres que, en su odio hacia Dios, han intentado ridiculizar e injuriar a la Iglesia, a las Escrituras, a Jesucristo. Sin presentar ninguna evidencia, claman contra la voz de Dios. La historia testifica de los Jorge Bernard Shaw, los

Roberto Ingersoll y otros muchos filósofos que, mediante la argumentación, se esforzaron en destruir el temor a la muerte.

Escuchad al antropólogo relatar la muerte en la selva. Allí no existe «la necesidad teológica» porque nada saben de Jesucristo. ¿Qué se nos dice de la muerte? En algunas tribus los ancianos son abandonados en los bosques para que los animales salvajes acaben con ellos y, de este modo, libran a los jóvenes del espectáculo de la muerte. En otra tribu los deudos pintan sus cuerpos desnudos de blanco.

Hora tras hora los lamentos y gritos de las mujeres anuncian que el alma está a punto de salir del cuerpo. La muerte, fuera de la influencia cristiana, está llena de horror y desesperación.

Comparad esto con la muerte del cristiano. Cuando Cristo vino, trajo un nuevo concepto acerca de la muerte. El hombre siempre había considerado a la muerte como un enemigo, pero Jesús dijo que Él la había vencido y le había quitado el aguijón. Jesucristo era el Realista magistral al estimular a los hombres a prepararse para la muerte que, ciertamente, vendría. No hay que preocuparse, dijo el Señor Jesús, por la muerte del cuerpo, hay que preocuparse de la muerte eterna del alma.

La Biblia declara que hay dos muertes: una es la muerte física y la otra es la muerte eterna. Jesús advirtió que debemos temer a la segunda muerte mucho más que a la primera. Describió la muerte segunda como el infierno, que es una separación eterna de Dios. Indicó que la muerte del cuerpo no es nada en comparación con el destierro eterno y consciente del alma de la presencia de Dios.

Las últimas declaraciones de hombres moribundos proporcionan un estudio excelente a los que buscan el realismo frente a la muerte. El doctor Wilbus Smith, en su importante libro *Therefore Stand*, relata las últimas horas de famosos incrédulos.

¡Cuán diferente es la historia del cristiano que ha confesado su pecado y, por fe, ha recibido a Jesucristo como su Salvador personal!

Durante muchos años, la doctora Effie Jane Wheeler enseñó inglés y literatura en la Universidad a la que asistí. La doctora Wheeler se distinguía tanto por su caridad como por su conocimiento de las materias que enseñaba. El 30 de mayo de 1949 la doctora Wheeler escribió la siguiente carta al doctor Edman, presidente de la Universidad, a sus colegas y a sus alumnos:

«Agradezco mucho el tiempo que dedicáis a la lectura de esta carta, porque antes de que salgáis de vacaciones quiero que sepáis la verdad acerca de mí, tal como yo misma la supe tan sólo el viernes último. Mi médico, por fin, me ha declarado lo que durante semanas ha sido el diagnóstico de mi enfermedad; un cáncer incurable. Ahora bien, si él hubiese sido cristiano no se habría inquietado tanto por ocultármelo, ya que vosotros y yo sabemos que la vida o la muerte son igualmente bienvenidas cuando vivimos de acuerdo con la voluntad del Señor y en Su presencia. Si el Señor me ha llamado para ir pronto con Él, voy con alegría. Por favor, no me lloréis ni un momento. No digo un frío adiós, sino un cálido "hasta luego", hasta que os vea de nuevo en la tierra bendita, donde, tal vez, se me permita levantar la cortina cuando vosotros lleguéis. Con un corazón lleno de amor para cada uno de vosotros.» (Firmado: Effie Wheeler).

Dos semanas después de escribir esta carta, la doctora Wheeler fue a la presencia de su Señor y Maestro, Quien había cumplido su palabra de quitar el aguijón de la muerte.

La Biblia enseña que tú eres un alma inmortal. Tu alma es eterna y vivirá para siempre. En otras palabras, el verdadero tú —la parte que piensa, siente, sueña y aspira, el Ego— nunca morirá. La Biblia enseña que tu alma vivirá para siempre en uno de estos dos lugares: el cielo o el infierno. Si no eres cristiano, si nunca has nacido de nuevo, entonces la Biblia enseña que tu alma irá inmediatamente al lugar que Jesús llamó Hades, donde esperará el juicio de Dios.

Sé muy bien que el tema del infierno no es muy agradable; por el contrario, no es popular, sino contencioso y mal entendido. Sin embargo, en mis campañas por este país, generalmente dedico una noche a la discusión de este tema. Después de la discusión, y durante algunos días, aparecen en los periódicos muchas cartas en las que se presentan los pros y los contras sobre el asunto. La Biblia dice casi tanto acerca de este tema como sobre cualquier otro. En discusiones estudiantiles en muchas Universidades de Norteamérica, se me pregunta continuamente: «¿Qué dice usted del infierno? ¿Hay fuego en el infierno?», y otras muchas preguntas semejantes. Como ministro, tengo que tratarlo, no puedo evadirlo, aunque produzca en las personas desconsuelo e inquietud. Confieso que, entre todas las enseñanzas cristianas, es la más difícil de aceptar.

Hay quienes enseñan que al final todo el mundo será salvo, que Dios es un Dios de amor y nunca enviará a nadie al infierno. Creen que la palabra eterno realmente no quiere decir para siempre. No obstante, la misma palabra que enseña la separación eterna de Dios, se usa también para la eternidad del cielo. Alguien ha dicho que «la justicia demanda que el gozo de los justos y el castigo de los impíos tenga la misma duración, puesto que vienen de la misma palabra griega y son de la misma duración.

Hay otros que enseñan que, después de la muerte, los que han rehusado aceptar el plan divino de redención serán aniquilados, dejarán de existir. Al escudriñar la Biblia, desde el principio hasta el fin, no he podido hallar ni una palabra de evidencia que sostenga esta idea. La Biblia enseña que, ya sea que estemos salvados o perdidos, hay una existencia eterna, consciente, para el alma y la personalidad.

Hay otros que enseñan que después de la muerte todavía existe la posibilidad de salvación, que Dios dará una segunda oportunidad. Si esto es verdad, en la Biblia no se hace alusión a ello, pues continuamente se nos advierte:

«He aquí ahora el tiempo aceptable: he aquí ahora el día de salvación.»³⁹

Innumerables pasajes de la Escritura se podrían citar para apoyar el hecho de que la Biblia sí enseña que existe el infierno para quien voluntaria y conscientemente rechaza a Cristo como Señor y Salvador:

«Estoy atormentado en esta llama.»⁴⁰

«Cualquiera que le diga fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego.»⁴¹

³⁹ 2^a Corintios 6:2

⁴⁰ S. Lucas 16:24

⁴¹ S. Mateo 5:22

«Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los escandalosos que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.»⁴²

«Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes.»⁴³

«Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.»⁴⁴

«En llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder.»⁴⁵

«Él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche.»⁴⁶

«Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.»⁴⁷

«Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.»⁴⁸

Pero oigo a alguien decir: «No creo en el infierno. Mi religión es el Sermón del Monte.»

Bueno, escuchemos un pasaje del Sermón del Monte: «Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.»⁴⁹

Aquí tenemos una enseñanza precisa de Jesús referente al infierno. Él ha afirmado su realidad. Jesús narra parábolas y da ilustraciones sobre este tema, poniendo en guardia continuamente a los hombres contra la locura de una vida de pecado y de hipocresía en tanto que estén en la tierra.

No hay duda de que los perversos sufren cierto infierno aquí, en la tierra. La Biblia dice: «Sabed que vuestro pecado os alcanzará.»⁵⁰ Otra vez la Biblia dice: «Todo lo que el

⁴² **S. Mateo 13:41-42**

⁴³ **S. Mateo 13:49-50**

⁴⁴ **S. Mateo 25:41**

⁴⁵ **S. Mateo 25:41**

⁴⁶ **Apocalipsis 14:10-11**

⁴⁷ **Apocalipsis 20:14-15**

⁴⁸ **Apocalipsis 21:8**

⁴⁹ **S. Mateo 5:29-30**

⁵⁰ **Números 32:23**

hombre sembrare, eso también segará.»⁵¹ Sin embargo, en torno de nosotros vemos cómo algunos malvados parecen gozar de prosperidad, mientras que los justos sufren a causa de su justicia. La Biblia enseña que habrá un tiempo de compensación cuando se haga justicia.

¿Mandaré al infierno el Dios amoroso al hombre? ¡La contestación es que sí! Pero no lo envía con agrado. El hombre se condena por rechazar el plan divino de salvación. Con amor y misericordia, Dios ofrece a los hombres un modo de escapar, un camino de salvación, una esperanza y una expectación de cosas mejores. El hombre, en su ceguera, en su estupidez, en su obstinación, en su egoísmo y en su amor a los placeres del pecado, rechaza el método sencillo de Dios para escapar de la angustia del tormento eterno.

Supongamos, lector, que estás enfermo y llamas al médico, y éste acude, y extiende una receta. Pero, después de pensarlo, decides no seguir su consejo y te niegas a tomar la medicina. Al visitarte de nuevo, pasados unos días, el médico te encuentra agravado. ¿Podrías culparle? ¿Podrías hacerle responsable? Él extendió la receta, prescribió el remedio, ¡pero tú lo rechazaste!

De la misma forma, Dios prescribe el remedio para los males de la raza humana. Ese remedio es la fe personal y el entregarse a Jesucristo. El remedio es nacer de nuevo, como estudiaremos en otro capítulo. Si deliberadamente lo rechazamos, entonces tenemos que sufrir las consecuencias y no podemos echar la culpa a Dios. ¿Es culpa de Dios que nosotros rechacemos el remedio?

Otros preguntan: «¿Cuál es la naturaleza del infierno?» Hay cuatro palabras que en nuestra Biblia se traducen por «infierno». Una es Sheol, que se traduce por «infierno» treinta y una veces en el Antiguo Testamento. Quiere decir «estado invisible». Las palabras de tristeza, dolor y destrucción se usan en conexión con ella.

La segunda palabra es Hades, que está traducida del griego y se usa diez veces en el Nuevo Testamento. Significa lo mismo que Sheol en el Antiguo Testamento. El juicio y el sufrimiento siempre se asocian con ella.

La tercera es Tártarus, empleada sólo una vez en 2.^a San Pedro 2:4, donde se dice que los ángeles desobedientes son arrojados al Tártarus. Indica un lugar de juicio, tal como una prisión o mazmorra donde existe intensa oscuridad.

La cuarta palabra es Gehenna, usada once veces y traducida por «infierno» en el Nuevo Testamento. Es la ilustración que Jesús empleaba del Valle de Hinnom, lugar fuera de Jerusalén donde continuamente se quemaba la basura.

Otros preguntan: «¿Enseña la Biblia que hay un fuego literal en el infierno?» No hay duda de que la Biblia usa muchas veces la palabra fuego en sentido figurado. Sin embargo, Dios tiene un fuego que arde pero no consume.

Cuando Moisés vio la zarza que ardía, se asombró al ver que la zarza no se consumía. Los tres jóvenes hebreos fueron echados al horno de fuego ardiente, pero no fueron consumidos; en verdad, ni un solo cabello de sus cabezas se quemó.

Por otra parte la Biblia habla de nuestras lenguas que son «inflamadas por el infierno»¹⁶ cada vez que hablamos mal de nuestros prójimos. Eso no significa que ocurra

⁵¹ Gálatas 6:7

una combustión literal cada vez que hablamos en contra del prójimo. Pero bien sea literal, ya figurada, eso no afecta a la realidad. Si no hay fuego, entonces Dios usa el lenguaje simbólico para indicar algo que pudiera ser mucho peor.

Esencialmente, el infierno es la separación de Dios. Es la muerte segunda que se describe como la eterna y consciente proscripción de todo lo que es luz, gozo, bondad, justicia y felicidad. La Biblia contiene muchas descripciones terribles respecto a esta horrorosa condición en que el alma se encontrará un instante después de la muerte.

La Biblia no es únicamente quien nos dice que los malos y aquellos que no aceptan a Cristo sufrirán las consecuencias del infierno. También nos lo dice el instinto humano. Hay algo dentro de cada uno que nos advierte que al cometer un pecado, no sólo sufriremos aquí, sino también en la eternidad.

Es curioso que los hombres se preparan para todo, menos para la muerte. Nos preparamos para educación, para los negocios, para nuestras profesiones, para el matrimonio, para la vejez. Nos preparamos para todo, menos para el momento en que hayamos de morir. Y, sin embargo, la Biblia dice que está establecido que muramos una vez.

La muerte es un acontecimiento que a cada hombre parece fuera de lo natural, cuando se refiere a él mismo, pero natural cuando se refiere a otros. La muerte coloca a todos los hombres al mismo nivel. Despoja al rico de sus millones y al pobre de sus andrajos. Acaba con la avaricia y extingue el fuego de la pasión. Todos quisieran ignorar la muerte, pero todos tienen que afrontarla, el príncipe y el labriego, el insensato y el filósofo, el asesino y el santo. La muerte no conoce edades, no tiene ninguna parcialidad. Todos los hombres la temen.

Hacia el fin de su vida, Daniel Webster relató cómo asistió una vez a un servicio religioso en una tranquila aldea. El ministro era un viejecito sencillo y piadoso. Después de la introducción, se levantó y anunció su texto, y luego, con suma sencillez y seriedad, dijo: «Amigos míos, podemos morir una sola vez.»

Daniel Webster, al comentar más tarde ese sermón, dijo: «Tan frías y débiles como, a simple vista, pueden parecer estas palabras, fueron para mí las más impresionantes e incisivas que he escuchado en mi vida.»

Es fácil pensar que otros tienen que cumplir esta cita con la muerte, pero nos es difícil darnos cuenta de que también nosotros tenemos que responder a la misma cita. Cuando vemos los soldados que van al frente de batalla, o leemos de un preso condenado, o visitamos a un amigo mortalmente enfermo, percibimos cierta solemnidad en torno a ellos. La muerte está decretada para todos, y la cuestión de su cumplimiento es sencillamente cosa de tiempo. Podemos descuidar o faltar a otras citas de la vida como negocios o placeres, y atenernos a las consecuencias; mas he aquí una cita que no podemos evitar. Es forzoso acudir a ella sólo una vez, ¡sin faltar!

Si la muerte física fuera la única consecuencia de vivir lejos de Dios, no habría tanto que temer. Pero la Biblia advierte que habrá una muerte segunda, que es la expulsión eterna de la presencia de Dios.

Hay, sin embargo, un lado más luminoso. Así como la Biblia anuncia el infierno para el pecador, también promete el cielo para los que son justificados. El tema del cielo es mucho más fácil de aceptar que el del infierno, pero la Biblia enseña ambos.

Cuando nos mudamos de casa, queremos saber todo lo relativo a la colonia o barrio al que nos trasladamos. Si nos cambiamos a otra ciudad, queremos saber todo acerca de ella: sus medios de locomoción, sus industrias, sus parques, sus escuelas, etc., etc. Y puesto que hemos de pasar la eternidad en alguna parte, debemos saber algo acerca de ella. La información sobre el cielo se encuentra en la Biblia. Es lógico que pensemos y hablemos de él. Al hablar del cielo, la tierra nos parece miserable a su lado. Nuestros pesares y problemas aquí se disminuyen con la anticipación gozosa del futuro. En cierto sentido, el Cristianismo goza del cielo aquí, en la tierra. Tiene la paz en su alma, la paz en su conciencia y la paz con Dios. En medio de aflicciones y dificultades, puede sonreír. Hay energía en su paso, gozo en su alma y una sonrisa en su rostro.

Pero la Biblia también promete al cristiano un cielo glorioso en la vida venidera. Cuando Juan Quincy Adams tenía noventa y cuatro años, alguien le preguntó cómo se sentía aquella mañana. Respondió: «Muy bien, muy bien. Pero el cuerpo en que vivo no va tan bien.» Aunque el cuerpo en que vivamos esté enfermo y débil, si somos cristianos, realmente podemos sentirnos vigorosos y seguros. Jesús enseñó la existencia del cielo.

Hay muchos pasajes que podríamos citar, pero el más descriptivo se halla en San Juan 14:2: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.» San Pablo estaba tan seguro del cielo, que podía decir: «Pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.»⁵²

¡Cuán diferente es la esperanza del cristiano y la que tenía el agnóstico Roberto Ingersoll, que dijo junto a la tumba de su hermano: «La vida es un valle estrecho entre las cumbres desnudas y frías de dos eternidades. En vano tratamos de ver más allá de las cumbres. Gritamos con todas nuestras fuerzas, y la única respuesta es el eco de nuestro grito desesperado.»

Una y otra vez dijo el apóstol San Pablo: «Sabemos», «confiamos», «siempre estamos confiados». La Biblia dice que Abraham «esperaba ciudad con fundamentos, el artífice y hacedor de la cual es Dios».

Muchas personas dicen: «¿Cree usted que la gloria es un lugar literal?» ¡Sí! Jesús dijo: «Voy a preparar lugar para vosotros.» La Biblia enseña que Enoch y Elías ascendieron literalmente en forma física a un lugar real, ¡que es tan verdadero como Madrid, Londres, París o Nueva York!

Muchos han preguntado: «¿Dónde está el cielo?» Las escrituras no dicen dónde está. Algunos estudiantes han tratado de escoger algunos pasajes, unirlos y decir que el cielo está al norte. Citan el Salmo 48:2, que dice: «Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el monte de Sión, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey.» Es de interés notar que Dios

⁵² 2ª Corintios 5:8

dio a Moisés instrucciones de cómo derramar la sangre del sacrificio al lado norte del altar, hacia Dios. La aguja magnética apunta hacia el norte. Quizá la Ciudad Celestial esté en el norte. No lo sabemos. No importa dónde esté el cielo; estará donde Cristo esté.

La Biblia enseñó que ese país será un sitio de hermosura. Se describe en la Biblia como «edificio de Dios», «una ciudad», «una patria mejor», «una herencia», «una gloria».

Quizá, lector, te preguntes: «¿Nos reconoceremos los unos a los otros en el cielo?» La Biblia indica en varios lugares que será una reunión maravillosa con los que nos han precedido.

Otros dicen: «¿Cree usted que se salvarán los niños?» Sí. La Biblia indica que Dios no obliga a los niños a responder por sus pecados hasta que alcancen la edad de la responsabilidad. Parece haber mucha evidencia de que la expiación cubre su pecado, hasta que lleguen a la edad en que han de ser responsables de sus propios actos, sean éstos justos o malos.

La Biblia también indica que el cielo será lugar de gran entendimiento y sabiduría de cosas no aprendidas aquí.

Sir Isaac Newton, siendo viejo, dijo a uno que alabó su sabiduría: «Soy como un niño a la orilla del mar, que coge un guijarro aquí, una concha allá, pero todavía el gran océano de la verdad se extiende ante mí.»

Y Tomás Edison dijo en una ocasión: «No sé la millonésima parte del uno por ciento de nada.»

Muchos de los misterios de Dios, las angustias, las pruebas, las desilusiones, las tragedias y el silencio de Dios en medio del sufrimiento serán revelados allá.

Muchos preguntan: «¿Qué haremos en el cielo? ¿Estaremos simplemente en reposo gozando de los placeres de la vida?» ¡No! La Biblia indica que serviremos a Dios, que habrá trabajo que hacer para Dios. Pasaremos mucho tiempo alabándole. La Biblia dice: «Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le servirán.»⁵³

Será tiempo de gozo, de servicio, de risa, de canto, de alabanza a Dios.

La Biblia enseña que el ausentarse del cuerpo es estar presente al Señor. En el momento en que muere el cristiano, va inmediatamente a la presencia de Dios. Allí el alma espera la resurrección, que será cuando el cuerpo y el alma se unan.

Muchos preguntan: «¿Cómo resucitarán los cuerpos putrefactos o incinerados?» Los científicos ya han probado que ninguna sustancia química desaparece de la tierra. El Dios que hizo el cuerpo en primer lugar, puede reunir todas las sustancias químicas originales y el cuerpo será resucitado para unirse con el alma. Empero, el nuevo cuerpo que tendremos será un cuerpo glorioso, semejante al de Cristo; un cuerpo eterno, que nunca conocerá lágrimas, angustias, tragedias, enfermedades, dolor ni muerte.

He aquí un cuadro de dos mundos eternos flotando allá en el espacio. Todo hijo de Adán estará en uno o en otro. Hay mucho misterio acerca de ambos, pero hay suficientes

⁵³ Apocalipsis 22:3

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

referencias y alusiones en la Biblia para ilustrarnos de que uno será un mundo de tragedia y tormento, y el otro de luz y gloria.

Veamos ahora los problemas de la Humanidad. Superficialmente son complicados; básicamente son sencillos. Hemos visto que probablemente pueden resumirse en una palabra: pecado. Hemos visto que el futuro del hombre es sin esperanza, aparte de Dios. Pero analizar nuestros problemas y tener entendimiento intelectual del plan de Dios, no basta. Si Dios ha de ayudar al hombre, éste tendrá que llenar ciertos requisitos que examinaremos en los próximos capítulos.

SEGUNDA PARTE: LA SOLUCIÓN

VII. POR QUE VINO JESUS

«Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras.»

1ª Corintios 15:3-4

Hemos visto que el hecho más terrible y destructor del Universo es el pecado. La causa de toda dificultad, el origen de todo pesar y la angustia de todo hombre se resume en esta palabra: pecado. Ha invertido la naturaleza del hombre; ha destruido la armonía interior de la vida del hombre; le ha privado de su nobleza; por su causa ha caído en las redes del diablo.

Toda locura, toda enfermedad, toda destrucción y toda guerra tienen su origen en el pecado. Este ocasiona la demencia y el envenenamiento del corazón. Se describe en la Biblia como una enfermedad espantosa y agotadora que demanda un remedio radical. Es un huracán desenfrenado; es un volcán en erupción; es un loco escapado del manicomio; es un ladrón al acecho; es un león rugiente buscando su presa; es un cáncer mortal carcomiendo el alma del hombre; es un torrente enfurecido que todo lo arrastra.

A causa del pecado, cada arroyo está manchado con un crimen humano, cada brisa está corrompida moralmente, la luz de cada día está oscurecida, la copa de cada vida está colmada de amargura, cada camino en la vida se halla lleno de trampas, cada jornada se hace peligrosa por los traidores principios. El pecado, que destruye toda felicidad, que entenebrece el entendimiento, que hace insensible la conciencia, que todo lo marchita, que origina todo llanto y todo dolor, que promete terciopelo y da andrajos, que promete libertad y esclaviza, que promete néctar y da hiel.

Durante siglos los hombres se encontraban perdidos en tinieblas espirituales, cegados por la enfermedad del pecado, forzados a andar a tientas, buscando, palpando, tratando de encontrar una vía de escape. El hombre necesitaba que alguien le condujese fuera de la confusión mental y del laberinto moral, alguien que pudiese redimirle de la cárcel satánica, alguien que pudiese abrirle las puertas de la prisión. Hombres con corazones hambrientos, mentes sedientas y espíritus acongojados permanecían sin esperanza, buscando, anhelando, deseando. Mientras tanto, el diablo se recreaba, con cruel satisfacción, de su victoria espléndida en el Edén.

Desde el hombre primitivo en la selva, hasta el de las poderosas civilizaciones de Egipto, Grecia y Roma, seres perplejos se preguntan: «¿Cómo saldré? ¿Cómo puedo reformarme? ¿Qué puedo hacer? ¿Adónde iré? ¿Cómo puedo librarme de esta horrible enfermedad? ¿Cómo puedo salir de la red en que me hallo? Si hay un camino, ¿cómo podré encontrarlo?» El diablo se deleita en su gran victoria en el jardín del Edén. Sin duda, los

demonios se reirían de la insensatez del primer hombre y la primera mujer que escogiera el pecado.

Ya hemos visto que la Biblia nos habla de un Dios de amor, que quería hacer algo por el hombre, que quería salvarle, y que quería librarle de la maldición del pecado. ¿Cómo podría hacerlo, siendo Él justo y santo? Advirtió al hombre desde el principio, que si desobedecía deliberadamente a Dios, moriría física y espiritualmente. El hombre tenía que morir o Dios hubiera sido mentiroso, porque Dios no puede faltar a su palabra. Su propia naturaleza no le permitía mentir. Tenía que cumplir su palabra. Por lo tanto, cuando el hombre deliberadamente le desobedeció, fue excluido de la presencia de Dios. Deliberadamente escogió seguir el camino del diablo. Dios no podía perdonar libremente el pecado del hombre, o se hubiera hallado en la imposible (para Dios) situación de mentir, pues Él había dicho: «El día que de él comieres, ciertamente morirás.»⁵⁴

Tenía que haber otra salida, ya que el hombre estaba desesperadamente perdido y sumido en el pecado. Su propia naturaleza se había pervertido. Se opuso a Dios; muchos de los hombres hasta negaron que existiese Dios. ¡Tan cegados estaban por la enfermedad que padecían!

Empero, allí, en el Jardín del Edén, Dios avisó que remediaría la situación. Advirtió al diablo y prometió al hombre: «Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.»⁵⁵ Y tú le herirás en el calcañar, ¡he ahí un fulgurante rayo de luz del cielo! ¡He ahí una promesa! ¡He ahí algo en que el hombre podía tener esperanza! Dios prometió que algún día vendría un Redentor, un Salvador. Dios dio esperanza al hombre, y esa esperanza sostiene al hombre a través de los siglos.

Y eso no fue todo. Ha habido otras ocasiones en nuestra milenaria historia en que otros rayos de luz irrumpieron de los cielos. En el Antiguo Testamento, Dios dio al hombre la promesa de salvación, si por fe podía creer en el Redentor prometido. Y así fue como Dios empezó a enseñar a su pueblo que el hombre se salvaría mediante la sustitución. Otro tendría que pagar el precio de su redención.

Volvamos por un momento, en imaginación, al Paraíso y escuchemos lo que el Señor dice: «El día que de él comieres, ciertamente morirás.» El hombre comió de él y murió.

Supongamos que Dios hubiera dicho: «Adán, te has equivocado, eso ha sido un leve error. Te perdono, no vuelvas a hacerlo.» Dios hubiera sido mentiroso, no habría sido ni justo ni santo. Fue obligado por su propia naturaleza a cumplir su palabra. La justicia de Dios se hallaba en juego. El hombre tenía que morir física y espiritualmente. Sus iniquidades le habían separado de Dios. Por eso el hombre debía sufrir y pagar por sus propios pecados. Como hemos visto, Adán era la cabeza de la raza humana. Cuando Adán pecó, todos pecamos. «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.»⁵⁶

⁵⁴ **Génesis 2:17**

⁵⁵ **Génesis 3:15**

⁵⁶ **Romanos 5:12.**

Surgió la candente pregunta: «¿Cómo puede Dios ser justo y, al mismo tiempo, justificar al pecador?» Debe recordarse que la palabra justificar quiere decir «librar al alma de toda culpa». La justificación es mucho más que el perdón, pues el pecado tiene que eliminarse y aparecer como si nunca hubiera existido. El hombre tiene que ser restaurado de tal manera que no queden vestigios de mancha o culpa. En otras palabras, el hombre debe ser reinstalado a la posición que ocupaba antes de caer del favor divino.

Durante siglos, los hombres, en su ceguera, han tratado de volver al Edén, pero nunca han podido alcanzar la meta. Han probado muchas sendas, pero todo en vano. La educación es necesaria, pero la educación nunca llevará al hombre a Dios. Las religiones falsas son el opio que preserva a los hombres de la miseria actual, mientras siguen su camino buscando la gloria futura; pero nunca los llevarán a puerto seguro. Puede ser que las Naciones Unidas sean una necesidad práctica en un mundo armado, y damos gracias a Dios por cada paso que se da en el campo de las relaciones internacionales encaminado a restablecer la paz, sin recurrir a la guerra. Pero si las Naciones Unidas pudieran lograr una paz permanente, el hombre diría a Dios: «No te necesitamos más. Hemos logrado paz en la tierra y hemos organizado a la Humanidad en justicia.» Todos estos planes son remedios que el mundo tiene que emplear mientras espera al Gran Médico. Por la historia sabemos que el primer intento de la Humanidad para organizarse en Sociedad de Naciones terminó en la confusión de lenguas de la Torre de Babel. Los hombres han fallado siempre que han intentado actuar sin Dios.

La pregunta persiste: «¿Cómo puede Dios ser justo, es decir, fiel a Sí mismo en su carácter santo, y justificar al pecador?» Puesto que cada hombre tiene que llevar sus propios pecados, se excluye toda posibilidad de acudir a los recursos humanos, ya que todo el mundo está contaminado de la misma enfermedad.

La única solución era que un inocente se ofreciera a morir física y espiritualmente como sustituto ante Dios. Este inocente tendría que llevar el castigo, la pena y la muerte del hombre. Pero, ¿dónde encontrar este inocente? Ciertamente no había ninguno en la tierra, porque la Biblia dice: «Todos pecaron.»⁵⁷ Había sólo una posibilidad. El mismo Hijo de Dios era la única personalidad en el Universo con capacidad para llevar en su propio cuerpo los pecados del mundo. Es posible que Gabriel hubiera podido venir para morir por una sola persona, pero únicamente el Hijo de Dios era infinito y, por lo tanto, capaz de morir en lugar de todos.

La Biblia enseña la Trinidad divina. Este es un misterio que nunca comprenderemos. La Biblia no enseña que hay tres Dioses, sino que hay un Dios. Sin embargo, este Dios se expresa en tres Personas: Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

La segunda Persona de esta Trinidad es el Hijo de Dios, Jesucristo. Él es consustancial con el Padre. No es un Hijo de Dios, sino el Hijo de Dios. Es el eterno Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, Dios manifestado en carne, el Salvador viviente.

⁵⁷ Romanos 3:23

La Biblia enseña que Jesucristo no tuvo principio. Nunca fue creado. La Biblia enseña que los cielos, los millares de estrellas y los soles ardientes fueron creados por Él. La tierra fue creada por su dedo. El nacimiento de Jesucristo, que celebramos durante la Navidad, no fue su principio. Su origen está oculto en aquel mismo misterio que nos frustra cuando investigamos el principio de Dios. La Biblia nos dice solamente: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.»⁵⁸

La Biblia nos enseña: «El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten.»⁵⁹

Esta última expresión indica que Él sostiene todas las cosas. En otras palabras, el Universo entero se desintegraría en billones de átomos si no fuera por el poder de cohesión de Jesucristo. La Biblia otra vez dice: «Y Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obras de tus manos. Ellos perecerán, mas Tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero Tú eres el mismo, y tus años no acabarán.»⁶⁰

Otra vez dijo Jesús de Sí mismo: «Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último.» Él, y sólo Él, tenía el poder y la capacidad de volver al hombre a Dios. Pero, ¿lo haría? Para realizarlo, sería necesario venir a la tierra; tendría que tomar la forma de siervo; tendría que hallarse en la condición de hombre; tendría que humillarse y ser obediente hasta la muerte. Tendría que luchar con el pecado; tendría que encontrar y vencer a Satanás, el enemigo del alma del Hombre. Tendría que comprar la libertad de los pecadores en el ágora del pecado; tendría que romper las cadenas y poner en libertad a los cautivos, pagando el precio, que sería su propia sangre. Tendría que ser despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores y experimentado en quebranto. Tendría que ser herido por Dios y separado de Él; tendría que ser herido por las rebeliones y molido por los pecados de los hombres. Tendría que reconciliar al hombre con Dios. Sería el gran Mediador de la historia. Tendría que ser el sustituto; tendría que morir en lugar del hombre pecador. Tendría que hacer voluntariamente todo esto.

Y, gracias sean dadas a Dios, ¡esto es exactamente lo que sucedió! Contemplando desde el cielo, vio nuestra tierra condenada, sentenciada, maldita, destinada al infierno. Nos vio a ti y a mí, cayendo bajo la carga del pecado, atados con sus cadenas y sogas. Hizo su decisión. Las huestes angélicas se inclinaron con humildad y temor reverencial, mientras el Príncipe de príncipes y Señor de señores del cielo, que podía lanzar mundos al espacio con sólo su palabra, atravesó la bóveda del cielo y, en una oscura noche judaica, mientras las estrellas cantaban y los coros de ángeles prorrumpían en alabanzas, Él descendió, se humilló ¡y se hizo hombre!

⁵⁸ **S. Juan 1:1**

⁵⁹ **Colosenses 1:15-17**

⁶⁰ **Hebreos 1:10-12**

Fue como si yo, mientras caminara por un sendero, hubiese pisado un hormiguero. Podría observar las hormigas y decirles: «Siento mucho haber pisado vuestro hormiguero. He destruido vuestra casa, todo está en confusión. Me gustaría deciros que os amo, que no lo hice con intención, que me agradaría ayudaros.»

Pero me dirás: «Eso es absurdo, imposible, ¡las hormigas no pueden entender tu idioma!» ¡Exactamente! ¡Qué maravilloso sería entonces si pudiera transformarme en hormiga unos instantes y en su propio idioma expresarles mi amor hacia ellas!

Esto es exactamente lo que hizo Cristo. Vino para revelar a Dios a los hombres. Él es quien dijo que Dios nos ama y se interesa por nosotros. Nos habló de la misericordia, de la paciencia y de la gracia de Dios. Nos prometió la vida eterna.

Y aún más que eso. Jesucristo participó de carne y sangre para poder morir.⁶¹ «Él apareció para quitar nuestros pecados.»⁶² Cristo vino a este mundo «para dar su vida en rescate por muchos»⁶³ El único propósito al venir al mundo fue ofrecer su vida en sacrificio por los pecados de los hombres. Vino para morir, y la sombra de la muerte se extendió como un velo de luto a lo largo de los treinta y tres años de su vida terrenal.

La noche que nació Jesús, Satanás tembló. Procuró matarle aun antes de su nacimiento. Cuando salió el decreto de Herodes que ordenaba matar a todos los niños, su único propósito era asegurarse de la muerte de Jesús.

En todos los días de su vida sobre la tierra, ni una vez cometió pecado. Fue el único hombre que vivió sin pecado. Podía estar frente a los hombres y decir: «¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?»⁶⁴ El enemigo le perseguía día y noche, pero nunca halló pecado en Él. Era sin mancha y sin contaminación.

Jesús llevó una vida humilde. Se humilló a Sí mismo, y no recibió ningún honor de los hombres; nació en un establo, fue criado en la aldea insignificante de Nazaret, se hizo carpintero. Reunió en derredor suyo como seguidores a un humilde grupo de pescadores. Anduvo entre los hombres, como hombre. No había pretensión en Él, ni ninguna ambición. Se humillaba como ningún otro se ha humillado.

Jesús enseñaba con tal autoridad, que la gente de su tiempo decía: «¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!»⁶⁵ Cada palabra que habló era históricamente cierta. Cada palabra suya era científicamente cierta. Cada palabra era éticamente verdadera. No había fallos en los conceptos morales y en las frases de Jesucristo. Su visión moral era totalmente correcta, correcta en la época en que vivió y correcta a través de las posteriores.

Las palabras de esta Persona bendita eran verdaderas proféticamente. Profetizó muchas cosas que todavía pertenecen al futuro. Algunos trataron de sorprenderle con preguntas insidiosas, pero jamás lograron confundirle. Sus respuestas a sus oponentes fueron claras y precisas. No había duda, vaguedad ni incertidumbre en sus declaraciones. Él sabía, y por eso habló con serena autoridad. Habló con tanta sencillez que las masas le

⁶¹ **Hebreos 2:14**

⁶² **1ª S. Juan 3:5**

⁶³ **S. Mateo 20:28**

⁶⁴ **S. Juan 8:46**

⁶⁵ **S. Juan 7:46**

escuchaban de buena gana. Su palabra era profunda, pero, a la vez, clara, poderosa y fácil de comprender. Sus frases estaban llenas de sencillez y esplendor, y confundían a sus enemigos. Trataba de los grandes problemas de la vida de tal forma que los sencillos auditorios podían entenderle con facilidad.

El Señor Jesús sanó a los enfermos, a los cojos y a los ciegos. Sanó a los leprosos y resucitó a los muertos. Expulsó a los demonios, apaciguó los elementos naturales, dio paz, gozo y esperanza a las multitudes que le seguían.

Nunca demostró señal alguna de temor. Nunca anduvo de prisa, para Él no hubo accidentes. Se movió con precisión y coordinación perfectas. Su porte era de lo más elevado. No titubeaba ni se preocupaba por su Obra.

Compareció ante Pilato y con tranquilidad le dijo: «Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba.»⁶⁶ Dijo a la gente temerosa que tenía legiones de ángeles bajo su mando.

Se acercó a la cruz con dignidad y calma, con certeza y serenidad, sabiendo que cumpliría la profecía escrita acerca de Él ochocientos años antes. «Angustiado Él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero.»⁶⁷

Marchó serena y majestuosamente hacia la misión que había venido a realizar. Vino a salvar a los pecadores. Vino a apaciguar la ira de Dios. Vino a redimir a los hombres esclavizados. Vino a conquistar al demonio para siempre. Vino para triunfar sobre el infierno y sobre la muerte. Sólo un sendero, sólo un camino le quedaba seguir.

Su muerte fue profetizada con siglos de anticipación. Primeramente, como hemos visto, en el Edén; luego, en la historia profética. Abraham previó su muerte en el sacrificio del cordero. El pueblo de Israel simbolizó su muerte en los sacrificios expiatorios. Cada vez que la sangre era derramada sobre un altar judío, representaba el Cordero de Dios que algún día había de venir para quitar el pecado. David profetizó su muerte detalladamente en algunos de los salmos proféticos. Isaías dedicó capítulos enteros de su Libro a predecir los detalles de su muerte.

Jesucristo dijo que tenía poder para entregar su vida, al manifestar: «El buen pastor su vida da por las ovejas.»⁶⁸ Otra vez dijo: «Así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquél que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.»⁶⁹ Jesucristo hizo frente a la posibilidad de la cruz mucho tiempo ha en la eternidad. Durante todos los siglos que precedieron a su nacimiento, Él sabía que el día de su muerte se acercaba rápidamente. Cuando nació de una virgen, la cruz arrojaba sombras en su camino. Se vistió de un cuerpo humano para poder morir. Desde la cuna hasta la cruz, el morir fue su propósito.

Sufrió como nadie jamás ha sufrido: la velada en Getsemaní iluminada por las antorchas flameantes, el beso del traidor, la aprehensión, el juicio ante el pontífice, la

⁶⁶ S. Juan 19:11

⁶⁷ Isaías 53:7

⁶⁸ S. Juan 10:11

⁶⁹ S. Juan 3:14-15

espera en el palacio del gobernador romano, el viaje al palacio de Herodes, las bofetadas de los brutales soldados de Herodes, las escenas aterradoras mientras Pilato trató de salvarle al tiempo que los sacerdotes y la plebe pedían a gritos su sangre, los azotes, las multitudes rugientes, el camino desde Jerusalén al Gólgota, los clavos en las manos, en los pies, la corona de espinas sobre la frente, los gritos sarcásticos y burlescos de los ladrones a ambos lados: «Tú has salvado a otros, ahora sálvate a ti mismo.»

Alguna que otra vez me han preguntado por qué Cristo murió tan rápidamente en la cruz, en seis horas, mientras otras víctimas han pendido de la cruz, agonizantes, dos o tres días. Estaba débil y agotado al llegar allí. Había sido azotado. Estaba agotado físicamente. Pero cuando Cristo murió, murió voluntariamente. Escogió el momento preciso para expirar.

Allí estaba colgado desnudo entre el cielo y la tierra. No expresó ninguna queja ni súplica, sino solamente una frase, por la cual nos hizo saber en dos palabras algo del terrible dolor físico que sufría cuando dijo: «Tengo sed.» Perdía la sangre. Dios exige la muerte del pecador o de un sustituto. ¡Cristo fue el sustituto! No fueron los clavos los que le sujetaron a la Cruz, fueron los lazos del amor los que le retuvieron más fuertemente que cualquier clavo que los hombres pudieran forjar. «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.»⁷⁰

¡Por ti! ¡Por mí! Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. Alguien ha dicho: «Contéplalo en la cruz, cómo inclina su rostro bendito, y en el espantoso abandono de Dios, se acumulan en su corazón las consecuencias del pecado del mundo. Observa cómo al aceptarlas te da la oportunidad de salvación, que Él no necesita para Sí, pero en cambio la ofrece a aquellos cuyo lugar ha tomado.» Abrumados ante este sufrimiento, conociendo nuestra propia incapacidad de comprender o explicar, y anonadados por su grandeza y majestad, escuchemos las palabras que pronuncian sus labios: «Consumado es.»

El verdadero sufrimiento de Jesucristo no fue de orden físico. Muchos antes que Él habían muerto, muchos habían sido martirizados. El terrible sufrimiento de Jesús fue de carácter espiritual. Abarcó hasta la última consecuencia del pecado y entró en la más intensa amargura cuando Dios le volvió las espaldas, y escondió el rostro de tal manera que Cristo clamó a gran voz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» Sólo en la hora suprema de la historia de la Humanidad, Cristo pronunció estas palabras. Fueron pronunciadas, como el doctor Morgan ha expresado tan exactamente, «para que el hombre supiera cuántas cosas le son inaccesibles».

Al que no conoció pecado, Dios hizo pecado por nosotros, para que fuésemos hechos justicia de Dios en Él. En la Cruz, Él fue hecho pecado. Fue abandonado por Dios. Puesto que no conoció pecado, sufrió el castigo que no merecía, y hay en el castigo que sufrió un mérito que excede a toda comprensión humana. Si al llevar el pecado en su propio cuerpo creó méritos que no necesitaba para sí, entonces, ¿para quién fueron creados esos méritos?

Cómo fue consumado aquello en lo profundo de las tinieblas, nunca lo sabrá el hombre. Pero yo sé una cosa: que Él llevó mis pecados en su cuerpo sobre el madero. Que

⁷⁰ Romanos 5:8

estuvo donde yo debí estar. Que los tormentos del infierno que me correspondían fueron amontonados sobre Él, y que yo puedo ir al cielo y apropiarme lo que no era mío, sino únicamente suyo. «Todos los tipos, ofrendas, sombras y símbolos del Antiguo Testamento se cumplieron. Los sacerdotes sólo tenían que entrar una vez al año en el Lugar Santísimo. El sacrificio por excelencia es expiatorio, sustitutivo, redentor, y de la manera que está establecido a los hombres que mueran una vez, y después el juicio: así también Cristo fue ofrecido para agotar los pecados de muchos.»

Dios dice ahora que ha sido establecida la base de la redención: todo lo que el pecador culpable tiene que hacer, es creer en el Hijo y así será salvo. «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.»⁷¹

En la Cruz de Cristo veo tres cosas: Primera, una descripción de la profundidad del pecado del hombre. No culpemos a los que crucificaron a Cristo. Tú y yo somos igualmente culpables. No fueron los judíos ni los soldados romanos los que le crucificaron; fueron tus pecados y los míos lo que hizo necesario que Él se ofreciera en sacrificio.

Segunda, el amor insondable de Dios. Si en alguna ocasión dudas del amor de Dios, contempla la cruz, porque allí encontrarás la máxima expresión del amor de Dios.

Tercera, el único camino para la salvación. Jesús dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por Mí.»⁷² No hay posibilidad de salvarse del pecado y del infierno, sino identificándose con Cristo en la cruz. Si hubiera habido otra manera de salvarte, Él la habría encontrado. Si el reformarse o el llevar una vida buena y moral pudiera salvarte, Jesús no hubiera muerto. Un sustituto tenía que tomar tu lugar. Los hombres no quieren hablar sobre este tema; no les gusta oírlo porque lesiona su orgullo.

Muchos preguntan: «¿No puedo ser salvo si vivo de acuerdo con la Regla de Oro? ¿O siguiendo los preceptos éticos que enseñaba Jesús? ¿O llevando la vida moral que Jesús enseñó?» Suponiendo que fuera posible salvarse por llevar la vida que Jesús enseñó, con todo serías pecador. Con todo, fracasarías, porque ninguno ha vivido toda su vida como Jesús enseñó. Has fracasado, has transgredido, has desobedecido, has pecado. Por tanto, ¿qué harás con tu pecado? Sólo una cosa puedes hacer: llevarlo a la Cruz para hallar su perdón.

Al rey Carlos I de España y V de Alemania le fue prestada una gran cantidad de dinero por un comerciante de Amberes. Venció la letra de cambio, pero el rey se encontraba en bancarrota y no pudo pagar. El comerciante dio un gran banquete al rey, y cuando todos los invitados se hallaban sentados, y antes de que se sirviera la comida, el comerciante mandó poner sobre la mesa una bandeja y puso fuego en ella. Luego, sacando de su bolsillo el documento, lo sostuvo en las llamas, hasta que fue reducido a cenizas. El rey, emocionado, abrazó a su benefactor y lloró.

Así, todos éramos deudores de Dios. Llegó el tiempo de pagar la deuda, pero no pudimos pagarla. Hace dos mil años, Dios invitó al mundo al festín del evangelio, y, me-

⁷¹ S. Juan 3:16

⁷² S. Juan 14:6

diante las agonías de la cruz, Dios sostuvo tus pecados y los míos en las llamas hasta que fue consumido todo vestigio de culpa.

La Biblia dice: «Sin derramamiento de sangre no se hace remisión.»⁷³ Muchas personas me han dicho: «¡Qué repugnante! ¿No querrá decirnos usted que cree en una religión sangrienta?» Otros han replicado diciendo: «No puedo entender por qué Dios demanda sangre.» Y algunos: «No puedo entender por qué Cristo tuvo que morir por mí.» Actualmente en muchas predicaciones se considera la idea de la sangre derramada de Cristo anticuada, pasada de moda, pero aún es verdad. Está en la Biblia, es la médula del Cristianismo. La expiación por sangre es el carácter distintivo del Cristianismo. Sin ello no podemos ser salvados. La sangre es, realmente, un símbolo de la muerte de Cristo.

La Biblia enseña:

1º Que la sangre redime. «Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.»⁷⁴ No solamente somos redimidos de las manos del diablo, sino de las manos de la ley. La muerte de Cristo en la cruz me libra de la ley. La ley me condenó, pero Cristo satisfizo cada demanda. Todo el oro, toda la plata, todas las piedras preciosas de la tierra, nunca hubieran podido comprarnos. Lo que no podían hacer, lo efectuó la muerte de Cristo. La redención significa «comprar de nuevo». Fuimos vendidos gratuitamente al diablo, por el primer pecado y por los nuestros propios, pero Cristo nos ha redimido y nos ha salvado.

2º La sangre nos acerca. «Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.»⁷⁵ Cuando estábamos «alejados de la república de Israel, y extranjeros a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo», Jesucristo nos acercó a Dios. «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.» El pecador redimido nunca tendrá que encararse con el juicio del Dios Omnipotente. Cristo ya ha llevado su juicio.

3º La sangre efectúa la reconciliación. «Y por medio de Él reconciliar consigo todas las cosas, así lo que está en la tierra como lo que está en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.»⁷⁶ El mundo nunca tendrá paz hasta que la busque en la cruz de Jesucristo. Nunca conocerás, lector, la paz de Dios, paz de conciencia, paz de mente y paz de espíritu, hasta que, al pie de la cruz, te identifiques con Cristo. He ahí el secreto de la paz; ésa es la paz con Dios.

4º La sangre justifica. «Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por Él seremos salvos de la ira.»⁷⁷ Cambia la posición del hombre ante Dios. Es el cambio de culpa y condenación en perdón y reconciliación. El pecador perdonado no es semejante al preso que ha cumplido su condena y es soltado, pero ya no tiene derechos de ciudadanía. El

⁷³ **Hebreos 9:22**

⁷⁴ **1ª S. Pedro 1:18-19**

⁷⁵ **Efesios 2:13**

⁷⁶ **Colosenses 1:20**

⁷⁷ **Romanos 5:9**

pecador arrepentido y perdonado por la sangre de Jesucristo, recobra su plena ciudadanía. «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.»⁷⁸

5° La sangre limpia. «Pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado.»⁷⁹ La palabra clave en este versículo es todo. No quiere decir una parte de nuestros pecados, sino todos ellos. Cada mentira que hemos dicho, cada cosa vil, despreciable y sucia que hemos cometido, la hipocresía y los pensamientos carnales, todo es limpiado por la muerte de Cristo.

Se ha relatado en muchas ocasiones, que hace años, en Londres, había una gran concurrencia de personas eminentes y, entre los invitados, se hallaba un famoso predicador de aquella época, César Milán. Una señorita tocó y cantó agradablemente, y gustó a todos. Después de la música, el predicador se acercó a ella y, con mucha afabilidad, tacto y, a la vez, intrepidez, le dijo: «Mientras escuchaba a usted esta noche pensaba cuán grandemente sería beneficiada la Causa de Cristo, si a ella dedicase usted sus talentos. Señorita, debe usted saber que es tan pecadora a los ojos de Dios, como un borracho o una ramera. Pero me alegro al decirle que la sangre de Jesucristo puede limpiar todo pecado.»

La señorita, coléricamente, le reprochó lo que ella llamó presunción, pero el predicador insistió: «Señorita, no quiero ofenderla. Ruego que el Espíritu de Dios la convenza.»

Volvieron a sus casas. La señorita se acostó, pero no pudo dormir. El rostro del predicador se le aparecía ante ella y sus palabras resonaban en su mente. A las dos de la madrugada saltó de la cama, tomó papel y lápiz y, con lágrimas que corrían por sus mejillas, Carlota Elliot escribió ese famoso himno:

Tal como soy, sin una sola excusa,
Porque tu sangre diste en mi provecho;
Porque me mandas que a tu seno vuele,
¡Oh Cordero de Dios!, acudo, vengo.
Tal como soy, sin esperar siquiera
A borrar ni una mancha de mi seno;
A Ti, que todas borras con tu sangre,
¡Oh Cordero de Dios!, acudo, vengo.
Tal como soy, Jesús, recibírasme,
Con paz, perdón, alivio y gran consuelo;
Y porque en tu promesa he confiado,
¡Oh Cordero de Dios!, acudo, vengo.

⁷⁸ Romanos 8:33-34

⁷⁹ 1ª S. Juan 1:7

Pero esto no es todo. La historia no termina con Cristo crucificado, de cuyo costado, manos y pies fluye sangre. Vemos cómo le bajan y colocan cuidadosamente en una tumba. Una gran piedra cubre la puerta del sepulcro. Los soldados hacen guardia. Todo el sábado sus seguidores se hallan reunidos tristes en el Aposento Alto. Dos ya están en camino hacia Emaús. El miedo se ha adueñado de todos. Temprano, esa primera mañana de Pascua, María, María Magdalena y Salomé van a la tumba para ungir el cuerpo. Al llegar se asustan al hallar que la tumba está vacía. Un ángel de pie, a la entrada, pregunta: «¿A quién buscáis?» Y ellas contestan; «Buscamos a Jesús el Nazareno.» Y, luego, el ángel da las más grandes y gloriosas noticias que oídos humanos han escuchado. «No está aquí, ha resucitado.»

De esta gran verdad depende todo el plan redentor de Dios. Sin la resurrección no hay salvación. Muchas veces Cristo profetizó su resurrección. En una ocasión dijo: «Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.» ¡Así, como lo predijo, resucitó!

Hay ciertas leyes de evidencia que se aplican para el establecimiento de cualquier suceso histórico. Debe haber documentación del suceso consabido, relatada por testigos contemporáneos dignos de confianza. Hay más evidencia de que Cristo resucitó de los muertos, que de que Julio César vivió o de que Alejandro el Grande muriese a los treinta y tres años. Es difícil entender por qué ciertos historiadores aceptan miles de hechos, por los cuales pueden producir sólo fragmentos de evidencia; pero, a pesar de la evidencia preponderante a favor de la resurrección de Jesucristo, dan un vistazo escéptico y sostienen dudas intelectuales. La dificultad con ellos está en que no quieren creer. Su visión espiritual está cegada y se hallan tan absolutamente predispuestos, en contra, que no pueden aceptar, únicamente por el testimonio bíblico, el hecho glorioso de la Resurrección de Cristo. La Resurrección significa:

1°. Que Cristo era Dios. Era lo que aseguró ser. Cristo era la Divinidad encarnada.

2°. Que Dios había aceptado la obra expiatoria de Cristo en la cruz, que era necesaria para nuestra salvación. «El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.»⁸⁰

3°. Asegura a la Humanidad un juicio justo.

4°. Garantiza que al fin nuestros cuerpos también resucitarán. «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho.»⁸¹ Las Escrituras enseñan que, como cristianos, aunque nuestros cuerpos vayan a la tumba, serán resucitados en el gran día de la Resurrección. Entonces la muerte será sorbida con victoria. Como resultado de la resurrección de Cristo, el aguijón de la muerte ya no existe, y Cristo tiene las llaves de la muerte. Él dice: «Yo soy el que vivo, y estuve muerto; y he aquí que vivo por siglos de siglos, amén.

⁸⁰ Romanos 4:25

⁸¹ 1ª Corintios 15:20

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

Y tengo las llaves de la muerte y del Hades.»⁸² Cristo prometió: «Porque Yo vivo, vosotros también viviréis.»

5°. Significa que la muerte está abolida. El poder de la muerte ha sido quebrantado y quitado el temor de la muerte. Ahora podemos decir con el Salmista: «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo; Tu vara y tu cayado me infundirán aliento.»⁸³

Como resultado de la Resurrección de Cristo, Pablo esperaba la muerte con muchos deseos. Dijo: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia».⁸⁴

Sin la Resurrección de Cristo no podía haber esperanza para el futuro. La Biblia promete que algún día estaremos cara a cara con Cristo resucitado y que tendremos cuerpos semejantes al suyo.

En presencia estar de Cristo,
Ver su rostro, ¿qué será
Cuando al fin en pleno gozo
Mi alma le contemplará?
¡Cara a cara espero verle
Más allá del cielo azul;
Cara a cara en plena gloria
He de ver a mi Jesús!

⁸² Apocalipsis 1:18

⁸³ Salmos 23:4

⁸⁴ Filipenses 1:21

VIII. COMO Y POR DONDE EMPEZAR

«Si no os volviereis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.»
S. Mateo 18:3

Reconocemos ahora que hay un principio natural que nos empuja hacia el plano animal, que ofusca el razonamiento, mina la conciencia y paraliza la voluntad. Estamos condenados por nuestros propios actos.

Dios es un Dios santo y justo que no puede tolerar el pecado. El pecado separa de Dios y acarrea su ira sobre el alma humana. El hombre ha perdido el sentido moral, intelectual y espiritual que Dios le dio, porque ha perdido a Dios. No hallará a Dios hasta que encuentre el camino hacia Él.

El camino hacia Dios no es un camino intelectual ni moral. No podemos llegarnos a Dios por la inteligencia, porque nuestros pensamientos humanos están en desacuerdo con los pensamientos divinos, pues la mente carnal está en enemistad con Dios. No podemos abrírnos paso hasta Dios mediante la oración, porque el hombre es espiritualmente rebelde a la presencia de Dios. No podemos abrírnos paso hasta Dios por la moral, porque nuestro carácter está corrompido por el pecado.

Se te ocurrirá, lector, la pregunta natural: Entonces, ¿qué haré? ¿Por dónde empezaré? ¿Cuál es el camino hacia Dios? Hay solamente un camino hacia Él. Jesús dijo: «Si no os volvierais y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.» Así, Jesús demandó una conversión. Es por ahí por donde debe empezarse. Es de ahí de donde hay que partir. ¡Tienes que convertirte!

Muchas personas confunden la conversión con la observancia de la ley. La ley de Moisés se expone en términos precisos en la Biblia y su propósito es claro. En ningún tiempo fue ofrecida como una panacea para los males del mundo. Más bien fue dada como el diagnóstico de esos males: esboza la razón de nuestra dificultad, pero no el remedio. La Biblia dice: «Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios.»⁸⁵ La ley no salva, sino manifiesta el pecado (Romanos 3:20). La Biblia dice: «Por medio de la ley es el conocimiento del pecado.»⁸⁶ La ley es un espejo moral: condena, pero no convierte; exige, pero no cambia; señala, pero no ofrece misericordia. En la ley no hay vida, sino muerte, pues la declaración de la ley era: «Tú morirás.»

Hay quienes dicen que su religión es el Sermón del Monte. Pero todavía no ha nacido el hombre o la mujer que haya vivido conforme al Sermón del Monte. La Biblia declara que todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios.

Otros pretenden vivir según la «regla de oro», que consiste en tratar a los demás como quisiéramos ser tratados, pero ellos también se ilusionan creyendo alcanzarlo, pues, ¡ay!, nuestras acciones hablan con mayor elocuencia que nuestras palabras. Es verdad que,

⁸⁵ **Romanos 3:19**

⁸⁶ **Romanos 3:20**

conforme a toda apariencia, podemos tratar a nuestros prójimos de forma caritativa, regocijándonos del bien que les sucede y simpatizando con sus desgracias, pero los pensamientos secretos de nuestros corazones son, a menudo, bien diferentes de las palabras que surgen de nuestros labios.

Una de las más grandes tentaciones del hombre es la de engañarse a sí mismo. Llega hasta tratar de esconderse a sí mismo sus propios motivos y sus sentimientos secretos. Nos gusta dar una impresión de magnanimidad, agradándonos que los demás piensen que somos generosos y justos. Pero, si nos examinamos más de cerca, si discernimos el mecanismo escondido de nuestro corazón como Dios lo hace, pronto nos daremos cuenta de que nuestra bondad y nuestra comprensión no subsisten sino mientras nada nos cuestan, o cuando nuestros prójimos están de acuerdo con nuestras ideas y nuestras actitudes.

Cuando Jesús enunció la regla de oro, no la limitó diciendo, por ejemplo: Sed buenos con vuestros prójimos mientras estén de acuerdo con vosotros, mientras vuestras amabilidades y vuestras simpatías no os causen ninguna dificultad. ¡No! Jesús dijo: Poneos en su lugar y preguntaos si os gustaría que se os criticase, que se hablase mal de vosotros, que se os acusara más o menos justamente...

Lo que Jesús pide de nosotros no es fácil: es, por el contrario, tan difícil que la mayoría de las personas ni intentan siquiera ponerlo en práctica. Y todos conocemos el daño, los dolores, los sufrimientos inauditos que provoca constantemente la inobservancia de esta regla.

Examinad vuestras intenciones ocultas antes de decidir si estáis por encima de todo reproche, y si vivís de tal manera que no tenéis necesidad de convertiros. Mirad en vuestro propio corazón, sin temor, honradamente, antes de pretender que la conversión religiosa es buena para los demás pero, en verdad, superflua para vosotros.

Cuando predicaba yo en Hollywood, un grupo de artistas de cine me pidió que les hablara de mis experiencias religiosas. Después de mi discurso tuvimos un período de discusión y la primera pregunta que surgió fue ésta: «¿Qué cosa es la conversión?»

Más tarde tuve el privilegio de dirigir la palabra a un grupo de dirigentes políticos en Washington. Cuando comenzó el período de discusión, la primera pregunta fue: «¿Qué es la conversión?»

En casi todos los grupos universitarios y de colegios superiores donde he dirigido las discusiones, invariablemente surge esta pregunta: «¿Qué quiere decir usted con la conversión?»

Probablemente hay más respuestas diferentes a esta pregunta que a cualquiera otra relacionada con la religión. ¿Qué cosa es la conversión? ¿Qué está implicado en ella? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Por qué es necesario convertirse para ir al cielo?

El concepto de la conversión ciertamente no es desconocido en nuestra sociedad. Cualquier buen vendedor sabe que tiene que convertir al cliente a su producto especial o a su manera de pensar. La tarea principal de la propaganda es convertir al público comprador de una manera a otra. Hablamos de líderes políticos que se convierten de su filosofía política original para adoptar otra. Durante la última guerra oímos mucho acerca de las industrias de tiempos de paz que se convirtieron en industrias de guerra, y la mayor parte

de la calefacción por petróleo en casas particulares fue convertida en calefacción por carbón.

Realmente la palabra conversión significa «dar una media vuelta», «mudar de opinión», «volverse» o «regresar». Hablando de la religión, se ha explicado variadamente cómo «arrepentirse», «ser regenerado», «recibir la gracia», «experimentar la religión» y «obtener la seguridad de la salvación».

Recuerdo a un alcohólico consuetudinario (habitual), que asistió a uno de los cultos iniciales de una campaña de evangelización, y me dijo: «Señor Graham, estoy convencido de que no hay ni siquiera un ápice de verdad en lo que usted dice, pero voy a darle una oportunidad a su Cristo, y si Él obra aún un poco de la manera en que usted dice que obra, volveré y le seguiré toda mi vida.»

Semanas más tarde me dijo que no lo entendía bien, pero que cada vez que iba a tomar una copa parecía como si algo le detuviera. Cristo le había dado la victoria sobre su vicio. Volvió a la familia y ahora está viviendo para Cristo. En otras palabras, dio media vuelta, cambió de dirección, cambió de manera de pensar: ¡Se convirtió!

La conversión puede adquirir muchas formas diferentes. La manera como se realiza depende en gran parte del individuo: de su carácter, de su estabilidad emocional, del ambiente en que vive, de las condiciones previas y de su manera de vivir. La conversión puede ocurrir después de una gran crisis en la vida de la persona; puede presentarse cuando todos los valores anteriores han sido destruidos, cuando se ha perdido la ilusión de poder por las posesiones materiales o perdido las cosas amadas. El hombre o la mujer que ha estado concentrando toda la atención en ganancias materiales, en el prestigio social o en los negocios, o ha estado centralizando todos los afectos en una persona, experimenta un estado desolador cuando se le quita la cosa que ha dado valor a su vida.

En estos momentos trágicos, mientras el individuo carece de toda su potencia humana, cuando el ser querido se ha ido más allá del sonido de la voz, reconoce cuán terrible y completamente solitario se encuentra en realidad. En ese momento el Espíritu Santo puede hacer que las vendas de este mundo caigan de sus ojos y, por vez primera, vea claramente. Reconoce que Dios es la única fuente de verdadero poder y el único manantial eterno de amor y compañerismo.

Otras veces, la conversión puede concurrir en la misma cima de poder y prosperidad personal, cuando todo va bien y las misericordias abundantes de Dios han sido otorgadas. La misma bondad de Dios puede impulsar a reconocer que todo lo debemos a Él; así pues, la misma bondad del Creador conduce al arrepentimiento.

La conversión puede ser tan repentina y dramática como la de los paganos que transfieren sus afectos y fe de los ídolos labrados en piedra y madera, a la Persona de Jesucristo.

No todas las conversiones ocurren como un rayo súbito y fulgurante que llega al alma, lo cual llamamos conversión de crisis. Hay otras muchas que se realizan solamente después de un conflicto largo y difícil con los motivos interiores de la persona. En otros, la conversión viene como el momento culminante de un largo período de convicción gradual acerca de la necesidad y la revelación del plan de la salvación. Este proceso prolongado

resulta en la aceptación consciente de Cristo como Salvador personal y la entrega de la vida a Él.

Podemos decir, entonces, que la conversión puede ser un acontecimiento instantáneo, una crisis en que la persona recibe una revelación clara del poder de Dios; o puede ser un desenvolvimiento gradual, acompañado por un momento de clímax al tiempo que se cruza la línea entre las tinieblas y la luz, entre la muerte y la vida eterna.

No siempre se presenta exactamente de esta manera. Mi esposa, por ejemplo, no puede recordar el día exacto ni la hora en que se hizo cristiana, pero está segura de que hubo tal momento en su vida, un momento en que realmente cruzó aquella línea. Muchos jóvenes que han crecido en hogares cristianos, y han tenido el beneficio de la enseñanza cristiana, ignoran el momento en que entregaron sus vidas a Cristo. Otros recuerdan muy claramente cuándo hicieron su profesión de fe. Los relatos de las conversiones en el Nuevo Testamento indican que la mayoría de ellas fueron dramáticas, con una crisis.

Durante muchos años, la psicología dejó la conversión y la experiencia religiosa sin estudiarla, pero desde el año 1935 se ha prestado atención al asunto de la conversión. Se ha señalado que la conversión no es cosa exclusiva del Cristianismo, sino que se halla también en otras religiones, y que no es necesariamente un fenómeno religioso, sino que también ocurre en esferas no religiosas. Los estudiantes de psicología están de acuerdo en que hay tres etapas en la conversión: primera, un sentido de perplejidad e intranquilidad; segundo, un clímax y punto decisivo; y tercera, un descanso emocional caracterizado por el gozo y la quietud.

Starbuck dice que hay dos clases de conversión. Observa, lector, que una está acompañada de un sentido violento del pecado, y otra por un sentido de ser incompleto, por una búsqueda febril para alcanzar una vida más amplia y un deseo de iluminación espiritual.

El valor de los estudios psicológicos de la conversión ha sido menospreciado. No debemos ignorarlo. Arrojan mucha luz sobre el tema, pero pocos de ellos están dispuestos a aceptar la conversión bíblica como una experiencia sobrenatural.

Realmente la conversión bíblica envuelve tres aspectos, dos de ellos activos y uno pasivo. En la conversión activa están incluidos el arrepentimiento y la fe. El arrepentimiento es la conversión vista desde su punto de partida, el abandono de la vida anterior. La fe indica el punto objetivo de conversión, el volver a Dios. El tercero, que es pasivo, lo llamamos el nuevo nacimiento o la regeneración.

Bien, para alcanzar la gloria, Jesús dijo que el hombre tiene que convertirse. No lo digo yo, ¡lo dijo Jesús! Esta no es la opinión de un hombre, ¡es la declaración de Dios! Jesús dijo: «Si no os volviereis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.»

La verdadera conversión abarca toda la mente, todos los afectos y toda la voluntad. Ha habido miles de personas que han sido convertidas intelectualmente a Cristo.

Creen la Biblia entera, creen todo acerca de Jesús, pero nunca han sido realmente convertidas a Él.

En el segundo capítulo del Evangelio de San Juan se encuentra una descripción de los centenares de personas que seguían a Jesús al principio de su ministerio. Se dice que muchos de ellos creyeron en Él. Sin embargo, Jesús no se fió de ellos, porque conocía los corazones de todos los hombres. ¿Por qué no se fió Jesús de ellos? Sabía que creían solamente con la cabeza, y no con el corazón.

Hay una gran diferencia entre la conversión intelectual y la conversión total que salva el alma. Seguramente que debe haber un cambio en tu pensar y en tu aceptación intelectual de Cristo.

Millares de personas han tenido alguna forma de experiencia emocional que consideran como conversión, pero nunca han sido realmente convertidas a Cristo. Cristo exige un cambio en la forma de vivir, y si tu vida no se halla en conformidad con tu experiencia, entonces tienes mucha razón en dudar de tu conversión. Ciertamente, hay un cambio en las emociones cuando te entregas a Cristo; un cambio en el cual están incluidos el odio y el amor, porque comenzarás a odiar el pecado y amar la justicia. Tus afectos sufrirán una transformación. Tu devoción a Cristo no conocerá límites. Tu amor por Él no podrá describirse.

Pero aun cuando aceptes a Cristo intelectualmente y tengas una experiencia emocional de Él, todavía esto no es suficiente. ¡Es necesario la conversión de la voluntad! Debe haber esa determinación de obedecer y seguir a Cristo. Tu voluntad tiene que ser supeditada a la voluntad de Dios. El yo tendrá que ser clavado en la cruz. El único deseo que tendrás será el de agradar a Cristo.

En el momento de la conversión mientras estás al pie de la cruz, el Espíritu Santo te hará reconocer que eres pecador, y dirigirás tu fe hacia el Cristo que murió en tu lugar. Tienes que abrir tu corazón y dejarle entrar. En ese momento preciso, el Espíritu Santo efectúa el milagro del nuevo nacimiento, y realmente pasas a ser una nueva criatura. Se implanta la naturaleza divina. Llegas a ser partícipe de la misma vida de Dios, por Jesucristo, mediante el Espíritu de Dios que mora en tu corazón.

La conversión es tan sencilla que el niño más pequeño puede ser convertido, pero también es tan profunda que los teólogos, a través de la historia, han estudiado la profundidad de su significado. Dios ha hecho el camino de la salvación tan claro para que «el que anduviere en este camino, por torpe que sea no se extraviara».⁸⁷ Ninguna persona será jamás excluida del Reino de Dios porque no tuviese la capacidad de comprender. Los ricos y los pobres, los sabios y los ignorantes, todos pueden ser convertidos.

En resumen, la conversión significa simplemente «cambiar». Cuando alguien se convierte, puede continuar queriendo lo que antes quería, pero habrá un cambio de razones por las cuales quererlo. Un convertido puede abandonar los objetos anteriores de sus afectos; puede aún apartarse de sus compañeros mundanos, no porque los desprecie — muchos de ellos serán honestos y amables —, sino porque para él hay más atractivo en el compañerismo con los cristianos, ya que le une a ellos el mismo sentimiento espiritual.

⁸⁷ Isaías 35:8

La persona convertida amará lo que antes odiaba, y odiará lo que antes amaba. También habrá un cambio de corazón con respecto a Dios. Donde antes existía indiferencia para Dios, temor constante, miedo y oposición, hay ahora un estado de reverencia completa, de confianza, de obediencia y de devoción. Habrá un temor reverencial a Dios, una gratitud constante a Él, una dependencia de Él y una nueva lealtad. Antes de la conversión, el individuo puede haber agradado a la carne. La cultura y los intereses intelectuales o la ganancia de dinero le eran de primordial y suma importancia. Ahora, la justicia y la santidad del corazón y el vivir la vida cristiana serán colocados por encima de todos los demás intereses, pues el agradar a Cristo será la única cosa de verdadera importancia. En otras palabras, la conversión significa un cambio radical en la vida del individuo.

Recuerdo a una joven, empleada en Nueva York, que marchó a Los Ángeles para casarse. Ella y su novio se conocieron cuando ambos trabajaban en una gran agencia de publicidad de la gran urbe neoyorquina. El noviazgo se desarrolló en un ambiente de cócteles y cabarets. Lleno de ambición y seguro de prosperar, el joven logró que le trasladaran a la oficina de California, habiendo convenido que la joven se trasladaría allí seis meses después y se casarían.

Una semana después de que ella llegase a Los Ángeles, esperando inaugurar una nueva vida feliz, ¡descubrió que su prometido se había enamorado de una joven actriz de cine, y que le había faltado valor para comunicárselo antes de que ella saliera de Nueva York!

Allí estaba, solitaria en una ciudad donde no conocía a nadie, habiendo fracasado todos sus planes, con una vanidad humillada y un futuro frío y vacío. Su familia no era religiosa, y en esas horas de extrema necesidad no sabía a dónde acudir para obtener consuelo, dirección y consejo.

Mientras caminaba por las calles desconocidas, tratando de sobreponerse al golpe y a la humillación, llegó hasta «la catedral de lona» donde dirigíamos nuestra campaña. Después manifestó que no sabía lo que entonces le había impulsado a entrar, pero lo cierto es que entró y se sentó, y, aunque malhumorada, se quedó hasta terminar el servicio. Regresó la noche siguiente, y así todas las noches durante la semana, hasta que, a través de la nube de amargura y de miseria que la rodeaba, oyó la voz de Dios y fue al frente para confesar su necesidad de salvación.

Cuando, mediante la fe en el Señor Jesucristo, vio desaparecer su sentimiento de culpabilidad y abandono, llegó a comprender que el amor perdido era solamente un peldaño hacia un amor mucho más grande y más valioso. El sentido de humillación que le impedía regresar a su anterior empleo en Nueva York se desvaneció, y la vida, lejos de terminarse, fue a su regreso más amplia que nunca, y en vez de malgastar sus talentos y su capacidad de organización en círculos y ambientes mundanos, los usó en una vida activa dentro de su iglesia.

La imaginación que antes dedicaba a entretener a los empleados de su oficina, ahora está dedicada a revivir las historias bíblicas para los jóvenes. Su experiencia en recaudar fondos la emplea ahora en el servicio del Señor, y el pastor de su iglesia dice que las ideas

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

de esta señorita han sido de gran valor para aumentar la asistencia regular a los cultos. Lejos de ser rechazada y mal acogida, sus compañeros de la iglesia la buscan constantemente. Pero lo más importante de todo es que su sentimiento de soledad ha desaparecido, porque ahora sabe que Jesucristo se halla siempre a su lado, dispuesto a confortarla, a guiarla y a protegerla.

¡Todo esto ha sido el resultado de su conversión y del abandono de aquel camino frío, vacío y mundano que tan desdichadamente seguía, y de su decisión de seguir a su Señor y Salvador Jesucristo! Ella encontró la paz con Dios.

IX. EL ARREPENTIMIENTO

«Habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepienta, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.»

S. Lucas 15:7

Hemos visto ya que Jesús exig  la conversión. Hemos visto también que los tres elementos de la conversión son: el arrepentimiento, la fe y la regeneración. Puede discutirse el orden en que éstos se presentan, pero generalmente se admite que tienen lugar al mismo tiempo. Conscientes o inconscientes de ellos, en el momento crítico de la conversión, estos tres ocurren simultáneamente.

Si el arrepentimiento pudiera describirse con una palabra, empleará la palabra renunciar. « Renunciar a qué?», me preguntaréis. La respuesta también puede darse con una palabra: «al pecado». La Biblia enseña, como hemos visto, que el pecado es la transgresión de la ley. El pecado es la negación de la autoridad de Dios y el rechazar obedecerle. El pecado es ese principio malo que surgió en el Edén cuando Adán y Eva fueron tentados y cayeron. Desde aquel desastre, este veneno mortal ha afectado a todos los hombres, de tal manera que «todos pecaron» y «no hay justo ni aun uno». El pecado ha roto nuestra relación con Dios y, como consecuencia, ha perturbado nuestra relación de unos con otros y aun con nosotros mismos.

De ninguna manera podemos tener paz con Dios, ni paz los unos con los otros, ni aun paz dentro de nosotros mismos, hasta que hagamos algo con esa «cosa abominable que Dios aborrece». No solamente se nos ha dicho que tenemos que renunciar al principio del pecado, sino que también hemos de renunciar a los pecados, en plural. Hemos de renunciar al mundo, a la carne y al diablo. No puede haber objeciones, regateo, compromiso o vacilación. Cristo exige la renunciación absoluta.

Empero aquí también interviene el principio del amor, porque cuando amas completa y absolutamente a Jesucristo, no has de querer hacer las cosas que él aborrece y odia. Automáticamente renunciar s a todos los pecados de tu vida cuando por fe te entregues a él. Por eso el arrepentimiento y la fe van unidos. No puedes tener arrepentimiento sin una fe salvadora, y no puedes tener la fe salvadora sin un arrepentimiento genuino.

Desgraciadamente, la palabra «arrepentimiento» se omite hoy día en los púlpitos. Carece por completo de popularidad. El primer sermón que Jesucristo predicó fue: « Arrepent os, porque el reino de los cielos se ha acercado!»⁸⁸ Esa fue la voz de Dios hablando por medio de su Hijo. Jesús vino con un corazón lleno de amor y de comprensión, pero inmediatamente empezó a señalar con dedo de fuego el delito y los pecados del hombre. Exhort  a los hombres a reconocer su culpa y a apartarse de su impiedad. Dijo que era necesario el arrepentimiento, antes de que él pudiera otorgar su amor, su gracia y su misericordia a las almas. Jamás disculp  la iniquidad. Insistió en la urgencia del juicio

⁸⁸ S. Mateo 4:17

personal, propio, y en el completo arrepentimiento. Insistió en la necesidad de una nueva actitud antes de que Él pudiese revelar el amor de Dios.

Un grupo de personas vino a Jesús un día y le contaron también de ciertos galileos cuya sangre había mezclado Pilato con los sacrificios, mientras sus legiones romanas ponían fin a la insurrección judía. Relataron también cómo la caída de la torre en Siloé había matado a muchos. En contestación Jesús dijo: «¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.»⁸⁹ En otras palabras, Jesús dijo que ya sea que los hombres mueran por violencias, accidentes o de muerte natural, su destino es el mismo; a menos que se hayan vuelto a Dios arrepentidos, están perdidos.

Sabemos que la salvación depende completamente de la gracia de Dios. Sabemos que los sacrificios, ritos u obras de la ley jamás han podido salvar ni siquiera a un alma. La Biblia dice que ante Dios nadie es justificado por la ley, y, así, afirma: «El justo por la fe vivirá.»⁹⁰ La salvación, el perdón y la justificación dependen absolutamente de la obra expiatoria de Cristo. Sin embargo, para que el sacrificio de Cristo en la cruz sea eficaz para cualquier individuo de cualquier época, esa persona debe arrepentirse de su pecado y aceptar a Cristo por fe.

Jonás predicó el arrepentimiento de Nínive, y Nínive se arrepintió.

Ezequiel predicó el arrepentimiento cuando dijo: «Por tanto, yo os juzgaré a cada uno según sus caminos, oh casa de Israel, dice Jehová el Señor. Convertíos, y apartaos de todas vuestras transgresiones y no os será la iniquidad causa de ruina.»⁹¹ El gran mensaje de Juan el Bautista era el arrepentimiento cuando decía: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.»⁹²

Setenta veces en el Nuevo Testamento se menciona el arrepentimiento. Jesús dijo: «Antes, si no os arrepintiereis, todos pereceréis igualmente.» El sermón que predicó San Pedro el día de Pentecostés fue: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados.»⁹³ San Pablo predicó el arrepentimiento cuando dijo que Él testificó «a los judíos y a los gentiles arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo».⁹⁴ La Biblia dice que Dios manda arrepentirse: «Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan.»⁹⁵ Es una orden, es un mandato perentorio. Dios dice: «¡Arrepiéntete, o perecerás!» ¿Te has arrepentido? ¿Estás seguro de ello?

¿Qué quiso decir Jesús con la palabra arrepentimiento! ¿Por qué aparece esta palabra continuamente a través de la Biblia? Si buscas en algún diccionario moderno, verás que arrepentimiento significa «deplorar» o «lamentar». Pero las palabras originales del griego y

⁸⁹ **S. Lucas 13:2-30**

⁹⁰ **Romanos 1:17**

⁹¹ **Ezequiel 18:30**

⁹² **S. Mateo 3:2**

⁹³ **Hechos 2:38**

⁹⁴ **Hechos 20:21**

⁹⁵ **Hechos 17:30**

del hebreo significan mucho más. Indican mucho más que lamentar y sentir tristeza por el pecado. La palabra bíblica «arrepentimiento» quiere decir «cambiar» o «dar vuelta». Es una palabra de poder y de acción. Es una palabra que indica una revolución completa dentro del individuo. Cuando la Biblia nos llama a arrepentirnos del pecado, quiere decir que debemos volver las espaldas al pecado, que debemos dar media vuelta y caminar en la dirección contraria al pecado y a todo lo que el pecado implica.

Jesús relató la parábola del hijo pródigo para dramatizar lo que quería decir con la palabra arrepentimiento. Cuando el hijo pródigo se arrepintió, no siguió lamentando sus pecados. No fue pasivo y perezoso; no se quedó en el mismo lugar, rodeado de los puercos. ¡Se levantó y se marchó! Encaminó sus pies en la dirección opuesta. Buscó a su padre, se humilló ante él, y luego recibió su recompensa.

Muchísimos cristianos modernos en sumo grado se han olvidado de lo que la Biblia da a entender cuando habla de arrepentimiento. Creen que es algo así como mover la cabeza ceremoniosamente y darse golpes de pecho, diciendo: «¡Ay, cuánto siento haber hecho esto!»... y seguir viviendo de la misma manera.

El arrepentimiento verdadero significa: «Convertirse, volverse, andar en una nueva dirección.» El remordimiento no es suficiente para arrepentirse. Judas estaba apesadumbrado y lleno de remordimientos, pero nunca se arrepintió. Aun una reforma no es suficiente. No hay tortura que puedas afligir a tu cuerpo, no hay castigos mentales a que se te pueda someter, que agraden al Dios Omnipotente. Cristo pagó por nuestros pecados en la cruz; allí sufrió la pena del pecado. Ningún sufrimiento que padezcamos nos conducirá al arrepentimiento.

Tampoco lo lograremos con lamentaciones, aunque muchos predicadores hayan enseñado que para arrepentirse es necesario lamentarse durante un determinado tiempo como período preparatorio para la salvación.

Un predicador cristiano, hombre muy inteligente, me dijo una vez que, cuando se convirtió, la emoción que el predicador y la congregación esperaban de él casi le impidió acercarse a Dios.

El falso sentimiento producido en algunas reuniones de avivamiento ha sido tropezadero para muchas almas sinceras y hambrientas. Pero la clase de arrepentimiento de que hablo, es el verdadero arrepentimiento bíblico, que incluye tres cosas: la inteligencia, la emoción y la voluntad.

Primera: Es menester el conocimiento de pecado. La Biblia dice: «Todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.»⁹⁶ Isaías, redarguido de sus pecados, dijo:

«¡Ay de mí, que soy un hombre inmundo de labios.»⁹⁷ Job, convencido de que era pecador, exclamó: «Por tanto me aborrezco.»⁹⁸ Cuando San Pedro quedó convicto de sus

⁹⁶ Romanos 3:23

⁹⁷ Isaías 6:5

⁹⁸ Job 42:6

pecados, confesó: «Soy hombre pecador.»⁹⁹ San Pablo, convicto también de sus culpas, se calificó «como el primero de los pecadores».

Es el Espíritu Santo el que proporciona esta convicción. Verdaderamente no puede haber arrepentimiento hasta que el Espíritu Santo ejerce su influencia en la mente y en el corazón. Puede usar las oraciones de una madre, el sermón de un pastor, un programa cristiano por radio, la vista de la torre de una iglesia, o la muerte de un ser querido, para proporcionar esta necesaria convicción. No obstante, he visto hombres, en algunas de nuestras reuniones, temblar bajo la convicción, y no estar arrepentidos de sus pecados. Es posible estar convencido del pecado, reconocerse pecador, aun lamentarse de los pecados, y no arrepentirse.

Segundo: Como en toda experiencia genuina, el arrepentimiento incluye las emociones. San Pablo dijo que el dolor que es según Dios, obra arrepentimiento saludable. Muchas personas aborrecen toda emoción, y algunos críticos sospechan de cualquier conversión que no tiene lugar en un refrigerador. Hay muchos peligros en un falso sentimentalismo, pero esto no excluye una emoción verdadera de piedad y sentimiento.

El doctor W. E. Sangster, ese famoso predicador metodista de Gran Bretaña, dice en su libro *Let Me Commend*: «El hombre que grita emocionado durante un partido de fútbol, pero desdeña a un pecador que llora junto a la cruz y critica los peligros del sentimentalismo, no merece ninguna consideración inteligente a sus sinrazones.»

Tercera: El arrepentimiento incluye la voluntad.

Solamente cuando tengamos en cuenta la voluntad, habremos llegado al corazón del verdadero arrepentimiento. Es preciso que haya esa determinación de renunciar al pecado, de cambiar las actitudes hacia uno mismo, hacia el pecado y hacia Dios. Es preciso cambiar los sentimientos, la voluntad, la disposición y los propósitos personales.

Solamente el Espíritu de Dios puede ayudarte a tomar la determinación necesaria para el verdadero arrepentimiento. Significa algo más que aquello que decía una niña en su oración: «Señor, hazme buena, pero no muy buena, sólo lo suficientemente buena para que no me castiguen.»

En América del Norte hay centenares de personas cuyos nombres están en los registros de las iglesias. Asisten a la iglesia cuando les conviene, contribuyen con su dinero y apoyan las actividades de la congregación. Saludan al ministro del culto y le dicen que predicó un excelente sermón. Hablan con el lenguaje del Cristianismo y muchos de ellos pueden repetir bastantes textos de las Escrituras, pero nunca han experimentado el verdadero arrepentimiento. Han adaptado hacia la religión una actitud que les permite tomarla o dejarla a su capricho. Cuando vienen las dificultades, vuelven a Dios y oran; pero el resto del tiempo no piensan mucho en Él. La Biblia enseña que cuando alguien se entrega a Cristo, se opera un cambio que repercute en todas sus acciones.

No hay un solo versículo de la Escritura que indique que podemos ser cristianos y vivir al mismo tiempo como nos plazca. Cuando Cristo entra en el corazón, reclama ser Señor y Maestro. Requiere la rendición completa; exige tener el dominio de nuestras

⁹⁹ S. Lucas 5:8.

actividades intelectuales; demanda que nuestros cuerpos sean sujetos a Él y únicamente a Él; requiere nuestros talentos y nuestras aptitudes; demanda que toda nuestra obra y labor sean hechas en su nombre.

Hoy día abundan aquellos que profesan ser cristianos, pero dejarían de asistir al templo antes que renunciar al deseo de adquirir un nuevo refrigerador. Si se les diera la oportunidad de elegir entre un buen viaje o contribuir a la construcción de un local para la Escuela Dominical, sería fácil adivinar la decisión que tomarían. Hay millares que se llaman cristianos, pero ponen en primer término el dinero y las cosas que proporcionan un alto nivel de vida, y en segundo lugar las cosas de Cristo.

Encontramos tiempo para ir al cine, para asistir a partidos de fútbol, para acudir al boxeo, pero no tenemos tiempo para Dios. Podemos ahorrar dinero para comprar una nueva casa o un televisor más potente, pero nos parece oneroso el dar para el Señor. Esto es idolatría.

¡Urge un cambio! Con el dedo señalamos a los paganos y a los idólatras de antaño, cuando la única diferencia es que nuestras imágenes están hechas de brillante acero, y tienen termostatos y descongeladores, en vez de ojos incrustados en joyas. En lugar de oro sus superficies están cubiertas de porcelana fácil de limpiar, pero de todas maneras se adoran, y pensamos que la vida sin ellas sería imposible.¹⁰⁰

Jesús reclama el señorío sobre todas estas cosas. Él quiere que rindamos a Él toda nuestra vida social, nuestra vida familiar y nuestros negocios. Él debe ser el primero en todo lo que hagamos o pensemos, porque cuando realmente nos arrepentimos, volvemos a Dios en todos los sentidos.

Tenemos la advertencia de Cristo, que no nos recibirá en su reino hasta que estemos dispuestos a rendirle todo, hasta que estemos dispuestos a renunciar a todo el pecado de nuestras vidas. No tratemos de hacerlo a medias. No digamos: «Renunciaré a algunos de mis pecados, pero me quedaré con otros.» «Viviré parte de mi vida para Jesús, y parte para mis propios deseos.» Jesús exige una entrega cien por cien, y cuando esto se realiza, Él recompensa mil por uno. Pero no esperemos que Jesús reparta pequeños premios de quinientos por uno si hay una entrega del cincuenta por ciento. Dios no obra de esta manera para efectuar sus maravillas. Demanda un cambio total, una sumisión completa. Lector: Cuando te hayas resuelto a renunciar al pecado entregando todo a Cristo, habrás dado otro paso hacia la paz con Dios.

¹⁰⁰ Debemos hacer constar que el gran predicador no condena en este párrafo el uso de los adelantos modernos, que pueden facilitar nuestra vida, e incluso darnos más tiempo libre para otros trabajos dentro de la obra de Dios, sino el abuso caprichoso, el prurito de poseer el último modelo de estas cosas, superior al del vecino, malgastando recursos que pudieran ser más provechosamente empleados para la gloria de Dios. — Nota edit.

X. LA FE

«Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. »

Efesios 2:8-9

Estamos ya preparados para dar un paso más en la búsqueda de la paz con Dios. Ya, lector, estás dispuesto a renunciar a tu vida anterior y a tus pecados. Estás resuelto a que este cambio se opere en tu vida. Ya no te alejas de Dios, sino que caminas hacia su amor, su misericordia y su protección. Has hecho tu decisión: has escogido tu camino. Te has arrepentido; has elegido el camino recto, aunque te sea difícil. Has escogido el camino que Moisés siguió hace unos tres mil quinientos años, cuando renunció a los tesoros de Egipto y se decidió por Dios.

Moisés tenía cuarenta años cuando hizo la gran decisión, cuando comprendió que la fe y la verdad, acompañadas de la agonía y el esfuerzo, eran mejores que las riquezas y la fama sin el amor de Dios. Pocos hombres en la historia han sido llamados a tomar una decisión tan difícil como la de Moisés.

Moisés fue un hombre de cultura y de educación, un joven de fortuna y de posición. Como hijo de la hija de Faraón, estaba acostumbrado a los honores, a los lujos y a los privilegios. El trono de Egipto, el país más poderoso y más civilizado de aquel entonces, estaba a su alcance.

No obstante, la Biblia señala que «por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales de pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo a la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible».¹⁰¹

Fíjate bien, lector, que dice «rehusó» y «dejó». Esto es el arrepentimiento. Y luego se añade que lo hizo «por la fe». Este es el siguiente paso, la fe. Moisés no tomó esta decisión en un momento de emoción, que algunos psicólogos pretenden que es necesario para la experiencia religiosa. No fue motivada por la frustración. No era un hombre inadaptado o frustrado. Moisés no escogió el camino de Dios como compensación a los premios que pensaba le hubiese negado la vida, ni tampoco adoptó la vida religiosa a causa de aburrimiento o de apatía. No le faltaban actividades interesantes, diversiones o placeres.

Ninguno de estos motivos, u otros que, con frecuencia, se mencionan como los decisivos en la entrega de la vida a Dios, pueden señalarse en el caso de Moisés. No fue obligado a huir de la carne y del diablo. Lo hizo por propia decisión. Ciertamente Moisés no carecía de dotes mentales, ni de voluntad. No era un desconocido que buscaba reconocimiento y prestigio. No experimentaba nada de aquello que los que se burlan de la religión dicen que se necesita experimentar para sentir la necesidad de salvación. Moisés poseía ya más de lo que la mayoría de los hombres sueñan, y a pesar de abrigar ambiciones

¹⁰¹ Hebreos 11:24-27

y de estar en la plenitud de su vigor, despreció las riquezas, la posición y la fama y escogió en su lugar la fe en Dios.

Cada vez que escucho que solamente los desesperados, destituidos o ineptos necesitan el consuelo de la religión, pienso en Moisés.

He tenido el privilegio de hablar a millares de personas respecto de sus problemas espirituales. He sabido que cuando hombres y mujeres de sano juicio rechazan a Cristo como su Señor y Maestro, no lo hacen porque intelectualmente hallen faltas en las doctrinas cristianas, sino porque quieren evadir las responsabilidades y obligaciones que tal vida requiere. Son sus corazones apocados, no su mentalidad brillante, los que se interponen entre ellos y Cristo. No están dispuestos a someterse ni a entregarlo todo a Cristo.

Moisés consideró cuidadosamente las exigencias y las obligaciones de la religión. Reconoció que, si iba a entregarse a Dios, tendría que hacerlo sacrificando las cosas que los hombres, generalmente, consideran de más estima. No hizo una investigación apresurada. No llegó a ninguna conclusión semideliberada bajo algún impulso imprevisto o una súbita reacción emocional. Sabía cuánto estaba en juego y tomó su decisión hallándose en posesión de todas sus facultades mentales. Su elección final no fue de naturaleza temporal. No escogió la fe como medida tentativa. Fue una convicción que no podía ser debilitada por los cambios de fortuna o por largas privaciones. Cuidadosamente quemó los puentes y buques que hubieran posibilitado la retirada de su nueva posición. Cuando Moisés experimentó el gran momento de crisis a los cuarenta años de edad, se entregó sin reservas e incondicionalmente a Dios y a sus mandatos.

Cuan diferente fue la decisión de Moisés de aquella del famoso biógrafo Gamaliel Bradford, quien, al acercarse al fin de su vida, dijo: «No me atrevo a leer el Nuevo Testamento por temor de provocar en mí una tempestad de inquietudes, dudas y temores, por haber tomado el camino equivocado, el camino de traición a Dios.»

Moisés no experimentó tal miedo. Tampoco tú debes temer, si por fe te rindes a Cristo de todo corazón. No te dirijas a Él diciendo: «Por algún tiempo voy a poner a prueba el Cristianismo. Si es eficaz, lo seguiré, y si no, aún tendré tiempo para escoger otro camino en la vida.» Cuando te entregas a Cristo, es menester quemar todo puente, sin pensar siquiera en una posible retirada.

Hace siglos, cuando las alas de las águilas romanas arrojaban una sombra siniestra sobre el mundo, los audaces guerrilleros capitaneados por César salieron a conquistar la Gran Bretaña. Mientras las naves enemigas aparecían en el horizonte, millares de ingleses se concentraron en las colinas para defender con bravura su patria. Ante su asombro, lo primero que hicieron los romanos al desembarcar fue prender fuego a las naves. Cuando las feroces llamas acabaron con los buques, quedó destruida la única vía de escape para los intrépidos invasores. ¡Con un espíritu tan indomable, la conquista era segura; vencer o morir era la consigna! ¡No es de maravillar que esa insignificante aldea a orillas del Tíber llegara a ser la dueña del mundo!

Así que Cristo exige entrega y devoción absolutas. «Y Jesús lo dijo: Ninguno que poniendo su mano al arado mira hacia atrás, es apto para el Reino de Dios.»¹⁰²

Moisés hizo la conmovedora decisión al encontrarse en el cruce de dos caminos. Su mente analítica pesó todos los hechos que influyeron en su decisión. Echó un vistazo cuidadoso y medido a cada camino, hasta el final. Consideró todos los pros y los contras, y así fue cómo decidió depositar su confianza y su fe en Dios.

Primeramente miró hacia el camino ancho y resplandeciente, lleno de poder, oropeles y lujos, abundante en cosas y placeres mundanos. Fue un camino familiar, bien conocido. Anduvo por él durante cuarenta años y sabía que finalmente llevaba a la destrucción y al infierno.

Luego, Moisés miró hacia el otro camino, estrecho y más difícil. Avizó las tribulaciones, las aflicciones, la humillación y la desilusión. Vio los trabajos y las pruebas, las tristezas y penas, pero por fe vio también los triunfos y la recompensa de la vida eterna.

Un hombre de poco juicio, un hombre de menos experiencia que Moisés, se habría visto tentado a seguir el primer camino. En aquel tiempo, Egipto era la potencia más grande de la tierra. Dominaba el fértil valle del Nilo, granero del mundo. Sus ejércitos eran invencibles, sus colegios y universidades eran el ejemplo que otros siglos seguirían.

A muy pocos de nosotros se nos pide renunciar a tanto por Dios, como a Moisés se le pidió. A pocos se nos presenta la tentación en tal abundancia y variedad para que la resistamos. Pocos de nosotros tenemos tales deleites y placeres mundanos ante la vista. Aun las Escrituras admiten que hay placer en el pecado, aunque sólo por un tiempo. El placer es pasajero y no otorga ningún consuelo.

Al decidirse por Dios, Moisés hizo un gran sacrificio, pero también ganó un gran premio. Las grandes fortunas eran raras en el tiempo de Moisés, y realmente pocos hombres tenían la oportunidad de conquistar una fortuna, como él la tuvo.

Hoy día, muchos pueden amasar grandes capitales. En 1923 (cuando el reunir una fortuna era el más grande afán en los Estados Unidos) un grupo de los financieros más prósperos del mundo se reunió en el Hotel Edgewater Beach de Chicago. La reunión en sí fue una demostración de riqueza y de poder. Sentados a la misma mesa se hallaban el presidente de la compañía independiente de acero más grande del mundo, el presidente de la más grande compañía de servicios públicos, un eminente especulador de trigo, el presidente de la Bolsa neoyorquina, un miembro del Gabinete del Presidente de los Estados Unidos, el presidente del Banco de «International Settlements», el hombre conocido como el comerciante más famoso de Wall Street, y otro que encabezaba el monopolio más poderoso del mundo. ¡Juntos, los ocho manejaron más dinero que la Tesorería de los Estados Unidos de América! Sus historias de prosperidad eran conocidas de todos los escolares. Fueron los modelos que otros trataron de imitar. ¡Fueron los gigantes financieros e industriales de América!

En 1923, las historias de estos hombres, difundidas profusamente, encantaban y conmovían. Estimularon la imaginación; despertaron envidias; inspiraron a otros a

¹⁰² S. Lucas 9:62

imitarlos. Pero en el año 1923 sus historias fueron contadas sólo en parte, pues todavía estaban por escribirse los capítulos finales.

En el tiempo en que estos ocho hombres se sentaron juntos a la mesa en un hotel de Chicago, cada uno individualmente se hallaba donde Moisés se encontró, en el cruce de dos caminos. Estos individuos se encontraban en un momento decisivo y ante sus ojos se extendían dos caminos. Quizás eran para ellos sendas desconocidas y sin importancia. Se trataba de senderos por los cuales no querían transitar. Hoy han sido completas sus historias. Conocemos los capítulos finales. Podemos repasar sus vidas, como podemos repasar la de Moisés, y ver cuál parece la más sabia y la mejor.

Carlos Schwab, presidente de la compañía de acero, vivió en sus últimos años con dinero prestado y murió en la miseria. Arturo Cutten, el más grande de los especuladores de trigo, murió insolvente en el extranjero. Ricardo Whitney, presidente de la Bolsa neoyorquina, cumplió una sentencia en la Penitenciaría de Sing-Sing. Alberto Paul, miembro del Gabinete, fue indultado de la prisión para que pudiese morir en su casa. Jesse Livermore, el «oso» de Wall Street; Leon Frazer, presidente del Banco de «International Settlements», e Ivon Krueger, director del monopolio más grande del mundo, ¡se suicidaron!

Estos hombres poseían dinero, poder, fama, prestigio, inteligencia y cultura; sin embargo, a cada uno de ellos le faltó el elemento esencial que da a la vida su verdadero sentido y propósito. Les faltó el único factor que es esencial a la conducta y credo cristianos, el factor que hace posible la conversión y la regeneración: ¡No quisieron creer!

No tenían fe, o si la tenían rehusaron actuar de acuerdo con ella. Cuán distintos pudieran haber sido los últimos capítulos de sus vidas si entre sus tesoros se hubiera podido contar la fe en Cristo.

Fíjate, lector, que fue por fe por lo que Moisés renunció a las riquezas de Egipto. Fue su fe la que le hizo saber que, aunque sufriera privaciones y humillaciones durante toda su vida terrena, al final, recibiría el premio más grande, la vida eterna.

Hombres como Cutten y Schwab pudieron pensar que Moisés era un necio. Hubieran dicho: «Más vale pájaro en mano que ciento volando.» Hubieran dicho: «Mira, tú sabes lo que tienes en Egipto. Sabes lo que un hombre de tu inteligencia puede hacer manejando esas riquezas y ese poder. Juega bien tus cartas, y Egipto dominará al mundo. Puedes devastar todos los países pequeños. Puedes librarte de toda la competencia y gobernar como quieras.» Eso es lo que hubieran dicho, puesto que así pensaron y así obraron, y de esa forma hicieron muchos de ellos sus fortunas. Se hubieran reído de una persona que dijera que creía en Dios o que tenía fe en Cristo. Hubieran dicho: «La fe no es un buen negocio, está pasada de moda.»

La Biblia enseña que la fe es la única manera de acercarse a Dios. «Porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que lo hay, y que es galardonador de los que le

buscan.»¹⁰³ Además, la Biblia enseña que la fe agrada a Dios, más que cualquier otra cosa. «Pero sin fe es imposible agradar a Dios.»¹⁰⁴

Individuos en todo el mundo se torturan, se visten con extraños hábitos, desfiguran sus cuerpos, se niegan a satisfacer las necesidades de la vida, pasan mucho tiempo en oración y llevan a cabo sacrificios personales en un esfuerzo de hacerse aceptables ante Dios. Todo esto puede ser bueno, pero la única cosa que podemos hacer para agradar a Dios es creer en Él.

A un amigo puedo lisonjearle, y si después de todas mis frases hermosas le dijera que no le creo, todo habría sido en vano. Sólo le hubiera estimulado para desilusionarle.

La forma más grande en que podemos agradar a Dios es creer su Palabra. Parece que Cristo casi imploraba la fe de parte de sus oyentes, cuando dijo: «Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en Mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.»¹⁰⁵

La Biblia declara que la fe es absolutamente esencial. Quizá preguntas: «Bien, si la fe es tan importante, ¿qué es la fe? ¿Qué ha de entenderse por fe? ¿Cuál es la definición de la fe? ¿Cómo puedo saber si tengo una fe correcta? ¿Qué cantidad de fe debo tener?»

Espera un momento, ¡no hagas tantas preguntas a la vez! Procuraré contestarlas una por una.

Repetidas veces la Biblia enseña que podemos recibir la salvación únicamente por fe:

«Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa.»¹⁰⁶

«Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.»¹⁰⁷

«Y que de todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en Él es justificado todo aquel que cree.»¹⁰⁸

«Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia.»¹⁰⁹

«Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.»¹¹⁰

«Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma.»¹¹¹

«Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios.»¹¹²

¹⁰³ **Hebreos 11:6**

¹⁰⁴ **Hebreos 11:6**

¹⁰⁵ **S. Juan 14:11**

¹⁰⁶ **Hechos 16:31**

¹⁰⁷ **S. Juan 1:12**

¹⁰⁸ **Hechos 13:39**

¹⁰⁹ **Romanos 4:5**

¹¹⁰ **Romanos 5:1**

¹¹¹ **Hebreos 10:39**

¹¹² **Efesios 2:8.**

¿Realmente somos salvos por la fe? No, somos salvos por la gracia mediante la fe. La fe es sencillamente el canal por el cual se recibe la gracia de Dios. Es la mano que se extiende y recibe el don de su amor. En Hebreos 11:1 leemos: «Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve.» Weymouth lo ha traducido así, que es más fácil de entender: «Ahora la fe es una seguridad confiada de aquello que esperamos, una convicción de la realidad de las cosas que no vemos.» Literalmente la fe significa «rendirse, someterse o entregarse». La fe es confianza completa.

Nunca he ido al Polo Norte, sin embargo creo que existe el Polo Norte. ¿Cómo lo sé? Lo sé porque alguien me lo ha dicho. Lo he leído en un libro de historia, en un libro de geografía, he visto un mapa; y creo a los hombres que han escrito esos libros. Lo acepto por fe.

La Biblia dice: «La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.»¹¹³ Creemos lo que Dios dice acerca de la salvación, y lo aceptamos sin vacilación.

Martín Lutero ha traducido Hebreos 11:27 de esta manera: «Porque echó mano de Aquel a quien no vio, así como si le hubiera visto.»

No es una virtud peculiar y misteriosa, para tener la cual debamos esforzarnos. Jesús dijo que es necesario volvernó como niños, y al igual que los niños confían en sus padres, hemos de confiar en Dios.

Así como en el arrepentimiento están incluidas tres cosas, también en la fe lo están. Primero, es necesario tener un conocimiento de lo que Dios ha dicho. Por eso es tan importante que leas la Biblia. Por eso es tan necesario que sepas algo de la enseñanza de la Biblia respecto a la salvación del alma. Sólo el saber que eres pecador y que Cristo murió por ti, te basta. Con sólo conocer a San Juan 3:16 pudiera ser suficiente. Muchos se han convertido sabiendo menos. Sin embargo, cuando se trata de algo tan importante, debes estar tan bien informado como te sea posible, y el único lugar donde puedes aprender acerca de la salvación es en la Biblia.

Muchas personas dicen: «Pero no puedo entender mucho de la Biblia, por eso no trato de leerla.» No es ésta una actitud prudente. En la Biblia hay muchas cosas que no entiendo. Mi mente finita nunca entenderá todo acerca de lo infinito. No entiendo todo lo que se refiere a la televisión, pero hago uso de ella. La acepto, por fe.

Dios no pide lo imposible. No te pide que des un salto en el vacío, en cuanto a la conversión. El creer en Cristo se basa en la mejor evidencia que existe en el mundo, la Biblia. Aunque no entiendas todo, sólo porque Dios lo declaró debes aceptarlo. Uno de los primeros ataques por parte del diablo es tentar al hombre para que dude de la Palabra de Dios. Cuando comienzas a dudar de la Palabra de Dios, empiezan tus dificultades. Tienes que saber que eres pecador; luego, aceptar que Cristo murió por tus pecados, y que resucitó para tu justificación. La muerte, sepultura y resurrección de Jesucristo es el propio corazón del Evangelio. Es necesario creer y aceptar esto como un *mínimum* para la conversión.

Segundo, otra vez intervienen las emociones. La Biblia dice: «El principio de la sabiduría es el temor del Eterno.»¹¹⁴ San Pablo dijo: «El amor de Cristo nos constriñe.»¹¹⁵

¹¹³ Romanos 10:17

El deseo, el amor, el temor, todo son emociones. No se puede quitar la emoción de la vida. Ninguna persona inteligente diría: «Hemos de acabar con toda emoción.» Es imposible imaginarse la vida exenta de emociones profundas. Suponte que tuviéramos una familia en la que todos actuaran sólo por un frío sentido del deber. ¡Supongamos que hubiera pedido la mano de mi esposa para que se casara conmigo, después de explicarle que, en realidad, nada sentía por ella!

El doctor Sangter dice: «Transfírase el mismo principio a la religión; pídase que el heraldo de Dios anuncie la oferta de su rey, que perdonará libremente y bendecirá generosamente, pero prohíba de modo terminante toda manifestación de gozo en el anuncio de la noticia, o en su aceptación, y pedirá lo imposible.»

Habrà una sacudida en el corazón. Las emociones podrán ser diferentes en la experiencia religiosa, pero las habrá. Algunos se portarán como estoicos, y otros de forma más expresiva, pero todos experimentarán algo, necesariamente, en la esfera de los sentimientos.

Cuando Churchill arengaba tan magistralmente al pueblo británico durante la guerra, usó de lógica, pero al mismo tiempo apeló a las emociones del auditorio. Recuerdo haberle oído una vez en el Parque Ibrox de Glasgow. Satisfizo mi mente, pero infundió en mí el desesperado deseo de pararme, gritar y ondear una bandera. Cuando se ama a Jesucristo, no pueden contenerse las emociones.

Tercero, y más importante que todo, la voluntad. Es como si hubiera tres homrecitos, y el primero se llamara «Inteligencia», el segundo «Emoción» y el tercero «Voluntad». La Inteligencia afirma que el Evangelio es lógico. La Emoción apremia a la Voluntad y le dice: «Amo a Jesucristo», o «Temo el día del juicio». Entonces el intermedio, llamado Voluntad, es el árbitro. Se sienta a meditar profundamente, tratando de decidirse. En efecto, es la voluntad la que toma la decisión final y permanente. Es posible experimentar la convicción intelectual y el sentimiento emocional y no convertirse propiamente a Cristo. La fe tiene pies. «La fe sin obras es muerta.»¹¹⁶

Supe de un hombre que hace unos años empujaba una carretilla sobre un alambre que cruzaba de un extremo a otro el Niágara. Millares de personas le aplaudían. Puso un saco de tierra de ochenta kilos en su carretilla, la pasó al otro lado, y luego la hizo volver al punto de partida. Entonces, dirigiéndose a la multitud, preguntó: «¿Cuántos de ustedes creen que puedo pasar a un hombre en la misma forma?»

Todos gritaron dando su asentimiento. Había un espectador de la primera fila, muy exaltado, que gritaba a todo pulmón, asintiendo también. El acróbata le señaló con el dedo y dijo: «¡Ahora le toca a usted!»

Pero entonces se vio que realmente no lo creía. Había afirmado que lo creía, pensaba que lo creía, pero no estaba dispuesto a subir a la carretilla.

¹¹⁴ **Proverbios 1:7**

¹¹⁵ **2ª Corintios 5:14**

¹¹⁶ **Santiago 2:20**

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

Igual es con Cristo. Muchos dicen que creen en Él y que le siguen, pero nunca han subido a la carretilla. En verdad nunca se han entregado ni se han rendido totalmente a Cristo.

Muchas personas preguntan: «Bueno, ¿cuánta fe es necesaria?» Jesús dijo que sólo era necesaria fe como «un grano de mostaza».

Otros preguntan: «¿Qué clase de fe?» No es cuestión de una clase especial de fe. Realmente no hay más que una clase de fe. Lo importante es el objeto de la fe. ¿Cuál es el objeto de tu fe? Ese objeto debe ser Jesucristo. No es una fe en ritos, sacrificios, en ética, ni en uno mismo. ¡No es fe en nada ni en nadie, sino en Jesucristo!

Ahora bien, la Biblia enseña que la fe se manifiesta de tres maneras. Se manifiesta en la doctrina, en lo que crees. Se manifiesta en la adoración, es decir, en tu comunión con Dios y en la confraternidad de la iglesia. Se manifiesta en la moral, en la forma en que vives y te portas, lo que hemos de considerar en otros capítulos.

La Biblia enseña también que no termina la fe cuando te confías a Cristo para tu salvación. La fe continúa y aumenta. Puede ser débil al principio, pero cuando comiences a leer la Biblia, a orar, a asistir a la iglesia y a experimentar la fidelidad de Dios en tu vida cristiana, se hará más fuerte. Después de arrepentirte del pecado y aceptar a Jesucristo por fe, debes tener confianza en que Él te guardará, fortalecerá y sostendrá. Aprenderás más y más a depender de Él en tus necesidades, en cualquier circunstancia o prueba. Aprenderás a decir con San Pablo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí.»¹¹⁷

Cuando tengas la fe salvadora en Jesucristo, habrás dado un paso más hacia la paz con Dios.

¹¹⁷ Gálatas 2:20

XI. EL NUEVO NACIMIENTO

«El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.»

S. Juan 3:3

Si yo pudiera entrar en tu casa y conversar contigo, de corazón a corazón, probablemente me dirías: «Estoy perplejo, confuso y turbado. He transgredido las leyes de Dios. He vivido contrariamente a sus mandamientos. Pensaba que podía vivir sin la ayuda de Dios. He procurado formar mis propias reglas y he fracasado. Las amargas lecciones que he recibido, han llegado mediante el sufrimiento y experiencias trágicas. ¡Cuánto daría por nacer de nuevo! ¡Qué distinto camino tomaría, si pudiera...!»

Si estas palabras tocan las fibras recónditas de tu corazón, si encuentran eco en los pensamientos que han pasado por tu mente, quiero darte algunas noticias gloriosas. ¡Jesús dijo que podrías nacer de nuevo! Puedes tener ese nuevo y mejor comienzo por el que has orado. Puedes deshacerte de ese yo despreciado y pecador, y ser una nueva persona, un ser puro y lleno de paz, limpio de todo pecado.

No importa cuán negro sea tu pasado, cuán confuso sea tu presente, ni cuán deplorable parezca tu futuro, si hay una salida. Y hay una salida segura, efectiva y eterna, ¡pero hay solamente una! Tienes sólo que tomar una decisión. Tienes únicamente que seguir un camino, distinto de la senda tortuosa y vana que has recorrido.

Puedes seguir siendo miserable, descontento, miedoso, infeliz y disgustado contigo mismo y con tu vida; o puedes decidir ahora mismo que quieres nacer de nuevo. Puedes decidirte ahora mismo a borrar tu pasado lleno de pecado, y a empezar de nuevo una vida limpia y correcta. Puedes determinarte ahora mismo a ser la persona que Jesús prometió podrías ser.

La siguiente pregunta lógica que puedes hacer es: «¿Cómo puedo experimentar esta nueva vida? ¿Cómo puedo nacer de nuevo? ¿Cómo puedo empezar otra vez?»

Es ésta la pregunta que, bajo el cielo oriental, Nicodemo hizo a Jesús aquella noche, hace dos mil años. El nacer de nuevo, sin embargo, significa muchísimo más que un nuevo comenzar, una enmienda o una reforma. Como ya hemos visto, la Biblia enseña que naciste la primera vez en el mundo físico, pero que tu naturaleza espiritual fue concebida en pecado. La Biblia declara que estás «muerto en delitos y pecados».¹¹⁸

La Escritura enseña que no hay nada en tu naturaleza muerta y pecadora que pueda originar la vida. Estando muerto en pecado, no puedes producir una vida de justicia. Muchas personas tratan de vivir una vida buena, santa y recta sin nacer de nuevo, pero sólo irán al fracaso. Un cadáver no puede engendrar vida. La Biblia enseña que «el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte».¹¹⁹ Todos estamos muertos espiritualmente.

¹¹⁸ Efesios 2:1

¹¹⁹ Santiago 1:15

Tu vieja naturaleza no puede servir a Dios. La Biblia declara: «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios... y no las puede entender.»¹²⁰ En nuestra condición natural, estamos en enemistad con Dios, porque no estamos sujetos a sus leyes, ni podemos estarlo, según Romanos 8:7.

La Biblia enseña, además, que nuestra vieja naturaleza está totalmente corrompida. Desde los pies hasta la cabeza «no hay cosa sana en el hombre», que está lleno de «herida, hinchazón y podrida llaga».¹²¹ Tu corazón es engañoso, más que todas las cosas, y terriblemente perverso. Está corrompido, de acuerdo con la engañosa lujuria.

La Biblia enseña además que nuestra vieja naturaleza es netamente humana e incapaz de renovarse. La Biblia enseña que cuando nacemos de nuevo, nos despojamos del viejo hombre, no lo reparamos. El viejo yo ha de ser crucificado, no cultivado. Jesús dijo que el acto de limpiar el exterior del vaso y del plato, deja lo interior tan inmundo como antes.

También enseña la Biblia que, a menos que hayamos experimentado este nuevo nacimiento, no podemos entrar en el Reino de los Cielos. Jesús dijo enfáticamente: «Os es necesario nacer de nuevo.»¹²² No hay nada indefinido u optativo en esto. El que entre en el Reino de Dios, tendrá que nacer de nuevo.

La salvación no es sólo la reparación de la naturaleza original. Es una nueva naturaleza, creada por Dios, en justicia y verdadera santidad. La regeneración no es ni siquiera un cambio de naturaleza o corazón. Nacer de nuevo no es un cambio, es una regeneración, una nueva generación. Es un segundo nacimiento. «Os es necesario nacer de nuevo.»

En la vieja naturaleza no hay nada que Dios acepte. En ella no hay cosa buena. La vieja naturaleza es demasiado débil para seguir a Cristo. San Pablo dijo: «Y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis.»¹²³ «Los que están en la carne no pueden servir a Dios.» «¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas?»,¹²⁴ preguntó Santiago.

El viejo hombre se describe en Romanos: «Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Veneno de áspides hay debajo de sus labios; su boca está llena de maldición y de amargura. Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos... No hay temor de Dios delante de sus ojos.»¹²⁵

¿Cómo podrás reformar o cambiar gargantas, lenguas, labios, pies y ojos como éstos? Es imposible; Jesús, sabiendo que era imposible cambiar, remendar y reformar, dijo que se necesitaba un nacimiento totalmente nuevo. «Os es necesario nacer de nuevo.» Jesús dijo: «Lo que es nacido de la carne, carne es.» En otra ocasión dice la Biblia: «¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas?»¹²⁶ De nuevo, en Romanos, dice la Biblia: «Así que los

¹²⁰ **1ª Corintios 2:14**

¹²¹ **Isaías 1:6**

¹²² **S. Juan 3:7**

¹²³ **Gálatas 5:17**

¹²⁴ **Santiago 3:11-12**

¹²⁵ **Romanos 3:13-18**

¹²⁶ **Jeremías 13:23**

que están en la carne no pueden agradar a Dios.» «Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien.»¹²⁷ Habla también la Biblia de «la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.»¹²⁸

La vida que emana del nuevo nacimiento no se puede obtener por un desarrollo natural ni por esfuerzos personales. El hombre, por naturaleza, carece de esta santidad que Dios requiere para entrar en el cielo. Sólo en el nuevo nacimiento se halla el principio de tal vida. Para poder vivir la gracia de Dios, hemos de tener la naturaleza de Dios.

El asunto de recibir nueva vida es semejante a una moneda, que tiene su anverso y su reverso. El recibir nueva vida tiene un lado divino y otro humano. En nuestro capítulo sobre la conversión hemos visto el lado humano, lo que tú debes hacer. Ahora veremos lo que Dios hace.

El nacer de nuevo es en absoluto la obra del Espíritu Santo. No hay nada que puedas hacer para obtenerlo. La Biblia dice: «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.»¹²⁹ En otras palabras, tú no puedes nacer de sangre, o sea, no puedes recibir el nuevo nacimiento por herencia.

No puedes heredar el Cristianismo. Tal vez hayas tenido padres cristianos, pero eso no produce necesariamente un hijo cristiano. Tertuliano ya lo enseñó, en el siglo tercero, a la Iglesia primitiva.

No puedes nacer de la voluntad de la carne, dice la Escritura. En otras palabras, no hay nada que tú puedes hacer. Estás muerto. Un muerto no tiene vida para hacer ninguna cosa.

Tampoco puedes nacer de la voluntad del hombre. Este nuevo nacimiento no se puede producir por inventos o ardides humanos. Muchos piensan que al unirse a una iglesia, cumplir algún rito religioso, tomar buenas resoluciones en Año Nuevo, o dar una gran contribución a alguna institución de caridad, automáticamente nacen de nuevo. Todos estos actos son buenos, pero no producen el nuevo nacimiento.

Jesús nos dijo que nos es necesario nacer de nuevo. Ese verbo nacer es pasivo. Ningún hombre puede nacer por sí mismo. Nace pasivamente. El nuevo nacimiento es completamente ajeno a nuestra voluntad. Es decir, el nuevo nacimiento es una obra divina, nacemos de Dios.

Nicodemo no pudo entender cómo podría nacer la segunda vez. En su perplejidad preguntó dos veces: «¿Cómo?»

Aunque el nuevo nacimiento parezca misterioso, eso no significa que no sea verdad. No entendemos el misterio de la electricidad, pero sabemos que alumbra nuestras casas y hace funcionar nuestros televisores y radios. No entendemos cómo la oveja produce lana, la vaca pelo y el ave pluma, pero sabemos que lo hacen. No entendemos muchos misterios,

¹²⁷ **Romanos 7:18**

¹²⁸ **Hebreos 12:14.**

¹²⁹ **S. Juan 1:12-13**

pero aceptamos por fe el hecho de que en el momento en que nos arrepentimos del pecado, y por la fe volvemos a Jesucristo, somos nacidos de nuevo.

Es la infusión de la vida divina en el alma. Es la implantación o impartición de la naturaleza divina al alma, mediante la cual llegamos a ser hijos de Dios. Recibimos el hálito de Dios. Cristo, mediante el Espíritu Santo, mora en nuestro corazón. Somos unidos a Dios por la eternidad. Eso significa que si has nacido de nuevo, mientras Dios viva, vivirás; porque ahora participas de su misma vida.

Al nacer de nuevo, se obtienen varios resultados. Primero, tu visión y entendimiento se aumentarán. La Biblia dice: «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.»¹³⁰ De nuevo dice la Biblia: «Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento.»¹³¹ Cosas de que antes te burlabas como locura, ahora las aceptas por fe. Todo el proceso mental de tu vida cambia. Dios llega a ser el eje de tu pensamiento. Viene a ser el centro. El yo ha sido destronado.

Segundo, tu corazón experimenta una revolución. La Biblia dice: «Pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne.»¹³² Dios dice: «Y os daré corazón nuevo.»¹³³

Tus afectos han experimentado un cambio radical. Tu nueva naturaleza ama a Dios y las cosas que son de Dios. Amas lo más sublime y noble de la vida. Rehúsas lo vil y lo bajo. Inmediatamente tienes un nuevo concepto de los problemas sociales que te rodean. Tu corazón late compasivamente por los menos afortunados.

Tercero, tu voluntad sufre una transformación completa. Tus decisiones son diferentes, tus motivos distintos, tus fines han cambiado. La Biblia dice: «Y el Dios de paz... os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo Él en vosotros lo que es agradable delante de Él.»¹³⁴

Esta nueva naturaleza que recibes de Dios se sujeta a la voluntad de Él. Y querrás hacer solamente su voluntad. Estás completamente y totalmente dedicado a Él. Existe una nueva determinación, inclinación, disposición, un nuevo principio de vivir y nuevos deseos. Procuras glorificar a Dios. Buscas el compañerismo con otros cristianos en la iglesia. Amas la Biblia, te gusta pasar tiempo en oración con Dios. Ha cambiado toda tu disposición. Antes tu vida estaba llena de incredulidad, el origen y la base de todo pecado, dudabas de Dios; ahora crees y posees mayor confianza y fe en Él, y en su Palabra.

El orgullo era el mismo centro de tu vida. Tenías pensamientos ambiciosos acerca de ti mismo, de tus poderes, deseos y propósitos; ahora todo esto comienza a cambiar. Había odio en tu vida; la envidia, el descontento y la malicia dominaban tus pensamientos hacia otros. Esto también ha cambiado.

¹³⁰ **2ª Corintios 4:6.**

¹³¹ **Efesios 1:18.**

¹³² **Ezequiel 36:26**

¹³³ **Ezequiel 36:26**

¹³⁴ **Hebreos 13:20-21**

Fácilmente podías mentir. En tus pensamientos, palabras y acciones había muchas falsedades e hipocresías. Ahora todo está cambiado. Te rendías al deseo de la carne, ahora has cambiado. Has nacido de nuevo. Posiblemente caerás en algunas de estas trampas que el diablo pone para ti, pero inmediatamente tendrás tristeza, confesarás tus pecados y pedirás perdón, porque has nacido de nuevo. Tu misma naturaleza ha cambiado.

Hay un viejo cuento acerca de un puerco y un cordero. Un campesino llevó un puerco a su casa. Le bañó, le aseó las patas, le roció con un perfume muy fino, le puso una cinta en el cuello y le llevó a la sala. El puerco tenía un aspecto magnífico. Estaba tan limpio y fresco que parecía que se hubiese reconciliado con la sociedad. Durante algunos momentos fue un compañero muy agradable. Pero tan pronto como se abrió la puerta, el puerco salió de la sala y se metió en el primer lodazal que encontró. ¿Por qué? Porque todavía era puerco. Su naturaleza no había cambiado. Había un cambio exterior, pero el interior era el mismo.

Considera el cordero, por otro lado. Coloca al cordero en la sala y mándalo al patio; hará lo posible por evitar todos los charcos. ¿Por qué? Porque su naturaleza es la del cordero.

Puedes vestir muy bien a un hombre y situarlo en primera fila en la iglesia, y casi parece un santo. Podría engañar algún tiempo a sus amigos; pero ponle en su despacho, en su casa o en el club el sábado por la noche, y te darás cuenta de que manifestará su verdadera naturaleza. ¿Por qué se porta así? Porque no ha cambiado de naturaleza. No ha nacido de nuevo.

Ahora bien, en el momento en que recibes el nuevo nacimiento, en el momento en que naces de nuevo, en el momento en que recibes esta participación divina de una nueva naturaleza, estás justificado ante Dios. La justificación significa lo mismo que si nunca hubieras pecado. La justificación es ese acto de Dios por el cual declara que el hombre impío es perfecto, aunque todavía sea impío. Dios te mira entonces como si nunca hubieras pecado.

Dice San Pablo: «¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.»¹³⁵ Tus pecados han sido perdonados. Dios los ha arrojado a las profundidades del mar, los ha echado lejos de su faz y los ha olvidado. Todo pecado está borrado completamente. Estás ante Dios como un deudor que ha recibido su absolución y ha sido reconciliado con Dios. Antes eras realmente enemigo de Dios. La Biblia dice: «Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación.»¹³⁶

Pero aún más que todo esto, has sido adoptado en la familia de Dios. Ya eres hijo de Él. «Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad.»¹³⁷ Ahora perteneces a la familia real del cielo. Llevas en tus venas sangre real. Eres hijo del Rey. Una nueva luz brilla en tus ojos, nuevo vigor en

¹³⁵ **Romanos 8:33**

¹³⁶ **2ª Corintios 5:18**

¹³⁷ **Efesios 1:5**

tu paso y una sonrisa en la cara. Tus amigos notan el cambio que se ha realizado en tu vida. Ahora has nacido de nuevo.

¿Cómo sabrás si has nacido o no de nuevo?

Tan pronto como nazcas de nuevo se efectuarán ciertos cambios. Primero, tendrás una actitud distinta hacia el pecado. Aprenderás a aborrecer el mal, como Dios lo aborrece. Lo oirás y te dará repugnancia.

En Houston, Texas, un individuo nació de nuevo en una de nuestras reuniones. Era dueño de una tienda de licores. A la mañana siguiente puso en la puerta de su establecimiento este letrero: «Cerrado».

Hace tiempo supe de otra persona que había nacido de nuevo en un culto de evangelización. Era conocido como el borracho de la ciudad. Le llamaban Viejo Juan. A la mañana siguiente, alguien le habló en la calle: «Buenos días, Viejo Juan.»

El contestó: «¿A quién habla usted? Mi nombre no es Viejo Juan. Soy Juan "el Nuevo".» Se había verificado en su vida una transformación completa.

Segundo, sabrás que has nacido de nuevo porque querrás obedecer a Dios. «Y en eso sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos.»¹³⁸

Tercero, te separarás del mundo. La Biblia dice: «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.»¹³⁹

Cuarto, habrá en tu corazón un nuevo amor para otras personas. La Biblia dice: «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos.»¹⁴⁰

Quinto, no practicamos el pecado. La Biblia dice: «Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado.»¹⁴¹

Se cuenta en Texas de un hombre que cada mañana solía atar su caballo enfrente de la taberna. Una mañana el tabernero salió y vio que el caballo estaba atado frente a la iglesia metodista. Vio al hombre por la calle y le gritó: «Oye, ¿por qué estaba atado tu caballo frente a la Iglesia esta mañana?»

El hombre se volvió y respondió: «Anoche fui convertido, durante los cultos de avivamiento, y he cambiado el lugar donde atar a mi caballo.»

Eso es lo que significa nacer de nuevo, convertirse. Significa que has cambiado el lugar donde atar a tu caballo.

¹³⁸ 1ª S. Juan 2:3

¹³⁹ 1ª S. Juan 2:15

¹⁴⁰ 1ª S. Juan 3:14

¹⁴¹ 1ª S. Juan 5:18

XII. CERTIDUMBRE

«Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios.»

1ª S. Juan 5:13

Todas las semanas recibo muchas cartas de personas que abrigan dudas e incertidumbres sobre la vida cristiana. Muchas proceden de cristianos verdaderos que parecen no tener nada de gozo, ni de la seguridad de la nueva vida en Cristo, porque no han logrado entender una verdad básica de la experiencia cristiana.

Emplearemos este capítulo para resumir esta experiencia. Hemos considerado ya lo que significa arrepentirse, tener fe y nacer de nuevo. Ahora bien, ¿cómo poder estar seguro de que todo esto nos ha sucedido? Muchas personas con quienes hablo, se han arrepentido, han creído y han nacido de nuevo, pero, a menudo, les falta la certidumbre de su conversión. Repasemos algunas cosas de las que hemos aprendido. Primeramente, el hacerse cristiano puede ser una experiencia de crisis en tu vida, o puede ser un proceso con un clímax momentáneo, del cual se puede o no estar consciente.

No me interpretes mal. No te haces cristiano como resultado de un proceso educativo. Hace algunos años dijo un gran predicador: «Tenemos que educar a nuestros jóvenes en el camino cristiano, de tal manera que nunca sepan cuándo no fueron cristianos.» Mucha de la filosofía de la educación religiosa ha tenido como base esta premisa y quizá muchos no hayan penetrado en la médula de la experiencia cristiana porque sustituyera a ésta la enseñanza religiosa. Al principio del siglo, el profesor Sarbuck, eminente pensador en el campo de la psicología, observó que los obreros cristianos eran escogidos, generalmente, entre los que habían tenido una experiencia vital de su conversión. Observó también que los que tenían un claro concepto de lo que significa la conversión, habían venido, en su mayoría, de poblaciones rurales donde, en años anteriores, había poca o ninguna enseñanza religiosa cuidadosamente preparada.

Esto no es una crítica a la enseñanza religiosa, pero se puede considerar como crítica del uso falso e impropio de la enseñanza religiosa que pasa a ser un sustitutivo de la experiencia del nuevo nacimiento.

A uno de los hombres más religiosos de su tiempo, Jesús dijo: «El que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios.»¹⁴² Nicodemo no podía sustituir su profundo conocimiento religioso por el renacimiento espiritual, y en nuestra generación no hemos progresado más allá de este punto.

La fea larva, en su capullo, pasa mucho tiempo en su desarrollo y cambio casi indescriptible; mas no importa cuán lento sea ese desarrollo, llegará el instante de crisis cuando surja una bella mariposa. Las semanas del desarrollo silencioso son importantes, pero no pueden ocupar el lugar de esa experiencia en que lo viejo y lo feo quedan atrás y empieza a existir lo nuevo y lo hermoso.

¹⁴² S. Juan 3:3

Es verdad que miles de cristianos no saben el día o la hora exactos en que conocieron a Cristo. Su fe y su vida testifican que, consciente o inconscientemente, se han convertido a Él. Sin embargo, ésta es más la excepción que la regla. Puedan o no recordarlo, siempre hubo un momento en que atravesaron la línea de la muerte a la vida.

En su experiencia religiosa, probablemente todos han tenido dudas e incertidumbres de vez en cuando. Cuando Moisés subió al Monte Sinaí para recibir las Tablas de la Ley de las manos de Dios, durante algún tiempo se perdió a la vista de los hebreos que esperaban ansiosamente su regreso. Por fin comenzaron a dudar, y dijeron entre sí: «A este Moisés, aquel varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido.» Su apostasía era el resultado de sus dudas e incertidumbre.

Esta incertidumbre terrible que se posesiona de los corazones de las multitudes, emana del concepto falso de lo que constituye una verdadera experiencia religiosa. Muchos parecen no entender la naturaleza de la experiencia cristiana, mientras otros han sido mal informados y buscan algo que las Escrituras no autorizan a esperar.

Más de trescientas veces se menciona la palabra fe en el Nuevo Testamento en relación con la salvación del hombre, y otras tantas se alude a ella. El autor de la Carta a los Hebreos dice: «Es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardónador de los que le buscan.» Y otra vez dice: «Sin fe es imposible agradar a Dios.»¹⁴³

Por haber confundido la fe con el sentimentalismo es por lo que muchos cristianos experimentan dificultades e incertidumbres en nuestros días.

La fe siempre reclama un objeto, es decir, cuando creemos es menester creer algo. Ese algo lo llamo el hecho. Permíteme mencionar, entonces, tres palabras que siempre tienen que estar en el mismo orden y nunca invertidas. Estas señalarán el camino que te lleve de la incertidumbre hacia una confiada vida cristiana. Estas tres palabras son: hecho, fe y sensación. Suceden en ese orden, y ese orden es esencial. Si las confundes, eliminas una o añades otra, te meterás en un atolladero, y seguirás a tientas en semioscuridad, sin el gozo y sin la confianza de quien puede decir: «Yo sé a quién he creído.»¹⁴⁴

Sí, en verdad, eres salvo del pecado, eres salvo mediante una fe personal en el Evangelio de Cristo, como se define en las Escrituras. Aunque al principio el camino te parezca dogmático y estrecho, el hecho es que no hay otro. La Biblia dice: «Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo fue muerto por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras».¹⁴⁵ También dice que somos salvos cuando nuestra fe se enfoca en esta verdad subjetiva. La obra de Cristo es un hecho, y también lo es su cruz, su tumba y su resurrección.

Es imposible creer en algo para hacerlo existir. El evangelio no empezó a existir porque los hombres lo creyeran. La tumba no quedó vacía de su ocupante esa primera

¹⁴³ **Hebreos 11:6**

¹⁴⁴ **2ª Timoteo 1:12**

¹⁴⁵ **1ª Corintios 15:3-4**

Pascua de Resurrección sólo porque unas personas fieles lo creyeran. El hecho siempre antecede a la fe. Somos psicológicamente incapaces de creer sin tener algún objeto para nuestra fe.

La Biblia no te pide que creas algo inverosímil, sino que creas en el hecho histórico que trasciende a toda historia. La Biblia te pide que creas que esta obra de Cristo, efectuada por el pecado y en favor de los pecadores, es eficaz para todos los que le confían sus almas. El confiar en Él para tu salvación eterna, es confiar en un hecho.

La fe es la segunda palabra en nuestro orden. La fe es racionalmente imposible cuando no hay nada que creer. Es menester que la fe tenga un objeto. El objeto de la fe cristiana es Cristo. La fe significa más que el asentimiento intelectual a las exigencias de Cristo. La fe involucra la voluntad; es voluntaria. La fe requiere acción. Si creemos en verdad, entonces viviremos. La fe sin obras es muerta. La fe significa el reconocimiento del pecado y la vuelta a Cristo. No conocemos a Cristo mediante los cinco sentidos físicos, pero sí le conocemos por un sexto sentido que Dios ha dado a todo hombre: la capacidad de creer.

La sensación es la última de las tres palabras, y es necesario que quede en último término en tus pensamientos. Creo que mucha de la inquietud religiosa e incertidumbre se debe a que los diligentes y sinceros buscadores de la salvación tienen la idea predeterminada de que hay que pasar por un estado emocional antes de obtener la salvación.

Los que buscan la salvación tal como se presenta en las Escrituras, querrán saber qué cosa van a experimentar de acuerdo con la propia Biblia. Hablo ahora a los que repetidas veces han ido al altar o a una capilla, o quizá se han arrodillado junto a la radio o el televisor al oír la invitación para aceptar a Cristo. Tú has oído el mensaje, sabes que eres pecador y que tienes necesidad del Salvador, has reconocido que tu vida es un fracaso espiritual, has probado todo plan forjado por los hombres para mejorar o reformarte, pero te ha salido mal. En tu condición perdida y desesperada, miraste a Cristo para encontrar la salvación. Creíste que Él podía salvarte. Muchas veces has leído su invitación a los pecadores, cuando dice: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.»¹⁴⁶ Has leído la promesa que dice: «Al que a mí viene, no le echo fuera.» Has escuchado sus palabras: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.»¹⁴⁷

Al leer cuidadosamente el Nuevo Testamento para saber con exactitud qué clase de experiencias puedes esperar, encuentro que sólo hay una, una sola experiencia es la que te aguarda, un solo sentimiento con el que puedes contar. Esta es la experiencia de la fe. El creer es una experiencia tan real como otra cualquiera, y, sin embargo, muchos buscan algo más, alguna sensación dramática que ocasione estremecimientos, mientras otros buscan algo espectacular. A muchos se les ha insinuado que busquen tales sensaciones, pero la Biblia dice que el hombre es «justificado por la fe» y no por ninguna sensación o emoción.

¹⁴⁶ S. Mateo 11:28

¹⁴⁷ S. Juan 6:37

El hombre es salvo mediante la confianza en la obra consumada de Cristo en la cruz, y no por la excitación física ni el éxtasis religioso.

Pero me dirás: «¿Dónde está la sensación? ¿No hay lugar en la fe salvadora para ninguna sensación?» Seguramente que sí, pero no somos salvos por la sensación. Cualquiera sensación que haya es sólo el resultado de la fe salvadora, pero en sí no salva.

Cuando comprendo algo del amor de Cristo para mí, pecador, respondo con amor para Él, y el amor tiene sensación. Pero el amor a Cristo es un amor muy superior a las manifestaciones emotivas del amor humano. Es un amor completamente despojado de intereses personales. La Biblia dice: «El perfecto amor echa fuera el temor.»¹⁴⁸ Y los que aman a Cristo tienen esa confianza en Él, que les coloca por encima de todo temor.

Cuando llego a comprender que Cristo, por su expiación, ganó una victoria decisiva sobre la muerte y el pecado, entonces pierdo el temor a la muerte. La Biblia dice que «Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre».¹⁴⁹ Esto también es una sensación. El temor es una sensación, y el vencerlo, mediante el arrojo y la confianza ante la muerte, ocasiona sensación y emoción. Pero afirmo que no es la sensación de intrepidez ni de confianza lo que nos salva, sino nuestra fe; y la intrepidez y la confianza son el resultado de haber confiado en Cristo.

El sentir culpa en la conciencia es una experiencia. Los psicólogos la definen como complejo de culpa y tratan de quitar la sensación de culpa, mediante el raciocinio. Pero, una vez aguijoneada la conciencia por medio de la ley divina, despertará, y ninguna explicación o razonamiento calmará la conciencia. Muchos criminales se han entregado a las autoridades porque los remordimientos de la conciencia eran peores que las rejas de la prisión.

La Biblia enseña que Cristo limpia la conciencia. Dice: «Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y la ceniza de la becerra, rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?»¹⁵⁰

El tener una conciencia libre de culpa y el vernos libres de sus constantes acusaciones, es una experiencia; pero no es la limpieza de la conciencia lo que te salva, sino la fe en Cristo. La conciencia limpia es el resultado de haber entrado en buenas relaciones con Dios.

El gozo es una sensación. La paz interior es una sensación. El amor a los demás es una sensación. La compasión por los perdidos es también una sensación.

Pero alguien objetará: «Creo los hechos históricos del evangelio, pero todavía no soy salvo.» Tal vez sea así, ya que la fe que salva tiene una cualidad distintiva. La fe salvadora

¹⁴⁸ **1^a S. Juan 4:18**

¹⁴⁹ **Hebreos 2:14-15**

¹⁵⁰ **Hebreos 9:13-14.**

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

produce obediencia y genera una vida nueva. Algunos podrán durante algún tiempo imitar esta nueva vida. Mas para los que confían en Cristo para su salvación, dicha fe ocasiona en ellos el deseo de actuar visiblemente bajo los impulsos de la fe. Es un poder que da como resultado una vida de santidad y sumisión.

Deja que esa fe intelectual, esa fe histórica que ahora tienes, te conduzca a Cristo mediante una entrega completa, deseando ardientemente la salvación, para que, conforme a la Palabra de Dios, llegues a ser un hijo de Él. «Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.»¹⁵¹

¹⁵¹ S. Juan 1:12.

TERCERA PARTE: LOS RESULTADOS

XIII. LOS ENEMIGOS DEL CRISTIANO

«Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.»

Efesios 6:12

Cuando has tomado tu decisión, cuando has nacido de nuevo, cuando has sido convertido, cuando has sido justificado, cuando te has hecho hijo de Dios, ¿qué más tienes que hacer? ¿Será eso todo? ¿Sólo un momento de decisión y ya terminó todo? ¿No tengo más responsabilidades?

¡Ah!, sí. Sólo has principado la vida cristiana; acabas de nacer en un mundo nuevo, el mundo espiritual. Todo es enteramente nuevo. Realmente eres un niño espiritual. Necesitas que te traten con ternura, amor, cuidado y disciplina. Tienes que ser alimentado. Necesitas protección. Esta es una de las razones por las que Cristo estableció la Iglesia. De ninguna manera podrías vivir solo la vida cristiana. Es menester que disfrutes de ayuda y compañerismo.

Posiblemente habrás visto que tienes enemigos. Estos son enemigos peligrosos y temibles que emplearán cualquier medio para derrotarte. A los pocos minutos después de tomar tu determinación, encontraste que ya te acechaban estos enemigos, ya para tentarte a cometer un pecado, o bien para hacerte pasar un momento de depresión y de desaliento. Admito que todo es bello y emocionante después de aceptar a Cristo. Pero también es natural abrigar dudas y tener problemas, tentaciones, desilusiones y dificultades.

La Biblia enseña que, mientras vivas, tendrás tres enemigos que te harán la guerra. Debes estar preparado; es necesario que sepas defenderte.

Consideremos, pues, estos enemigos que habrán de atacarnos. Desenmascáremoslos y veremos cómo son, quiénes son y cómo se presentan.

Primero, el diablo. Notamos que el diablo es un ser poderoso que se opone a Dios y tienta al pueblo de Dios. Nos hemos enterado de que aunque fue derrotado en la cruz por Cristo, tiene aún poder para influir sobre los hombres, para mal. La Biblia le llama «el maligno»,¹⁵² «el diablo»,¹⁵³ «homicida»,¹⁵⁴ «mentiroso y padre de mentira»,¹⁵⁵ «un león que busca a quien devorar»,¹⁵⁶ «la serpiente antigua» y el «acusador de nuestros hermanos».¹⁵⁷

¹⁵² **S. Mateo 13:19**

¹⁵³ **S. Lucas 4:3**

¹⁵⁴ **S. Juan 8:44**

¹⁵⁵ **S. Juan 8:44**

¹⁵⁶ **1ª S. Pedro 5:8**

¹⁵⁷ **Apocalipsis 12:9-10**

En el momento en que te decidiste por Cristo, el diablo sufrió una tremenda derrota, y ahora está muy airado contigo. De aquí en adelante, va a tentarte y a procurar que peques. No debes alarmarte, pues no puede robarte la salvación, y no es necesario que te prive de tu seguridad y victoria. Hará todo lo que pueda para sembrar la semilla de la duda en tu mente. Te hará dudar de la realidad de tu conversión. No puedes alegar o discutir con él, pues es el más grande polemista de todos los tiempos.

El momento de prueba se presentó con la primera tentación. No te confíes de tus sensaciones; ellas cambiarán como veleta ante los vientos. Su segundo ataque será tal vez el hacer que te sientas orgulloso e importante, el hacerte confiar en tus propias fuerzas, ambiciones y motivos. En otra ocasión, quizá ponga odio en tu corazón. Te tentará para hacerte hablar mal de otras personas, o para criticarlas. Llevará envidia, descontento y malicia a tu corazón. Y luego te impulsará a mentir, y fácilmente quedarás convencido de ser hipócrita. La mentira es uno de los peores pecados y puede cometerse en pensamiento, palabra o hecho. Todo lo que tenga como fin engañar a otra persona, es mentira. El diablo hará lo posible para hacer pecar a otros de entre los mismos cristianos. Si no tienes cuidado, te hallarás realmente al servicio del diablo. Él es poderoso, hábil, astuto, ladino y sutil. Es llamado el «dios de este siglo»,¹⁵⁸ «el príncipe de este mundo»¹⁵⁹ y «el príncipe de la potestad del aire».¹⁶⁰

¿Cómo podrás vencerlo? ¿Qué podrás hacer? ¿A dónde acudirás? ¿Hay medio para escapar de él?

«No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.»¹⁶¹

Dios dice en este versículo que ha provisto la salida. Recuerda que la tentación por parte del diablo no es evidencia de que Dios no aprueba tu vida. Es más bien una señal de que andas bien con Dios. La tentación no es pecado.

Recuerda también que Dios nunca tienta a sus hijos. Nunca hace que sus hijos duden. Todas las dudas y tentaciones vienen del diablo. Recuerda además que el diablo solamente puede tentar. Nunca puede obligarte a caer en la tentación. No te olvides de que Satanás fue derrotado por Cristo. Su poder es nulo en la vida de un cristiano.

Sin embargo, bajo ciertas condiciones, éstos llegan a ser problemas que perturban nuestra vida en los tiempos actuales. Muchos jóvenes me preguntan: «¿Será malo esto o aquello? ¿Será pecado esto o aquello?» Una pregunta que puedes, lector, hacerte sinceramente y con oración, resolverá el noventa por ciento de los problemas de esta naturaleza. Hazte esta pregunta cada vez que tengas dudas de cómo actuar: «¿Qué desearía Cristo que yo hiciese?» Otra pregunta puede ser: «¿Puedo pedir su bendición sobre esta empresa? ¿Qué pensaría Cristo de mis diversiones, recreos, lecturas, amigos y programas

¹⁵⁸ **2ª Corintios 4:4**

¹⁵⁹ **S. Juan 12:31**

¹⁶⁰ **Efesios 2:2**

¹⁶¹ **1ª Corintios 10:13**

de radio y televisión?» No podemos arbitrar o regatear aquí. Debemos declararnos partidarios por completo de Cristo.

Esto no significa que presumamos de este sentir, o que asumamos una actitud de superioridad, porque ello nos pondría en peligro de adquirir un orgullo espiritual, lo cual sería mucho peor que el ser mundano. Pero en nuestros días hay tantos que se llaman cristianos y se amoldan con el mundo de tal modo que no se nota la diferencia entre ellos y el pecador. Y esto no debe ser.

El cristiano debe brillar como un diamante en un fondo sombrío. Su santidad moral y su equilibrio deberán caracterizarle. Debería ser equilibrado, culto, cortés, amable, firme en las cosas que tiene o no tiene que hacer. Debería saber reír y ser alegre, pero no debe permitir que el mundo lo rebaje a su nivel.

La Biblia dice que «todo lo que no proviene de fe, es pecado»,¹⁶² y, otra vez, que el que duda, está condenado. En otras palabras, nunca debemos hacer nada que no esté perfectamente claro y diáfano. Si tenemos alguna duda con respecto a lo que nos perturba, sobre si es bueno o malo, lo mejor será no hacerlo.

El tercer enemigo con el que hemos de enfrentarnos es la codicia de la carne. La carne es esa tendencia mala de nuestro ser interior. Aun después de ser convertido, amigo lector, de vez en cuando volverán tus viejos y pecaminosos deseos. Te asustarás y te preguntarás: «¿De dónde vienen?» La Biblia enseña que la vieja naturaleza, con toda su corrupción, aún existe y que las tentaciones hacia el mal proceden de ella. En otras palabras: «un traidor vive dentro de ti». Esa inclinación perversa hacia el pecado, siempre está presente para arruinarte. ¡Se ha declarado en guerra! Ahora tienes dos naturalezas en conflicto, y cada una se esfuerza por obtener la victoria.

La Biblia enseña «que el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne».¹⁶³ Es la lucha entre la vida egocéntrica y la vida Cristocéntrica. Esta vieja naturaleza no puede agradar a Dios. No puede convertirse, ni siquiera reformarse. Gracias a Dios, cuando Jesús murió, nuestra vieja naturaleza fue crucificada con Él. Ahora podemos vernos «como muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús».¹⁶⁴ Por la fe, esto llega a ser una realidad.

No obstante, será necesario distinguir muy bien entre el uso y el abuso, entre lo que es lícito y lo que no lo es. Puede ser que algunas de estas cosas sean pecaminosas, o producto de la codicia. Habrá que estar siempre en guardia.

El doctor Thomas dice: «El significado original de la palabra codicia es un "deseo vehemente" y no necesariamente un deseo pecaminoso, puesto que hay ciertos apetitos de naturaleza meramente física, como el hambre y la sed, que pertenecen al reino animal y que en sí son naturales y no pecaminosos. Solamente su abuso es malo. El hambre es un deseo natural. La intemperancia es un deseo pecaminoso. La pereza es un pecado. El matrimonio está dentro del plan de Dios, y de acuerdo con las funciones de la vida humana, física,

¹⁶² Romanos 14:23

¹⁶³ Gálatas 5:17

¹⁶⁴ Romanos 6:11

mental y social. El adulterio es un pecado y se opone a la voluntad de Dios y a todo lo que es puro. Pero hay otros deseos de la carne que son de naturaleza sensual y pecaminosa. Como el deseo de saciar, a cualquier precio, nuestra sed de odio y de venganza. Por eso tenemos que establecer una diferencia entre el apetito o deseo natural, y la codicia, como deseo pecaminoso. Los pecados de la carne son los más terribles, porque representan las ansias naturales de hacer lo malo. Ni el diablo, ni el mundo, ni aun nuestro propio corazón, inclinado al mal, pueden obligarnos a pecar. Pecamos por decisión y voluntad propias, y es aquí donde entra en acción nuestra corrompida naturaleza con sus vehementes inclinaciones al mal.»

San Pablo dijo que no tenía confianza en la carne. En otra ocasión dijo: «No proveáis para las concupiscencias de la carne.»¹⁶⁵ Nuevamente aseguró: «Trato mi cuerpo severamente, y lo pongo en servidumbre.»¹⁶⁶ Debemos rendirnos y entregarnos tan completamente a Dios que podamos, por la fe, considerar a la vieja naturaleza como muerta al pecado.

Nuestros tres adversarios son, pues, el diablo, el mundo y la carne. Como cristianos, nuestra actitud hacia ellos puede expresarse en una palabra: renunciar. No puede hacer regateos, ni compromisos, ni vacilaciones. La renuncia absoluta es el único camino para que el cristiano alcance la victoria completa. Respecto al diablo, le resistiremos solamente cuando nos sometamos a Dios. Respecto al mundo, la Biblia dice: «Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.»¹⁶⁷ Respecto a la carne, la Biblia dice: «Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne.»¹⁶⁸

He aquí gloriosas nuevas para los que ya han estado luchando contra las tentaciones. No se les pide que luchen solos. La Biblia dice en Romanos 8:13 que por el Espíritu se deben mortificar las obras de la carne. Recordemos que Jesús prometió que nunca nos dejaría ni nos desampararía. Recordemos que Jesús nos aseguró que, al volver a su Padre, nos mandaría a Otro, a la Tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, el Consolador (que realmente significa «uno a nuestro lado que ayuda»), para que estuviese con nosotros para siempre.¹⁶⁹ En efecto, Jesús dijo: «No os dejaré solos. Vendré a vosotros. Vendré en la persona del Espíritu Santo.»

El Espíritu Santo es el Ser más poderoso hoy día en el mundo. La época del Antiguo Testamento fue la de Dios Padre. Durante el tiempo en que Jesús estuvo en la tierra, fue la época de Dios Hijo. Desde Pentecostés, vivimos en la época de Dios Espíritu Santo.

La Biblia dice que en el momento en que recibiste a Cristo como Salvador, el Espíritu Santo empezó a morar en tu corazón. Tu cuerpo es ahora «templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros».¹⁷⁰ San Pablo advirtió que si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de Él.

¹⁶⁵ Romanos 13:14 (versión hispanoamericana).

¹⁶⁶ 1ª Corintios 9:27 (versión hispanoamericana).

¹⁶⁷ 1ª S. Juan 5:4

¹⁶⁸ Calatas 5:16

¹⁶⁹ S. Juan 14:16

¹⁷⁰ 1ª Corintios 6:19

Dirás: «Pero no siento nada en mi corazón. No siento que el Espíritu de Dios está en mí.»

Olvida las sensaciones. No eres salvo por experimentar sensaciones, y puedes muy bien sentir la presencia del Espíritu, o no. Acéptalo, por fe, como un hecho. Ahora mismo vive en ti para magnificar, glorificar y exaltar a Cristo, para que puedas vivir una vida feliz, radiante, victoriosa, que honre a Cristo.

La Biblia manda que seamos «llenos del Espíritu».¹⁷¹ Si estás lleno del Espíritu, entonces manifestarás el fruto del Espíritu, que es «amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza».¹⁷² El ser lleno del Espíritu no es opcional. Es un imperativo, es un deber ineludible.

¿Cómo se sabe si uno está lleno? ¿Y cómo se puede estar lleno? ¿Hay alguna experiencia emocional por la que haya de pasarse? No. Cuando estés enteramente purificado de todo pecado conocido, y en completa sumisión a Cristo, entonces pueden aceptar por fe el hecho de que estás lleno del Espíritu Santo. Eso significa que Él puede ser dueño de todo lo que hay en ti. Nada llenará tu corazón, sino Él. La consagración será completa, la rendición total, absoluta, incondicional e irrevocable. «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.»¹⁷³

Únicamente el cristiano consagrado y lleno del Espíritu puede alcanzar la victoria sobre el mundo, el demonio y la carne. El Espíritu Santo es quien lucha en tu lugar. «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne; sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas.»¹⁷⁴ Esta es guerra espiritual. No puedes luchar contra esos tres enemigos con las armas usuales. En la medida en que seamos canales y permitamos que el Espíritu Santo luche por medio de nosotros, obtendremos la victoria completa. No retengas nada, sino entrega todo a Cristo. Déjale ser completamente el Señor y Maestro de tu vida. Él dijo: «Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy.»¹⁷⁵

Un niño jugaba un día con un florero muy costoso, metió la mano en él y luego no pudo sacarla. Su padre hizo lo posible para ayudarle, pero en vano. Pensaban en romper el florero, cuando el padre dijo: «Ahora, hijito, prueba una vez más. Abre tu mano y extiende los dedos, e intenta sacar la mano.»

Ante su asombro, el pequeño dijo: «Ah, no, papá. No puedo extender los dedos, porque si lo hago, soltaré mi moneda.»

Ríete, lector, si quieres, pero miles de nosotros hacemos lo que este niño; nos aferramos tanto a las despreciables monedas de este mundo, que no podemos aceptar la liberación. Te ruego, pues, que dejes caer esa moneda de tu corazón. ¡Ríndete! Permite que Dios cumpla su voluntad en tu vida.

¹⁷¹ Efesios 5:18

¹⁷² Gálatas 5:22-23

¹⁷³ Romanos 12:1

¹⁷⁴ Efesios 6:12

¹⁷⁵ S. Juan 13:13

Después de rendirte completamente a Cristo en sinceridad de corazón, recuerda que Dios ha tomado en serio tu rendición. También en esto caminamos por fe. «Al que a mí viene, no le echo fuera.» Tú acudiste a Él, y Él te recibió. Como resultado de una vida enteramente rendida, consagrada y dirigida por el Espíritu Santo, disfrutarás de un valor y de una seguridad como jamás habías conocido.

El cristiano lleno del Espíritu teme solamente a Dios, no tiene otro temor. Todo temor se disipará en el acto. Tendrá valor y arrojo sobrenaturales para tomar el partido de Cristo. Si lees el libro de los Hechos, verás que los apóstoles, llenos del Espíritu, muchas veces usaron la palabra seguridad.

No sólo tendrás confianza, sino también manifestarás el fruto del Espíritu. Y recuerda que estos frutos son del Espíritu. Tú mismo no puedes producirlos. Son frutos sobrenaturales que caracterizarán tu vida espontáneamente, y se producen de manera sobrenatural. Habrá amor. El gran mandamiento que Jesús nos dejó es: «Que os améis unos a los otros, como yo os he amado.»¹⁷⁶ Amarás a tus prójimos con un amor sobrenatural, no teniendo en cuenta ni raza, ni credo, ni filiación política. Cesarán la amargura, la contienda y la envidia, y prevalecerá el amor fraternal.

Habrá gozo. Una de las características del cristiano es su gozo interior. No importa cuáles sean las circunstancias, tendrás el corazón gozoso y el rostro radiante. Muchos cristianos andan con el rostro decaído. Esto no glorifica a Dios. Al encontrarse con un cristiano, es fácil saber si es un cristiano victorioso, espiritual y rendido. El verdadero cristiano debe estar radiante, capaz de iluminar y no de ensombrecer el ambiente en que vive. La Biblia dice: «El gozo del Eterno es vuestra fuerza.»¹⁷⁷

Habrá paz. San Pablo dijo: «Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos.»¹⁷⁸ Podríamos seguir enumerando lo sobrenatural, como paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza, que son los frutos que adornan la vida de aquellos verdaderamente consagrados al Señor y llenos del Espíritu.

La victoria es tuya. ¡Echa, pues, mano de ella! Es la herencia que te corresponde. No tienes razón para permitir en tu vida una sola derrota. Puedes vivir gloriosamente. Lo mejor te pertenece. La vida puede ser una aventura magnífica, gloriosa y emocionante. Querrás disfrutar de cada minuto. Tal vez deploras el tener que acostarte temprano, bendecirás ciertamente el momento de levantarte, porque cada nuevo día has de vivir para Cristo. ¡Cada día será maravilloso y grande, lleno de oportunidades para servir, lleno de momentos que pasar con Dios! ¡Vivirás lleno del conocimiento de que estás para siempre en seguridad con Jesús!

¹⁷⁶ **S. Juan 15:12**

¹⁷⁷ **Nehemías 8:10.**

¹⁷⁸ **2ª Corintios 4:8-9**

XIV. LAS REGLAS DE LA VIDA CRISTIANA

«Y como queréis que os hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos.»

S. Lucas 6:31

El que toma parte en un deporte, conduce un automóvil o hace un pastel, sabe que es necesario obedecer ciertas reglas, si quiere tener éxito.

La Biblia enseña que la vida cristiana es una vida de crecimiento constante. Cuando naces de nuevo, naces en el mundo espiritual. Llegas a ser un niño en la familia de Dios. El propósito de Dios es que crezcas hasta tener tu completa estatura y madurez en Cristo. Sería contra la ley de Dios y contra la Naturaleza si permanecieras niño toda la vida, tanto física como espiritualmente. En 2.^a San Pedro 3:18 la Biblia dice que debemos crecer. Esto implica un desarrollo continuo y un crecimiento constante, tanto físico como intelectual.

Para crecer adecuadamente y gozar de buena salud espiritual, habrá que observar ciertas reglas. Primera: Debes leer la Biblia diariamente. Tu vida espiritual necesita alimento espiritual. ¿Dónde se halla este alimento? En la Biblia, la Palabra de Dios. La Biblia revela a Cristo, el cual es el Pan de Vida para tu alma hambrienta, y el agua de vida para tu corazón sediento. Si dejas de participar diariamente de esta comida espiritual, morirás de hambre y perderás tu vigor espiritual. La Biblia dice: «Desead... la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación.»¹⁷⁹ Lee tu Biblia, estúdiala, medítala y aprende de memoria sus pasajes. El noventa y cinco por ciento de las dificultades que experimentarás como cristiano son la consecuencia de una falta de lectura y de estudio de la Palabra de Dios.

No te conformes con la lectura rápida de un capítulo, sólo para aquietar la conciencia. Atesora la Palabra de Dios en tu corazón. Una porción pequeña bien asimilada, es de más valor espiritual para tu alma que una larga porción leída apresuradamente. No te desalientes porque no puedas entenderlo todo. Lee primeramente las partes sencillas de la Biblia. Al niño recién nacido no se le da un bistec, se le da leche.

Te sugiero que empieces la lectura por el Evangelio según San Juan. Mientras lees, el Espíritu Santo te iluminará los pasajes. Aclarará las palabras difíciles y esclarecerá los significados oscuros. Aunque no puedas recordar todo lo que hayas leído, o entenderlo todo, sigue leyendo. La misma práctica de la lectura en sí tendrá un resultado purificador en tu mente y en tu corazón. ¡Que nada ocupe el lugar de esta práctica diaria!

Segunda: Aprende el secreto de la oración. Ahora tienes un Padre Celestial que oye y contesta la oración. Jesús dijo: «Si algo pidiereis en mi nombre, yo lo haré.»¹⁸⁰ Y de nuevo: «Y todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis.»¹⁸¹ Cada hombre que ha sido útil en la Iglesia o en el Reino de Dios, ha sido un hombre de oración. No puedes estar tan

¹⁷⁹ **1^a S. Pedro 2:2**

¹⁸⁰ **S. Juan 14:14**

¹⁸¹ **S. Mateo 21:22**

ocupado que no tengas tiempo para orar. Un cristiano que no ora es un cristiano sin poder. Cristo pasó horas en oración. A veces pasó toda la noche en la montaña, en comunión con Dios, su Padre. Si Él tuvo que orar, ¿cuánto más necesitamos hacerlo nosotros?

Tus oraciones podrán ser débiles al principio. Quizá sean torpes e inarticuladas. Pero el Espíritu Santo, que vive dentro de ti, te ayudará y enseñará. Cada oración que haces será contestada. A veces la respuesta será un «No», otras veces será «Espera»; pero, de todos modos, recibirás contestación.

Tus peticiones deben estipular siempre el «hágase tu voluntad». «Deléitate asimismo en el Eterno, y Él te concederá las peticiones de tu corazón.»¹⁸² Pero el deleitarse en Él antecede al cumplimiento de nuestros deseos. Dios siempre hará lo mejor para sus hijos.

Recuerda que puedes orar en cualquier tiempo, en cualquier lugar. Mientras friegas los cacharros, cavas zanjas, trabajas en la oficina o en el taller, o juegas en el campo de deportes, ¡puedes orar y Dios contestará!

Sigue un sistema metódico de oración. La oración combinada con el estudio bíblico dará por resultado una vida cristiana completa y gloriosa. La Biblia dice: «Orad sin cesar.»¹⁸³ Si apartas ciertos períodos durante el día para orar, tu vida, inconscientemente, estará saturada del espíritu de oración. No es suficiente que al levantarte por las mañanas te arrodilles y repitas varias palabras o frases de oración. Necesitas dedicar períodos regulares para estar a solas con Dios.

El diablo se opondrá a ti a cada paso. Hará que el niño llore, que el teléfono suene, que alguien llame a tu puerta. Habrá muchas interrupciones, ¡pero sigue orando! No te desanimes. Pronto descubrirás que estos períodos de oración son el deleite más grande de tu vida. Los desearás más que cualquier otra cosa. Sin la oración constante no conocerás nunca aquella paz interior que Dios desea darte.

Tercera: Confía constantemente en el Espíritu Santo. Recuerda que Cristo mora en ti mediante el Espíritu Santo. Tu cuerpo es ahora la morada de la Tercera Persona de la Trinidad. No le pidas que te ayude como se pide a un criado. Suplícale que entre y que lo haga todo. Pídele que reine en tu vida. Hazte a un lado y permite que Él escoja y decida lo que te conviene.

Es imposible que te mantengas firme en tu vida cristiana, pero Él puede sostenerte. Si tú te opones y resistes, le será muy difícil ayudarte. Descansa en el Señor, deja todos esos complejos y tensiones internas. Confía completamente en Él. No te preocupes por decisiones importantes. Deja que Él las tome en tu lugar. No te inquietes por el mañana. Él es el Dios del mañana. Él ve el fin desde el principio. No te atormentes por las necesidades de la vida. Él proveerá. Un cristiano verdadero y victorioso estará libre de preocupaciones, conflictos interiores y tensiones. Con seguridad perfecta en el Espíritu Santo, hallarás que muchas de tus dolencias físicas y morales desaparecerán.

Cuarta: Asiste a la iglesia con regularidad. Juan Wesley dijo en una ocasión: «La Biblia no predica una religión para solitarios.» El Cristianismo es una religión de compa-

¹⁸² Salmo 37:4

¹⁸³ 1ª Tesalonicenses 5:17

ñerismo. El seguir a Cristo significa amor, justicia y servicio, y esto se efectúa y se expresa sólo mediante relaciones sociales. Estas relaciones sociales se encuentran en la iglesia.

La Iglesia es la institución de Cristo en la tierra. Es el lugar donde adoramos a Dios, aprendemos su Palabra y tenemos compañerismo con otros cristianos. La Biblia llama a la Iglesia «gente santa», «el pueblo de Dios», «domésticos de Dios», «un templo santo en el Señor», «la morada de Dios en el Espíritu» y «el cuerpo de Cristo». Todas estas expresiones son símbolos o imágenes que demuestran la realidad espiritual de la Iglesia.

Nada puede sustituir el asistir a la Iglesia. Si tú eres un verdadero discípulo de Cristo, no presentarás excusas de que hace calor, o de que llueve o nieva, porque esto es indigno de un cristiano. Hay muchas personas que dicen que pueden quedarse en casa el domingo por la mañana y adorar a Dios en su espíritu. La persona que hace esto no rinde a Dios la adoración completa, a la cual Él tiene derecho, pues Dios es Creador tanto de nuestros cuerpos como de nuestros espíritus; por tanto, el espíritu y el cuerpo deben participar en el acto de adoración a Dios.

Hay muchos que dicen que pueden quedarse en casa y escuchar un sermón por la radio en vez de asistir a la iglesia. Eso no es suficiente. Tú no vas a la iglesia para escuchar un sermón. Vas allí para adorar a Dios y para servirle en la comunión con otros cristianos. No puedes ser un cristiano victorioso y feliz sin ser fiel a la Iglesia. En ella encontrarás tu lugar de servicio. Somos salvos para servir. El cristiano feliz es el cristiano activo.

Quinta: Sé un cristiano de testimonio. Si fielmente practicas estas cuatro reglas, te seguirá, naturalmente, una vida plena, rebosará tu copa.

Ya que fuiste llamado y comisionado como embajador del Rey de reyes, tu bandera debe ondear bien alto sobre tu embajada. Supongamos que nuestro embajador en Rusia ordenara que se arriara la bandera de los Estados Unidos de América porque no es popular en Rusia. ¡Pronto le habríamos de retirar de allí! No merecería representar a los Estados Unidos.

Si no estás dispuesto a izar tu bandera en casa, en la oficina, en el taller o en la escuela, entonces no mereces ser embajador de Cristo. Debes aclarar tu posición y dar a conocer a tus prójimos que eres cristiano. Has de ser testigo de Cristo.

Testificamos de dos maneras: por la vida y por la palabra. Ninguna por sí sola será suficiente. El propósito que Dios tiene para ti y para mí, después de nuestra conversión, es que seamos testigos de su gracia y de su poder salvador. Tienes que ser para Cristo un soldado de primera línea, siempre dispuesto.

Cristo dijo: «Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.»¹⁸⁴ En Hechos 28:23 se presenta una escena conmovedora. San Pablo, encadenado en Roma, predicaba a Jesucristo desde la mañana hasta el anochecer. De cada uno de nosotros debiera decirse día tras día: «He aquí el sembrador salió a sembrar.»

El mensajero de Telégrafos tiene una obligación muy restringida. Su trabajo consiste en llevar al destinatario el mensaje que le entregan en la oficina. Quizá no le guste llevarlo.

¹⁸⁴ S. Mateo 10:32

PAZ CON DIOS (Billy Graham)

Puede contener malas o penosas noticias para la persona a quien va dirigido. No puede demorarse en el camino, abrir el sobre o cambiar el texto del telegrama. Su deber es llevar el mensaje.

Nosotros, como cristianos, tenemos la Palabra de Dios. Nuestro Gran Jefe ha dicho: «Id, y llevad el mensaje al mundo que perece.» Algunos lo descuidan. Algunos rompen el mensaje y lo sustituyen con otro que inventaron. Algunos quitan una parte. Otros dicen al pueblo que el Señor no se expresa con claridad. Otros dicen que realmente no escribió el mensaje, sino que fue escrito por hombres comunes que se equivocaron respecto a su significado.

Recordemos que el apóstol San Pablo exhortó, siglos ha, a los cristianos que enseñaran solamente la Palabra. Recordemos que estamos sembrando la semilla. Algunas semillas, en efecto, pueden caer en las veredas duras y otras entre las espinas, pero nuestro deber es seguir sembrando. No tenemos derecho a abandonar la siembra únicamente porque el terreno no nos parezca fértil.

Poseemos una luz. ¡Debemos permitir que brille! Aunque parezca sólo una vela de luz muy tenue, es nuestro deber dejar que brille.

Tocamos una trompeta. En el ruido y estrépito de la batalla parece que el sonido de nuestro débil instrumento se pierde, pero tenemos que seguir advirtiendo a los que están en peligro.

Estamos encendiendo una fogata. En este mundo frío, lleno de odios y de egoísmos, tal vez nuestra pequeña llama parezca inútil, pero tenemos que mantenerla ardiendo.

Estamos golpeando con un martillo. Aunque los golpes sólo parezcan producirnos ampollas, tenemos que seguir golpeando.

Empleamos una espada. Los primeros ataques de la espada pueden ser eludidos, y todos nuestros esfuerzos de herir al enemigo parecen fútiles, pero tenemos que seguir blandiendo la espada, ya que es «la espada del Espíritu».

Tenemos pan para el mundo hambriento. Puede ser que las gentes estén tan ocupadas comiendo otras cosas que no acepten el Pan de Vida, pero debemos seguir ofreciéndolo.

Poseemos agua para el pueblo que muere de sed, y tenemos que seguir clamando: «A todos los sedientos: Venid a las aguas.»

Tenemos que perseverar. Nunca debemos darnos por vencidos. ¡Sigamos predicando la Palabra!

Jesús dijo que mucha de la semilla caerá en buena tierra, crecerá y dará fruto. El fuego en tu corazón y en tus labios encenderá una llama sagrada en algunos corazones fríos y los llevará a Cristo. El martillo quebrantará algunos corazones duros, que, contritos, se entregarán a Dios. La espada penetrará la armadura del pecado y matará la satisfacción propia y el orgullo, y abrirá corazones al Espíritu de Dios. Algunos hombres y mujeres hambrientos aceptarán el Pan de Vida, y algunas almas sedientas beberán el agua de vida.

¡Sé un ganador de almas! La experiencia más conmovedora del hombre es ganar a otro para Jesucristo. Ha sido mi privilegio el llevar millares de personas al conocimiento salvador de Cristo. Nunca dejaré de conmoverme al ver a un hombre darme la mano y decir: «Acepto a su Cristo.» Eso vale más que todo el dinero del mundo. No hay felicidad,

ni experiencia, ni aventura romántica, que pueda compararse al gozo de ganar a una persona para Cristo. ¡Sé un ganador de almas! ¡Sé un testigo!

La Biblia dice: «El que gana almas es sabio.»¹⁸⁵ Y «los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad».¹⁸⁶

«Vosotros sois la sal de la tierra.»¹⁸⁷ La sal produce sed. ¿Tu vida es causa de que otros tengan sed del agua de vida?

Sexta: Que el amor sea la regla principal de tu vida. Jesús dijo a los que le seguían: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros.» En otro lugar de la Biblia hallamos la misma cosa declarada por San Juan: «Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.»¹⁸⁸

De todos los dones que Dios ofrece a sus hijos, el amor es el más grande. De todos los frutos del Espíritu Santo, el amor es el primero.

La Biblia declara que nosotros que seguimos a Cristo, debemos tener amor unos con otros, como Dios tuvo amor por nosotros cuando envió a su Hijo a morir en la cruz. La Biblia dice que en el momento en que acudimos a Cristo, Él nos da un amor sobrenatural, y que ese amor se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo. La demostración más clara de que somos cristianos es el hecho de amarnos los unos a los otros. Si aprendes este secreto de Dios en tu temprana experiencia cristiana, habrás avanzado hacia una vida cristiana madura y feliz.

Séptima: Sé un cristiano obediente. Concede a Cristo la prioridad en todas las decisiones de tu vida. Hazle Señor y Maestro. Deja que Él te guíe.

Octava: Aprende a resistir la tentación. Como sabemos, la tentación es natural. La tentación no es pecado. El rendirse a ella es pecado. Dios nunca te envía la tentación; pero Él permite que seas puesto a prueba. Es la obra del diablo. Reconócela tal como es. Una forma de resistir la tentación es citar un versículo bíblico contra el tentador, y siempre huirá, porque no puede soportar la Palabra de Dios.

Cuando Jesús fue tentado en el desierto, el único recurso que tenía era la Palabra de Dios. Dijo tres veces: «Escrito está.»

Si dices al diablo: «Así dice el Señor», huirá. Al mismo tiempo, permite que Cristo, por medio del Espíritu Santo, luche en tu lugar. Como la niña que dijo: «Cada vez que el diablo llama, envío a Jesús a que abra la puerta.»

¹⁸⁵ **Proverbios 11:30**

¹⁸⁶ **Daniel 12:3.**

¹⁸⁷ **S. Mateo 5:13**

¹⁸⁸ **1ª S. Juan 4:7-10.**

Todos tienen tentaciones, pero algunas personas las entretienen. Parece que les gusta ser tentados. Si persigues a un ratón con la escoba, notarás que el ratón no mira la escoba sino que busca un agujero. ¡Quita los ojos de la tentación y ponlos en Cristo!

Una vez pregunté a un militar qué prefería en el campo de batalla, si el valor militar o la obediencia. Contestó como un relámpago: «¡La obediencia!»

Dios prefiere tu obediencia a cualquier otra cosa. Para ser obediente tienes que conocer sus mandamientos. Es otra razón por la que necesitas leer y estudiar la Biblia. La Biblia es tu brújula y tu código. Obedece lo que Dios te dice.

Novena: Sé un cristiano equilibrado.

Bien se ha dicho que «algunos cristianos andan con los pensamientos tanto en el cielo, que no sirven para nada en la tierra.»

Seguramente que la Biblia enseña la separación del pecado, pero en ninguna parte que debemos ser extravagantes o anormales. Debemos ser radiantes. Debemos ser caballerosos, corteses, limpios de cuerpo, puros de mente, equilibrados y amables. Debemos huir, como de una serpiente venenosa, de la necia coquetería, de los chismes, de la conversación estúpida y de las diversiones malsanas. Nuestro aspecto debe ser nítido, limpio y atractivo, y tan a la moda como nos sea posible, y de buen gusto. Debemos evitar los extremos. Debemos esforzarnos por ser una recomendación del Evangelio a fin de hacerlo atractivo para otros. El doctor Barnhouse ha dicho acertadamente: «Los hombres pueden no leer el Evangelio encuadrado en piel, o en tela, pero no pueden evitar el Evangelio que anda y lleva calzado.»

Décima: Vive por encima de tus circunstancias. Dios te hizo tal como eres y te colocó dónde estás. Puedes servirle y glorificarle mejor tal como te encuentras. Algunas personas contemplan siempre el pasto al otro lado de la cerca porque piensan que es más verde. Pasan tanto tiempo deseando que las cosas fuesen distintas e inventando excusas porque no lo sean, que descuidan todas las ventajas y oportunidades que se presentan en el lugar donde están.

Sé como el apóstol San Pablo, cuando dijo: «Pero de ninguna cosa hago caso.»¹⁸⁹ San Pablo declaró haber aprendido a tener abundancia y a estar humillado. Supo ser cristiano equilibrado aun en la prisión. No permitas que las circunstancias te desanimen. Aprende a estar por encima de ellas.

Estas reglas y sugerencias parecen sencillas, pero obsérvalas, porque son provechosas. Han sido experimentadas en las vidas de millares de personas, y las he probado en mi propia vida. Observadas fielmente, te traerán la paz del alma, la felicidad, la tranquilidad de Espíritu, y habrás aprendido el secreto de vivir una vida que satisface.

¹⁸⁹ Hechos 20:24

XV. EL CRISTIANO Y LA IGLESIA

«En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.»

Efesios 2:22

El hombre es un ser social, gregario por naturaleza, y halla su más amplio sentido de seguridad y satisfacción en compañía de otros que participen de sus intereses y costumbres. De todos los grupos en que los seres humanos se han agrupado, de todos los clanes, tribus, organizaciones y sociedades a través de la historia, ninguna ha sido tan poderosa, tan extensa y universal como la Iglesia.

En los tiempos primitivos los hombres se juntaron para la mutua protección, y, mucho después, aprendieron a congregarse para el beneficio y el placer mutuos. Cuando la civilización inició su marcha, surgieron sociedades secretas, para dar a sus miembros un sentido de separación y así distinguirlos de los que no eran socios. Se formularon juramentos, ritos y códigos especiales, adjudicándoles gran significado.

Se establecieron grupos raciales y nacionales, limitando la entrada a los de común origen o de idéntica bandera, clubs campestres, agrupaciones universitarias, organizaciones militares. Todo esto, desde lo más encumbrado hasta lo más humilde, muestra la necesidad que tiene el hombre de encontrar fortaleza y seguridad en compañía de otros que aprueban su manera de vivir.

Sin embargo, en ninguna parte ha hallado el hombre esta fortaleza, seguridad y esta paz como en la iglesia, ya que todos los demás grupos son obviamente inspirados por el hombre, y marcan límites artificiales y ofrecen solamente la ilusión de protección; mientras que la iglesia brinda un organismo vivo y radiante que autogenera su propia fuerza, en vez de extraerla de fuentes extrañas.

La palabra iglesia es una transcripción de la palabra griega «ekklesia», que significa «los llamados o escogidos», o una asamblea de personas. Aunque iglesia pronto llegó a ser una palabra distintivamente cristiana, tiene su historia precristiana. En todo el mundo griego la palabra iglesia fue la designación de la asamblea regular de todos los ciudadanos de una ciudad libre. Era un grupo de ciudadanos llamado por el heraldo para la discusión y decisión de negocios públicos. También esta misma palabra iglesia fue empleada en el Antiguo Testamento y está traducida como «congregación» o «comunidad» de Israel en la que los miembros eran designados como el pueblo escogido de Dios. Así encontramos que en el libro de los Hechos la usa Esteban cuando describe a Moisés como «aquel que estuvo en la congregación del desierto». En el primer siglo, por tanto, la palabra iglesia haría pensar al griego en una sociedad autónoma y democrática; al judío, en una sociedad democrática cuyos componentes eran súbditos de Dios.

La palabra iglesia, en su aplicación a la sociedad cristiana, fue usada primeramente por Jesús mismo cuando dijo a San Pedro: «Sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las

puertas del Hades no prevalecerán contra ella.»¹⁹⁰ Así, Jesucristo mismo fundó la iglesia. Él es la gran piedra angular sobre la cual fue edificada la iglesia. Él es el fundamento de toda experiencia cristiana, y la iglesia está fundada sobre Él. «Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo.»¹⁹¹ Jesús proclama que es el fundador y edificador de la Iglesia, y a Él, y sólo a Él, pertenece la Iglesia. Ha prometido vivir con y en todos los que son miembros de ella. Aquí tenemos no sólo una organización, sino un organismo completamente distinto a cualquier otro jamás conocido por el mundo: en esta organización encontramos a Dios mismo, viviendo con y en los hombres y las mujeres comunes, que son miembros de su Iglesia.

El Nuevo Testamento enseña que, aunque hay realmente una sola Iglesia, puede haber cierto número de iglesias locales, organizadas en varias denominaciones y grupos confesionales. Estas iglesias locales y grupos confesionales pueden estar divididos en cuestiones nacionales o teológicas, o de acuerdo con el temperamento de sus miembros. Sin embargo, el Nuevo Testamento enseña que, aunque haya muchas divisiones, muchas separaciones en el seno de la Iglesia, tenemos solamente «un Señor». El único fundamento de la Iglesia es Jesucristo. Como el himno lo expresa: «De la iglesia el fundamento es Jesús el Salvador.»

Jesucristo es la cabeza de esta gran Iglesia universal. De Él deben emanar todas sus actividades y enseñanzas, pues Él es el manantial de toda experiencia cristiana genuina.

En esta era electrónica es fácil hacer una comparación con un vasto sistema telefónico donde haya una estación central hacia la cual converjan todas las líneas, y desde la cual se hagan todas las conexiones. En el sistema de ferrocarriles siempre hay una oficina central desde la que se transmiten las órdenes que controlan todo el sistema ferroviario. En el ejército, el comandante da órdenes a los muchos grupos bajo su mando. Sus subordinados pueden interpretar sus órdenes de manera diferente, pero éstas continúan siendo la norma de su proceder.

Con relación a la Iglesia, Jesucristo es el comandante en Jefe. Por sus órdenes existe la Iglesia, el poder de ésta emana directamente de Él, y es deber de cada congregación seguir sus mandatos tan al pie de la letra como sea posible. Así como el comandante en jefe exige que sus órdenes sean fielmente ejecutadas, así Jesús espera que cada iglesia local siga sus enseñanzas al pie de la letra.

La Iglesia ha sido ampliamente criticada por sus muchas disputas y divergencias y su aparente falta de unidad. Sin embargo, éstas son superficiales; son conflictos que surgen de las interpretaciones levemente distintas que dan los soldados. ¡De ninguna manera reflejan falta de sabiduría del jefe o autoridad al emitir sus órdenes!

Estúdiense las creencias básicas de varias denominaciones, y se hallará que fundamentalmente e históricamente son idénticas. Pueden diferir mucho los ritos, puede haber contradicción aparente de términos; pero, fundamentalmente, todas reconocen que

¹⁹⁰ **S. Mateo 16:18**

¹⁹¹ **1ª Corintios 3:11**

Jesucristo es Dios encarnado, que murió sobre la cruz y que resucitó para que el hombre pueda tener salvación. Esto es lo de mayor importancia para toda la Humanidad.

Ahora que has aceptado a Cristo como tu Salvador y has puesto tu confianza y fe en Él, perteneces a la gran Iglesia universal. Eres miembro de la familia de la fe, eres una parte del cuerpo de Cristo. Ahora se te llama a obedecer a Cristo, y si le obedeces, seguirás su ejemplo uniéndote con otros en la adoración a Dios. «No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre.»¹⁹²

Se ha dicho: «En sentido práctico, el pertenecer al cuerpo de Cristo debe traducirse en la asociación con tal o cual grupo local o iglesia.»

Por ahora no hablamos de la gran Iglesia universal, sino de la iglesia local, la de tu propia comunidad, de la cual conoces bien sus muchos defectos e imperfecciones. Pero debemos recordar que entre los seres humanos no existe perfección; y las instituciones que ellos forman para la mayor gloria de Dios, abundan de imperfecciones. Jesús es el único Hombre perfecto. Los demás somos sólo pecadores arrepentidos, aun cuando tratemos de seguir de cerca sus pasos. Toda iglesia que pretenda ser infalible o perfecta, o que lo son sus jefes, está equivocada.

Cuando Jesús fundó la Iglesia, tuvo la intención de que sus seguidores se unieran y permanecieran fieles a ella. Hoy día, si eres de aquellos que no tienen ninguna filiación eclesiástica, te quedarás confuso al ver el número de iglesias a que puedes unirte. Al seleccionar una, tal vez tengas la tendencia natural de volver a la iglesia de tu niñez, o tal vez sientas que debes tomar tu decisión de acuerdo con un juicio espiritual maduro. La afiliación a una iglesia no es algo que deba hacerse a la ligera, pues si la iglesia ha de serte de gran utilidad y si te ha de proporcionar la mejor oportunidad posible de servir a otros, debes escogerla en oración.

Siempre que alguien señala, critica y quiere saber por qué hay tantas iglesias diferentes, cuando sólo hay un Dios, tengo la tentación de señalarle las muchas modas distintas que usan los hombres y las mujeres en todas partes. Todos pertenecemos a la misma raza humana, pero tenemos muchas diferencias físicas accidentales que hace imposible que todos tengamos el mismo modo de vestir.

Algunos encuentran más fácil acercarse a Dios en edificios suntuosos y bajo cierta forma de ritual. Otros descubren que pueden buscar a Dios únicamente en medio de la mayor sencillez. Algunos prefieren cierta clase de culto, otros se sienten más cómodos en otro ambiente. Lo importante no es cómo lo hacemos, sino la sinceridad y la profundidad de propósito con lo que lo hacemos, y cada uno de nosotros debe hallar y unirse a aquella iglesia en la que pueda, como individuo, lograr adorar mejor a Dios.

Ciertamente no escogerías una casa en la que hubieses de vivir toda la vida sin visitarla antes. Sin embargo, muchísimos cristianos se unen a la iglesia sin saber por qué, y al descubrir que ésta no satisface sus necesidades, se cambian a otra, y luego a otra, probándolas todas, pero sin permanecer en ninguna. Tal cosa no agrada al Señor ni aprovecha a ellos mismos.

¹⁹² **Hebreos 10:25**

Las iglesias tienen diferentes orígenes, tradiciones, costumbres y énfasis; y cada cristiano debe escoger su iglesia al convencerse de que, dentro de su sistema particular, hallará las mejores oportunidades para su crecimiento espiritual, las mejores satisfacciones para sus necesidades humanas, y la oportunidad más grande de servir a sus prójimos.

No te equivoques uniéndote a una iglesia por su pastor, y no por la iglesia misma. El ministro puede cambiar, y es saludable y estimulante que así lo haga, pero los principios de la iglesia permanecen, y es a la iglesia y a su Cristo a quienes debes serle leal. Una iglesia firme se fortalece cuando sus miembros reconocen que es el amor mutuo en Jesucristo y el deseo sincero de seguir en pos de Él lo que los mantiene unidos.

El verdadero cristiano no asiste a la iglesia porque esté de moda hacerlo, o por conveniencia social, o porque ello le presenta como persona justa y recta ante el público. El cristiano tampoco debe asistir a la iglesia porque allí encuentra paz y alivio para el alma, aunque, ciertamente, todo esto puede encontrarse en la iglesia.

El cristiano genuino no asiste a la iglesia únicamente por lo que saca de ella, sino por lo que puede aportar a ella. Va para unir sus oraciones a las de los demás; va para alzar su voz junto con los demás, en alabanza al Señor; va para aportar su contingente de oración, para agregar su testimonio sobre la posibilidad de salvación en el Señor Jesucristo. Va para unirse con otros en el culto a Dios y en la contemplación de su misericordia y amor infinitos.

El propósito de esta sociedad cristiana llamada «Iglesia» es, en primer lugar, glorificar a Dios mediante nuestra adoración. No asistimos a la iglesia sólo para escuchar un sermón. Vamos a la iglesia para adorar a Dios. Debemos adorarle en espíritu y en verdad. Los símbolos, los himnos y los mensajes de adoración están allí para ayudarnos a glorificar a Dios en el acto del culto. El fin principal del hombre es glorificar a Dios. Le glorificamos más mediante nuestra adoración que de cualquier otro modo. La actividad cristiana, el ganar almas, la lectura de la Biblia, y las mil y una actividades de la iglesia, no pueden ocupar el lugar de la adoración. La adoración es absolutamente necesaria si hemos de llevar una vida cristiana feliz. Dios quiere nuestra adoración y nuestra alabanza más que cualquiera otra cosa.

Segundo: La iglesia existe para la comunión fraternal. Probablemente el más grande gozo celestial que recibimos por anticipado aquí en la tierra es la comunión que los cristianos tienen los unos con los otros. Si tú eres un verdadero cristiano, esperarás con gran emoción tu próximo encuentro con otros cristianos. En los días primitivos la mayor parte de la vida social de la comunidad se centralizó en la iglesia. Esto no significa que los templos deban convertirse en salas de espectáculos o de juegos. Cada actividad de la iglesia debe realizarse bajo la dirección de Cristo para glorificar a Dios, pero como cristianos necesitamos los unos de los otros. Necesitamos las oraciones y la ayuda de los demás. Tenemos una responsabilidad los unos con los otros.

San Pablo compara a la Iglesia con el cuerpo humano. La mano tiene su obligación para con los labios, el ojo trabaja al unísono con el oído, los pies actúan en armonía con la mano; cada miembro del cuerpo tiene su función, pero también tiene que cooperar con las funciones de los demás miembros.

El cristianismo es una religión comunitaria. Seguir a Cristo significa amar, hacer justicia y servir, y esto sólo puede realizarse y expresarse mediante las relaciones sociales. Esta relación social se halla en la iglesia. Mediante la comunión fraternal nos fortalecemos los unos a los otros; Jesús dijo: «Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.»¹⁹³ Jesús nos enseñó la necesidad de orar y adorar juntos como grupo.

Tercero: La iglesia existe para fortalecer la fe. Por medio de la oración en común, los testimonios, la predicación y la enseñanza de sus miembros, tu fe se fortalecerá. La iglesia edificará nuestra fe santísima al recalcar de nuevo lo que ya consideramos en el capítulo anterior.

Cuarto: La iglesia es un medio de servicio. Somos salvos para servir. Hay muchísimas tareas que hacer para Cristo. Esta obra puede efectuarse mejor mediante la colaboración de los miembros de una iglesia local. Jamás ha existido Cristianismo viril fuera de la iglesia. La Iglesia es la organización de Cristo sobre la tierra. La Iglesia, no obstante todas sus imperfecciones, faltas y divisiones, sigue siendo la iglesia instituida por Cristo y ninguna otra organización podrá sustituirla.

Quinto: Por medio de la iglesia podrás distribuir los donativos que desees destinar al trabajo cristiano. La Biblia nos enseña a dar el diezmo, es decir, la décima parte de nuestros ingresos netos. Esta décima parte de nuestros ingresos pertenece a Dios. Además del diezmo debemos dar en la medida en que el Señor nos haya prosperado. Dar es una gracia cristiana que debe formar parte de nuestra vida diaria, de tal manera que no se distinga de lo demás. Un espíritu de generosidad debe motivar nuestros actos.

Cristo dijo: «Más bienaventurado es dar que recibir.»¹⁹⁴ Él sabía que el dar anima el corazón y satisface el alma. Él anheló esa bendición especial para ti. El temor produce egoísmo, y el cristiano debe presentarse delante de los hombres sin temor. Jesús siempre anduvo con las manos abiertas, dispuestas para ayudar.

Ofrendar no puede medirse en términos de pesetas y céntimos, ni en términos de ropa vieja regalada a los pobres. A veces el donativo más grande es el de la amistad y el de la buena vecindad. Una palabra amable, un saludo amistoso, una tarde al lado de alguien que se siente solo, puede producir una rica cosecha para el Reino de Dios. Es imposible que seas un ganador de almas, a menos que estés preparado a dar algo de tu propia persona. No solamente tu dinero, sino también tu tiempo y tus talentos. Todo debe entregarse al servicio de Cristo.

El dar una ofrenda además del diezmo, no debe limitarse a reglas fijas o métodos organizados. Debes dar conforme sea necesario. Puede ser a un vecino o al repartidor que entrega el periódico, o a alguien en África o en otro continente. Nuestras ofrendas expresan nuestro amor a Dios. Devolvemos a Dios algo, en respuesta al gran amor que Él ha derramado sobre nosotros, y, de esta manera, esparcimos su amor.

¹⁹³ **S. Mateo 18:20**

¹⁹⁴ **Hechos 20:35**

El dar es un arte. Es posible enriquecer una vida con un vaso de agua fría, o empobrecer la vida dando dinero sin amor. Todo depende del dador. Cuando se da con interés, se demuestra más malicia que amor. No hay bendición en lo que se da sólo para vanidad. No hay bendición en la dádiva que se da de mala gana, o cuando se calcula el efecto que producirá en los espectadores.

Debemos dar voluntariamente, con un deseo generoso de ayudar y consolar, no pensando que el donativo redundará en nuestro beneficio. Debemos dar bondadosa y sabiamente para no lastimar los sentimientos. En el dar hay un gozo verdaderamente perdurable, un gozo desconocido para los egoístas y avaros, un gozo que no conocen los apocados y codiciosos. El verdadero gozo del sacrificio es un sentimiento que de ninguna manera está relacionado con la lástima.

Nuestro donativo, ya sea para el fondo de la iglesia o para otras obras, debe ser dado en el nombre de Jesucristo. Aquellos que lo reciben, deben saber que lo has hecho en este Nombre. Hoy día recibimos demasiados donativos que se dan materialista y secundariamente. El donativo del cristiano debe ser muy especial. La carta que acompaña al donativo debe decir: «Doy esto en el nombre de Jesucristo, mi bendito Señor.» Esto expresa un testimonio a los que manejan los fondos. De esta manera matamos dos pájaros de un tiro: das el donativo, y al mismo tiempo difundes las buenas nuevas del Evangelio de Cristo.

Ten cuidado de no quitar a Dios lo que le corresponde. La Biblia dice: «Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.»¹⁹⁵

El doctor Luis Evans ha dicho: «El evangelio es gratuito, pero cuestan dinero las cubetas en las que llevamos el agua de salvación.»

El acto de dar, es un acto de adoración como orar o cantar. El gobierno de los Estados Unidos permite ahora a sus ciudadanos que den el veinte por ciento de sus ingresos libre de impuestos. Se puede deducir del impuesto sobre la renta, y, sin embargo, se calcula que menos del diez por ciento del pueblo norteamericano se aprovecha de esto. A las corporaciones se les permite dar el cinco por ciento, y, sin embargo, sólo el quince por ciento de ellas lo hacen. Debemos avergonzarnos.

El mundo entero podría ser evangelizado de la noche a la mañana si el pueblo cristiano diera de acuerdo a como el Señor le ha prosperado. Sé un dador generoso, pues Dios ha prometido devolvértelo centuplicado. Jesús promete un rédito de un cien por ciento sobre tu inversión. ¿Sabes de algún Banco o institución financiera que dé un ciento por ciento de rédito sobre el dinero invertido? Dios dice: «Pruébame ahora y verás lo que haré.» Da hasta perjudicarte, y verás lo que Dios te dará en recompensa.

Sexto: La iglesia existe para difundir el Evangelio. Ha recibido la orden de ir por todo el mundo, y predicar el Evangelio, y bautizar a todos los que creen. La misión básica y fundamental de la iglesia es proclamar a Cristo a los perdidos. El mundo hoy día está

¹⁹⁵ Malaquías 3:10

enviando el SOS pidiendo a la iglesia que vaya en su ayuda. El mundo está abrumado por los problemas sociales, morales y económicos. El pueblo se está hundiendo, arrastrado por las olas del crimen y la vergüenza. El mundo necesita a Cristo. La misión de la iglesia es arrojar salvavidas a los pecadores que perecen.

Jesús dijo: «Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos.»¹⁹⁶

Con el poder del Espíritu Santo, podemos entrelazar nuestras manos con otros cristianos para ganar almas para Cristo. El sesenta y cinco por ciento de los habitantes del mundo no han oído todavía el Evangelio de Jesucristo. En esta generación hemos fracasado miserablemente en llevar el Evangelio al mundo necesitado. Todavía quedan más de mil lenguas y dialectos a los cuales no ha sido traducida la Biblia.

La iglesia primitiva no tenía Biblia, ni Seminarios, ni prensa, ni literatura, ni instituciones educativas, ni radio, ni televisión, ni automóviles, ni aviones; sin embargo, en menos de un siglo el Evangelio fue difundido en casi todo el mundo conocido. El secreto de la propagación de este Evangelio fue el poder del Espíritu Santo.

Hoy día, a pesar de los métodos vastamente perfeccionados de comunicación, se descuida el poder del Espíritu Santo. Tratamos de hacer las cosas con nuestras propias fuerzas, y el resultado es el fracaso. Millones de norteamericanos son paganos e idólatras. Adoran ante los altares del secularismo, el materialismo y el placer pecaminosos; y, mientras tanto, la iglesia oye continuamente el mandato de Cristo: «Id.» ¡La noche se acerca! ¡El mundo se está precipitando locamente hacia la destrucción! La única esperanza para este mundo enloquecido por la guerra, es el Evangelio de Jesucristo.

Los únicos pies que Cristo tiene, son tus pies. Las únicas manos que tiene, son las tuyas. La única lengua que tiene, es la tuya. Usa cada talento, cada don y método posibles, para ganar a los hombres para Cristo. Esta es la gran misión de la iglesia. Nuestros métodos varían. Evangelizamos por medio de visitas, enseñanza, campañas de evangelización, evangelización en las fábricas, la radio, la televisión y el cine, o la llamada evangelización de masas. Sea lo que sea, usémoslo para ganar a otros para Cristo.

Pero no es suficiente lograr que una persona se decida por Cristo. Tenemos que introducir a esta persona en la comunión de la iglesia para que crezca en la gracia y el conocimiento del Señor Jesucristo. Esta es la mejor evangelización: una evangelización que exige una rendición total, juntamente con un programa posterior, que introduzca a esa persona en las diversas actividades de la iglesia.

Finalmente, mediante la iglesia, nuestro humanitarismo halla su expansión más amplia. En realidad somos los guardas de nuestros hermanos, y sólo hay que visitar algunos de los países no cristianos para darse cuenta del hecho de que este proceder, más que otro, distingue a los seguidores de Cristo de aquellos que no lo son.

Jesús relató la historia del Buen Samaritano para grabar para siempre en nuestras mentes sus imperativos humanitarios, y ningún cristiano digno del nombre puede descuidar las necesidades de otros simplemente porque su propio bienestar esté a salvo. En muchos

¹⁹⁶ **Hechos 1:8**

países orientales abunda el sufrimiento humano, la injusticia y la miseria. Se puede ver en plena calle a un niño muriendo de hambre, a la vista de los que pasan, pero como nadie tiene una responsabilidad inmediata, no piensan que deba hacerse algo hasta que el niño muera y sea necesario recoger su cadáver. Tal indiferencia es intolerable para el cristiano.

Al ministrar a los hambrientos, a los desnudos, a los enfermos, a los encarcelados y a los esclavizados, debemos recordar siempre que Jesús mismo nos dijo que al hacernos sordos al sufrimiento dondequiera que lo encontramos, al ser indiferentes ante las inquietudes, e insensibles a la injusticia, en verdad nos hacemos sordos a Él mismo. «De cierto os digo que en cuanto no le hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis.»¹⁹⁷

Basta considerar los muchos hospitales, asilos para huérfanos y ancianos y pobres que han organizado las iglesias, para reconocer cuán eficazmente se ha arraigado esta enseñanza. Estimamos el cuidar de los enfermos y el servicio social como las vocaciones más altas; sin embargo, en algunas partes del mundo donde las enseñanzas de Jesucristo no han penetrado todavía, únicamente a los más humildes, a los desechos de la sociedad, se les permite atender a los enfermos.

Los cristianos deben sentirse ultrajados ante los miserables recursos públicos de salubridad, aunque sus propias familias no estén en peligro. El esfuerzo unido de las iglesias puede tener una gran influencia para corregir las injusticias sociales de las autoridades civiles y para elevar el nivel de vida de la población. Ya se trate de una campaña en favor de una legislación mejor, o de leyes sociales más justas, o de alguna otra acción positiva, la iglesia y todos sus miembros deben realizar un trabajo constructivo cuantas veces lo exija el bien general de la Humanidad. El ejemplo del Buen Samaritano, que ofreció su ayuda sin preguntarse primero qué lograría al hacerlo, debe inspirar el servicio de todo verdadero cristiano en favor de su prójimo.

Como dijimos al principio de este capítulo, el hombre es, por naturaleza, un ser social. Hace su mejor trabajo, lleva a cabo sus mejores obras y cultiva su mejor auto-disciplina en compañía de otros. ¡Cualquiera que en alguna ocasión se haya propuesto adelgazar por medio de ejercicios, sabe bien cuánto más fácil le será hacerlo en grupo que solo!

Porque somos humanos, porque somos imperfectos y niños descarriados, necesitamos el apoyo de otros para ayudarnos mutuamente a seguir en la senda correcta. El camino largo se hace menos solitario cuando se hace en compañía de otros que tienen el mismo destino; las cargas pesadas son más ligeras cuando se llevan en compañía de otros que llevan cargas igualmente pesadas. En la iglesia se halla esta comunión fraternal. En la iglesia encuentra cada alma cristiana un hogar espiritual y un punto de convergencia de todas las actividades humanas. Jesús conocía bien la necesidad que nosotros, los seres humanos, tenemos de trabajar, vivir y hallar reposo y solaz dentro de un grupo. La iglesia es este grupo y Él invita a todos a formar parte de ella.

¹⁹⁷ S. Mateo 25:45

XVI. LAS OBLIGACIONES SOCIALES DEL CRISTIANISMO

«Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos.»

S. Lucas 6:31

Desde que te rendiste a Cristo y comenzaste a estudiar la Biblia te encontraste frente a problemas y obligaciones sociales muy variados. Hiciste la paz con Dios; ya no estás en guerra y enemistad con Él. Tu pecado te fue perdonado. Hay nuevos horizontes en tu pensamiento, nuevas perspectivas para la vida. El mundo entero ha cambiado. Ahora empiezas a ver a los demás como los ve Jesús. Has cambiado los ideales antiguos. Tus prejuicios comienzan a borrarse. Ha desaparecido el egoísmo que, en muchos aspectos, te caracterizaba.

Muchos desprecian la vida cristiana porque se les presenta en su aspecto negativo más bien que positivo. Declaran que la conducta cristiana se opone a todo lo que es agradable y provechoso.

Contrariamente a lo que creen las gentes del mundo, ser un verdadero cristiano no significa abstenerse de todo verdadero placer. El placer pecaminoso, o ese placer que cuesta mucho dinero, brota del amor propio y no del amor a Dios. La plena aceptación de Cristo y la determinación de ser guiado por la voluntad de Dios te lleva casi inmediatamente a la fuente del verdadero gozo, que es la comunión con Cristo. A los que no han nacido de nuevo, esto puede parecer extraordinario, pero los que verdaderamente han experimentado la comunión diaria con Cristo, saben que supera a todas las alegrías del mundo.

Así dice el Salmista: «Serán completamente saciados de la grosura de tu casa; y tú los abrevarás del torrente de tus delicias.»¹⁹⁸ Dios también ha dicho: «No quitará el bien a los que andan en integridad.»¹⁹⁹ San Pablo dijo que Dios «nos da todas las cosas en abundancia de que gocemos».

La comunión diaria con Cristo puede capacitarnos para vivir de una manera realista. Él no pide a un hombre que renuncie a todas sus ambiciones y a todos sus intereses legítimos. Aunque las Escrituras enseñan que Cristo puede volver en cualquier momento, también nos exhortan para que, hasta que Él venga, sigamos realizando normalmente nuestras actividades.

Por ejemplo, no había nada malo en comer, beber, casarse y dar en casamiento en los días de Noé, pero esas actividades fueron pervertidas y llevadas al abuso. Tampoco había nada malo en comprar, vender, planear y edificar en los días de Lot, sólo que todo se hizo de manera pecaminosa. Lo malo en los días de Noé y de Lot fue que hacían de ello el único interés de sus vidas. No pensaban en nada, sino en sus placeres, en sus propiedades y en las ganancias materiales que acumulaban. Llegaron a ocuparse tanto en los negocios de esta

¹⁹⁸ **Salmo 36:8**

¹⁹⁹ **Salmo 84:11**

vida, que ya no tenían tiempo para Dios. Esto desagradó tanto al Señor, que envió sus juicios.

Alguien ha dicho: «La Biblia no fue escrita para animar a la gente a interesarse en los asuntos de esta vida. Supone que ya tiene demasiado interés en ellos. La Biblia se propone orientar al hombre para que vea sus negocios seculares a la luz del mundo espiritual, que es de mayor importancia y valor.»

La Biblia enseña que hemos de llevar a cabo nuestras tareas diarias poniendo todo interés en realizarlas lo mejor posible. Fuimos colocados aquí en la tierra y nos fue encomendado cierto trabajo que hacer, y a los que pretenden ser cristianos se les enseña, no sólo a trabajar, sino a trabajar lo mejor que puedan.

La Biblia habla con aprobación de Bezaleel como artesano en metales, piedra y madera. Jacob y sus hijos eran pastores. José fue primer ministro. Daniel fue estadista. Jesús y José eran carpinteros, y algunos de los discípulos eran pescadores. Se nos habla del eunuco etíope que era tesorero de Candace; de Lidia, vendedora de púrpura; que Pablo, Priscila y Aquila hacían tiendas; y de Lucas, el médico.

El ideal cristiano no requiere que el hombre renuncie a todo interés humano, sino que busque la dirección de Dios para hacer su diario trabajo lo mejor que pueda, y que mantenga su trabajo y sus ambiciones en sumisión al Señor en todo tiempo. Así hallamos que Cristo ofrece ayuda efectiva para nuestra vida cotidiana aquí en la tierra. Nos ayuda en nuestro trabajo y también en nuestros placeres.

Nos ayuda también a resolver los problemas sociales que se presentan ante nosotros, y en esto importa que no nos engañemos. Porque es en nuestros cotidianos quehaceres y en la forma en que consideramos estos problemas sociales cómo ha de ver el mundo si Cristo está o no en nosotros.

El doctor L. Nelson Bell ha dicho: «Quienes nos vean ir a la iglesia los domingos, pueden suponer que somos cristianos. ¿Pero qué piensa la gente que a diario nos ve en la calle, en la oficina, en la tienda y en los diferentes lugares que frecuentamos? La profesión de la fe cristiana tiene su valor. Asistir a la iglesia y participar en sus actividades y programas es una parte ineludible de la fe cristiana. Pero, como todos sabemos, el asunto de ganarse la vida, las responsabilidades del hogar y la rutina diaria se combinan para poner a prueba la realidad de nuestra experiencia y de nuestra fe cristiana. ¿Qué ven los demás en nuestra conducta diaria? ¿Saben nuestros compañeros de trabajo que somos cristianos? Los que nos conocen superficialmente, ¿ven en nosotros algo que les sugiere que somos diferentes de los que no conocen a Cristo? Ciertamente, una de las verdaderas pruebas del carácter cristiano se halla en la vida que llevamos día tras día.

«La realidad de nuestra profesión de fe cristiana se demuestra de varias maneras: en las cosas que decimos y en las que no decimos; en las cosas que hacemos y en las que no hacemos. Y aunque el cristianismo no es un asunto externo, sin embargo se expresa mediante la conversación, las costumbres, los recreos y las ambiciones de nuestra vida diaria. ¿Exalta nuestra conversación a Cristo? ¿Puede aprobar nuestras costumbres? ¿Nuestros recreos son de tal naturaleza que podríamos contar con su presencia en ellos? ¿Inclinamos la cabeza para dar gracias cuando comemos en un restaurante? ¿Puede la

gente, por el interés que concedemos a las cosas espirituales, saber si hemos puesto nuestro afecto en las cosas de arriba, o si estamos ligados a este mundo? ¿Ve la gente en nosotros esa ambición de poder que no está de acuerdo con la del cristiano? Debemos hacernos éstas y otras preguntas, porque a través de nuestra conducta los hombres juzgan si somos o no cristianos.»

¿Cuál es nuestra actitud frente al problema racial, entre patronos y obreros? ¿Cuál es nuestra actitud frente a la tolerancia? Estas preguntas son reales y concretas. Debemos contestarlas de forma práctica a la vista de los que nos rodean.

El principio de nuestras relaciones con el mundo debiera ser: «Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos.»²⁰⁰

Muchas personas critican el llamado «evangelio social», pero Jesús enseñaba que hemos de enarbolar la regeneración en una mano y un vaso de agua fría en la otra. Los cristianos, más que otros, deben preocuparse por los problemas y las injurias sociales. A través de los siglos, la iglesia ha contribuido, más que cualquiera otra institución, a elevar el nivel social. El trabajo de la infancia ha sido proscrito; la esclavitud ha sido abolida; el estado legal de la mujer ha sido elevado a alturas no igualadas en la historia, y otras muchas reformas se han efectuado como resultado de la influencia de las enseñanzas de Jesucristo. El cristiano debe ocupar su lugar en la sociedad con valor moral para apoyar lo que es justo, recto y noble.

El cristiano debe ser un buen ciudadano. La Biblia enseña que el cristiano debe observar la ley civil. También enseña la lealtad a la patria. Tener lealtad y amor por la patria no significa que no podamos criticar las leyes injustas y perjudiciales. La Biblia dice que Dios no hace acepción de personas. Todos deben tener las mismas oportunidades. El gobierno de Dios ha de ser nuestro modelo.

La Biblia enseña también que debemos someternos a las autoridades. A Jesús se le preguntó: «¿Es lícito dar tributo?» Al pagar los impuestos, Jesús legó un ejemplo a la posteridad. Cuesta dinero sostener al gobierno y mantener la ley y el orden. El que elude el pago de los impuestos es un parásito social y un ladrón. Ningún cristiano verdadero se negará a pagar los impuestos. Jesús dijo: «Dad a César lo que es de César.»²⁰¹ Debemos hacer algo más que pagar contribuciones. La simple observancia de las leyes no es suficiente. Tenemos que buscar el bien de la patria, y trabajar por él. Quizá llegue la ocasión de morir por ella. Hemos de hacerlo con alegría, como para Dios. Debemos ser honrados en nuestro trabajo como buenos ciudadanos.

Tenemos que ser filántropos y ayudar económicamente a las organizaciones benéficas que trabajan para el mejoramiento de la Humanidad. Debemos participar en actividades humanitarias tales como la Cruz Roja, el Ejército de Salvación y otras organizaciones buenas y constructivas. Los cristianos deben interesarse en orfanatos, hospitales, asilos, prisiones y todas las instituciones sociales. Jesús dijo: «Amarás a tu prójimo como a ti

²⁰⁰ **Lucas 6:31**

²⁰¹ **S. Marcos 12:17**

mismo.»²⁰² ¡Piensa cómo sería un país sin ninguna institución humanitaria! Nadie querría vivir en él. Queremos vivir donde prevalece el amor fraternal. Hemos de desempeñar nuestro cometido en la comunidad. Los que tienen responsabilidades merecen nuestro respeto, nuestro apoyo y nuestra cooperación. «Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas.»²⁰³

Los cristianos deben ser hospitalarios. La Biblia enseña que nuestros hogares han de estar abiertos para todos, y los que entran y salen de ellos, deben sentir la presencia de Cristo. Lo que Dios nos ha dado, debemos compartirlo con los demás.

En ninguna parte de la Biblia se enseña que el sexo en sí es pecado, aunque muchos interpretan la Biblia presentándolo así. La Biblia dice que el uso incorrecto del sexo es pecado. Pues el sexo, ese acto por el que se transmite la vida sobre la tierra, debe ser la más maravillosa y la más significativa de todas las experiencias humanas.

Sin embargo, el hombre, por su naturaleza vil y corrupta, ha envilecido lo que en el pensamiento de Dios debía ser el más glorioso y completo acto de amor entre dos seres, y lo ha reducido a algo bajo, vil e inmundo; se convierte en un acto simplemente animal, contra el cual nos previene la Biblia en términos inequívocos.

La Biblia es uno de los libros que habla más abiertamente de las cuestiones sexuales, y ello sin temor ni mojigatería. No trata de silenciar sus aspectos buenos o malos. La actitud solapada, secreta y confusa que finge que no existe el sexo, es de origen puramente humano.

Tratando de quitar a los problemas sexuales su carácter de tabú y de misterio, nuestro tiempo ha insistido demasiado en su aspecto físico y ha descuidado la atmósfera espiritual que debería envolver esta expresión suprema de amor humano.

Los divorcios son una demostración de la incapacidad de los hombres y de las mujeres para cumplir las condiciones de esta unión duradera y siempre más bella, al no tener un sólido fundamento y cualidades morales.

La sexualidad es una parte de la vida que no podemos suprimir, aun si éste fuera nuestro deseo, pues sin ella cesaría toda la vida. Comprendida como debe serlo, puede llevar el cielo al hogar. Comprendida con prudencia, puede llegar a ser un maravilloso servidor. Considerada superficialmente, puede transformarse en un tirano.

Los cristianos se sienten avergonzados y ultrajados cuando ven la sexualidad exhibida en los titulares de periódicos, explotada como medio de propaganda o utilizada como burdo anzuelo en los anuncios de los cinematógrafos. Se apenan al ver a sus conciudadanos conducirse estúpida, grosera e indecentemente hasta el punto de deshonar y desfigurar el acto por el cual Dios transfiere la vida.

Naturalmente, los que asumen la actitud cristiana hacia el sexo, asumirán la actitud cristiana sobre el matrimonio. Antes de contraer matrimonio, considera las verdaderas relaciones espirituales que hacen que el matrimonio perdure en el cielo. Poco a poco,

²⁰² **S. Mateo 22:39**

²⁰³ **Romanos 13:1**

mientras avanzamos hacia la madurez, aprendemos a amar, primero a nuestros padres y amigos, y, más tarde, a la persona que ha de compartir nuestra vida. Ya hemos visto cuán difícil es este proceso, porque el odio y no el amor es lo natural en el pecador no regenerado.

Muchos tienen la terrible desgracia de escoger su cónyuge cuando todavía están entregados al mundo, a la carne y al diablo, y mientras el compañero que eligen también está entregado por completo al pecado. ¿Es de maravillarse, entonces, que tantos matrimonios efectuados por seres espiritualmente ignorantes, incapaces del amor verdadero y perdurable, terminen en el divorcio, dejando en abandono a setecientos cincuenta mil niños cada año?

El matrimonio es un sexo sagrado porque permite a dos personas ayudarse mutuamente a realizar sus destinos espirituales. Dios declaró que el matrimonio era bueno porque sabía que el hombre necesita una compañera, y la mujer un protector. El Creador requiere que maridos y esposas nunca pierdan de vista el propósito original del matrimonio. El papel de la mujer es amar, ayudar y estimular a su esposo de todas las maneras que le sea posible. El papel del hombre es amar, proteger y mantener a su esposa y a sus hijos, a fin de que el hogar esté lleno de la paz y armonía de Dios.

Los matrimonios que se contraen con un entendimiento claro del propósito y de las leyes de Dios, no tienen necesidad de recurrir al divorcio. Los matrimonios que no alcanzan este ideal (y su número es espantoso) deben esforzarse por aprender lo que Dios espera del marido y de la esposa, y luego pedir la ayuda y dirección divinas para cumplir los mandamientos de Dios.

Debemos asumir una actitud cristiana en nuestras relaciones profesionales. La Biblia dice: «Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón y alma, como trabajo para Dios, y no sólo para los hombres, sabiendo que vuestra verdadera recompensa, que es celestial, vendrá de Dios, ya que sois realmente empleados de Cristo, y no sólo de un amo terrestre. Pero el cobarde y ladrón será juzgado por Dios mismo, quien naturalmente no tiene necesidad de distinguir entre amo y hombre. Recordad, entonces, vosotros que sois patronos, que vuestra responsabilidad es ser equitativos y justos con vuestros empleados, nunca olvidando que vosotros mismos tenéis un Patrón celestial.»²⁰⁴

Si Cristo pudiera prevalecer en todas las relaciones entre patronos y obreros, no habría huelgas. No habría esos interminables argumentos con los que ambos lados se oponen a los derechos del otro. Los patronos tratarían a los empleados con generosidad, y los empleados estarían dispuestos a trabajar lo justo por el sueldo devengado, porque no trabajarían exclusivamente por su salario, sino para Dios.

La Biblia enseña que hay dignidad en todo trabajo honrado, y el cristiano debe ser el más fiel, el más dispuesto y el más competente obrero. Debe destacarse en la fábrica o en el taller como el paladín de la justicia, porque no se aproveche injustamente de ninguna situación.

²⁰⁴ Colosenses 3:22-25, según la traducción de Phillips.

De la misma manera, el patrono cristiano debe tratar a sus empleados con un respeto y una generosidad que sirvan de ejemplo a otros patronos. Un hombre de genuinos conceptos cristianos no puede menos que preocuparse por las medidas de seguridad, las buenas condiciones de trabajo y el bienestar de sus empleados. No considerará a los obreros únicamente como «máquinas», sino también como seres humanos.

Tanto los obreros como los patronos deben recordar que las buenas condiciones del trabajo y la mayor comprensión de que ahora gozan comenzaron como resultado de un gran avivamiento espiritual. La herencia de los sindicatos proviene de la iglesia y de los poderosos avivamientos wesleyanos del siglo dieciocho. Empezó a existir la libertad social para las clases obreras cuando un dirigente cristiano, Lord Shartsbury, a pesar de la dura oposición familiar, encabezó una cruzada vitalicia para obtener mejores condiciones de trabajo, menos horas y aumento de salarios para los obreros.

Cuando algunos dirigentes obreros hablan de proscribir la religión, despreciando a Dios, a la Biblia y a la iglesia, deberían recordar que cuanto hoy día tienen, se debe a los efectos producidos por el Evangelio de Cristo.

El cristiano ve el problema racial con los sentimientos de Cristo, y admite que la Iglesia no ha podido resolver este gran problema humano. Hemos dejado que el mundo de los deportes, el teatro, la política, las fuerzas armadas, la educación y la industria hagan mucho más que la iglesia, que creía llevar la delantera. La iglesia debe hacer voluntariamente lo que los tribunales hacen por la fuerza. Pero, en fin, la única solución verdadera se halla al pie de la Cruz, cuando allí nos reunimos en amor fraternal. Mientras más se acerquen los hombres a Cristo y a su cruz, tanto más se acercarán unos a otros.

La Biblia dice que en Cristo no hay judío, ni gentil; no hay varón, ni hembra; no hay griego, ni bárbaro, ni rico, ni pobre. Ella indica que todos somos uno en Cristo. La cruz pone todo al mismo nivel. Cuando Cristo abre nuestros ojos espirituales, no consideramos ni raza, ni clase, ni condición, sino sólo a seres humanos con iguales anhelos, temores, necesidades y aspiraciones que nosotros. Empezaremos a ver el mundo con los sentimientos del Maestro.

La actitud cristiana debe prevalecer en los asuntos económicos. Jesús dijo que la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee. El dinero es un buen servidor, pero un mal amo. La propiedad debe estar en el bolsillo o en el Banco, pero no en el corazón. La riqueza tiene su lugar importante, pero no está llamada a ocupar un trono ni a empuñar un cetro. La codicia coloca el dinero por encima de la caballerosidad, esclaviza a sus devotos y les hace sus víctimas. Endurece el corazón y amortigua los impulsos nobles y destruye las cualidades vitales del hombre.

Ten cuidado de la codicia en todas sus formas y en todos sus aspectos. Todos debemos evitarla mediante la vigilancia, la oración, el dominio propio y la disciplina. La vida no es asunto de dinero, o de casas, o de terrenos, o de lucros y finanzas. No debemos permitir que la codicia haga del hombre un esclavo de la riqueza.

Cuando a Jesús se le pidió que resolviera una disputa entre dos hermanos sobre una herencia, respondió con una advertencia y con una magnífica parábola, mostrando las aplicaciones terrenas del mensaje celestial. Contó la historia del rico hacendado, quien, con

toda su prosperidad, ambicionaba mayores riquezas y para ello hizo grandes planes que habrían de proporcionarle todas las comodidades físicas y toda la satisfacción que tanto anhelaba. Parecía inteligente, ahorrativo, industrioso, prudente, honrado y moral en todos sus tratos, pero era víctima de la ambición e interés propios como otros muchos lo son.

Calculó su prosperidad en términos de extensos campos fértiles y de graneros repletos, alimentando así su alma con estas vanidades. Su corazón procuraba sólo sus riquezas y satisfacer su egoísmo, y hacía sus planes sin tener en cuenta a Dios ni la incertidumbre de la vida.

Empero, Dios dijo la palabra final, y los planes que abarcaban años y años fueron abreviados por una muerte repentina. La propiedad que había acumulado tan afanosamente, se le escapó entre sus fríos dedos y fue malgastada por otros, mientras él hubo de comparecer ante Dios con las manos vacías.

El cristiano, más que nadie, debe reconocer que venimos a esta vida con las manos vacías, y que también nos marchamos de ella de la misma forma. Realmente no poseemos nada, ninguna propiedad ni ninguna persona. Dios es dueño de todo, y somos sólo mayordomos de su propiedad durante el breve tiempo que pasamos por la tierra. Todo lo que veamos a nuestro alrededor, y que consideramos como nuestra propiedad, es sólo un préstamo de Dios, y, si olvidamos esto, nos volvemos codiciosos y avaros.

Cuando nos aferramos a una cosa o persona y decimos: «Esto es mío»; cuando miramos con ojos de envidia a aquello que otro tiene y forjamos planes para conseguirlo a cualquier precio, olvidamos que no importa cuánto obtengamos, no podremos llevarlo cuando hayamos de rendir cuenta a Dios.

Esto no significa que el acumular riquezas sea pecado en sí, la Biblia no dice eso. Dios aclara en ella que Él espera que hagamos lo mejor que podamos con los talentos, las capacidades y las situaciones con que la vida nos ha dotado. Pero así como en la cuestión del sexo hay una manera correcta de usarlo, y otra incorrecta, así también con el dinero y el poder. Demasiados cristianos han entendido mal el asunto y asumen una actitud pecaminosa y perjudicial, jactándose de estar en la miseria, no ambicionando nada y diciendo: «Que se haga la voluntad de Dios», mientras sus hijos sufren y carecen de lo más indispensable.

Jesús relató una de sus más reveladoras parábolas para ilustrar este punto. Contó la historia del hombre rico que entregó a cada uno de sus siervos determinada cantidad de dinero para negociar mientras él marchaba a un país lejano. Cuando regresó, se dio cuenta de que algunos siervos habían hecho provechosas inversiones, que habían multiplicado su capital y les alabó por su buen juicio y su prudencia, pero condenó al siervo miedoso y torpe que, no sabiendo qué hacer con el dinero, lo escondió para ponerlo a salvo de los ladrones.

Gana tanto dinero como puedas, conforme a las leyes de Dios, y gástalo para llevar a cabo sus mandamientos. Diezma fielmente para tu Señor, pues la Biblia dice que esto es recto y justo. Siempre que tengas dudas sobre los valores materiales, lee en tu Biblia lo que Jesús enseñó acerca del dinero, lo que dijo acerca de ganar dinero, del uso y de la

distribución de la riqueza. Pregúntate: «¿Qué haría Jesús en esta situación?», y déjate guiar por la respuesta a esta pregunta.

El cristiano se preocupará de la humanidad que sufre a su alrededor. Los barrios pobres de tu propia ciudad serán una carga para ti, y la pobreza y el sufrimiento de millares de personas en tu propio barrio serán tu preocupación. Trabajarás en unión con las organizaciones y sociedades para ayudar y aliviar el sufrimiento de la humanidad que te rodea. Infinidad de personas dedican mucho tiempo a empresas muy elevadas, pero, en cambio, jamás contribuyeron con algo para el alivio del dolor cercano.

La Escritura dice que la gente común escuchaba a Jesús de buena gana. Dondequiera que fue, sanó a los enfermos, consoló a los tristes y proporcionó ánimo. El cristiano se interesará en ayudar en la construcción y mantenimiento de hospitales, orfanatos, asilos para los ancianos y otras instituciones caritativas que traten de ayudar a los necesitados. El cristiano se interesará de ayudar a los necesitados. El cristiano se interesará en hacer lo que le corresponda para compartir las riquezas de su país con los necesitados en otras partes del mundo. Apoyará cualquier organización social, nacional o internacional, que ayude a los desamparados del mundo.

En ninguna parte de la Biblia se enseña que debemos retirarnos de la sociedad. Más bien se enseña lo contrario. Debemos unirnos con otros que con buen propósito trabajen para ayudar a los desgraciados. Dios necesita trabajadores sociales, médicos, ayudantes de hospitales, enfermeras y otras muchas clases de personas que puedan ayudar a aliviar el sufrimiento humano.

Ciertamente, el lema de Jesucristo fue «amor y servicio». Necesitamos andar en amor para Cristo, en servicio para Cristo; en amor para nuestros prójimos, en servicio para nuestros semejantes. Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos.»²⁰⁵ En otras palabras: «Si me amas, obedéceme, sírveme.» Cristo tiene derecho a probar nuestro amor hacia Él, por lo que hacemos por Él. No podrás vivir sin amar.

El cristiano tiene una obligación especial para con los demás cristianos. Los cristianos deberían representar una clase aparte, que demostrase un amor sobrenatural. «Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte.»²⁰⁶

Hemos de amar a nuestros enemigos. Hemos de amar aun a los que nos persiguen y dicen «todo mal de nosotros, mintiendo».

Pero lo más sublime de nuestro amor ha de ser para con otros cristianos. Jesús dijo: «Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado.»²⁰⁷

Debemos servirles. «Hermanos..., servíos por amor los unos a los otros» (Gálatas 5:13).

La Biblia dice que, como cristianos, nuestra obligación para con los demás es tal, que debemos ser ejemplo a muchos. San Pablo dijo: «Sé ejemplo de los creyentes en palabra,

²⁰⁵ **S. Juan 14:15**

²⁰⁶ **1ª S. Juan 3:14**

²⁰⁷ **S. Juan 15:12**

conducta, amor, espíritu, fe y pureza.»²⁰⁸ Esto no es una sugerión, sino un mandato. No es una recomendación, sino una obligación. Hemos de ser cristianos modelos.

La Biblia dice también que hemos de perdonarnos los unos a los otros. «Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.»²⁰⁹ Jesús dijo que si no perdonamos, tampoco Dios nos perdonará nuestras ofensas. También dijo: «Y cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas.»²¹⁰

Como cristianos se nos dice que no debemos juzgarnos los unos a los otros, sino esforzarnos para no ser una piedra de tropiezo en el camino de un hermano.

La Biblia dice que debemos estar sujetos los unos a los otros; hemos de usar la humildad en nuestras relaciones con los demás. Hemos de «prevenir con honra los unos a los otros». Hemos de dar a los demás la preferencia, y a nosotros el último lugar.

Como cristianos debemos sobrellevar los unos las cargas de los otros. Hay cargas que cada hombre tiene que llevar por sí mismo, pues nadie puede hacerlo por él, y si las descuida, no serán llevadas. Hay la carga de ser honrado, de obedecer la Palabra de Dios, de criar a los hijos para Dios, de hacer feliz a la esposa. En tales casos, cada uno tiene que llevar sus propias cargas. Pero hay otras cargas que nuestros amigos nos pueden ayudar a llevar, tales como la tristeza, la desgracia, las pruebas, la soledad, los cuidados familiares, las dificultades espirituales y las responsabilidades sociales. Pero no debemos preocuparnos por nuestras cargas. Hemos de echarlas sobre los hombros de Dios, esperando de Él la fuerza que nos sostendrá y fortificará.

La Biblia dice que, como cristianos, hemos de ser generosos los unos para con los otros. Dios dice que es nuestro deber como cristianos cuidar de las viudas y de los huérfanos, y ayudar a los pobres, dentro de la sociedad cristiana. Dice la Biblia: contribuye a las necesidades de los santos..., practica la hospitalidad..., hospeda a los extranjeros..., lava los pies de los santos..., consuela a los afligidos..., no olvides la hospitalidad. Y Jesús dijo: «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a Mí me lo hicisteis... Más bienaventurada cosa es dar que recibir.» «Dios ama al dador alegre.» Todas estas cosas son obligaciones sociales que tenemos como cristianos, los unos para con los otros.

Finalmente, los cristianos deben ser benignos, y es ésta una de las más difíciles virtudes cristianas. La misma fuerza de nuestra convicción nos inclina a pensar que tenemos razón, y que todos los demás están equivocados. Esto está bien en cuanto a que nuestras convicciones háyanse basadas en los mandamientos de las Escrituras en lugar de estar basadas en nuestras propias ideas. Las facciones distintas, y frecuentemente rivales, dentro de la iglesia, dan énfasis a la terrible tendencia humana de agruparse en pequeños

²⁰⁸ **1ª Timoteo 4:12**

²⁰⁹ **Efesios 4:32**

²¹⁰ **S. Marcos 11:25**

grupos selectos, con convicciones arraigadas sobre asuntos triviales, insistiendo cada grupo en tener razón.

El finado doctor Henry Ironside dijo una vez: «Tengamos cuidado de no confundir nuestros prejuicios con nuestras convicciones.»

Seguramente tenemos que deplorar la perversidad, el mal y la villanía, pero con demasiada frecuencia nuestra encomiable intolerancia hacia el pecado, se convierte en deplorable intransigencia para con los pecadores.

Me sorprendió hace poco oír a un hombre de bastante experiencia religiosa, que en un programa de televisión declaró: «Nunca se vio a Jesús en compañía de gente dudosa o de quienes tenían ideas y actitudes diferentes a su carácter noble y recto.»

¡Tal persona debiera comprender que Jesús nunca tuvo temor de asociarse con cualquiera! Una de las cosas que los escribas y fariseos criticaron más duramente fue su disposición de ayudar a cambiar impresiones con todo el mundo, ya fuesen publicanos, ladrones, doctores, ramera, ricos o pobres. Aun sus propios seguidores condenaron a algunas de las personas con quienes Él trataba en público, pero esto no disminuyó la compasión que Jesús sentía por la Humanidad que se debatía en la pobreza y en la oscuridad.

Jesús poseía el criterio más abierto y más comprensivo que este mundo ha visto. Su propia convicción interior era tan fuerte, firme e inalterable, que podía estar en medio de cualquier grupo, seguro de no contaminarse. El temor nos hace incapaces de escuchar el punto de vista del otro, y considerar que nuestras ideas no están tan firmes como pensábamos. Jesús no tenía tal temor, ni tan mezquina actitud. No tuvo necesidad de abstenerse de nada para defensa propia. Él entendió la diferencia entre la generosidad y una actitud comprometedora. Haríamos bien en aprender de Él. Nos puso el magnífico ejemplo permanente de la verdad combinada con la misericordia, y ordenó: «Ve, haz tú lo mismo.»

Estas son unas cuantas de las muchas obligaciones sociales del cristianismo. No puede el cristiano retirarse como ermitaño y llevar una vida solitaria. Es miembro de la sociedad. Por tanto, las palabras de Jesús están llenas de enseñanza acerca de nuestras actitudes hacia nuestros prójimos.

Estudia la Biblia, léela, y luego vive de conformidad con ella. Sólo entonces podrás demostrar a un mundo confuso el poder transformador de la presencia de Cristo.

XVII. EL PORVENIR DEL CRISTIANO

«Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mi mismo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis.»

S. Juan 14:2-3

El mundo entero se da cuenta de que estamos en una hora de crisis horrorosa. Muchos predicen calamidades inminentes. Algunos dicen que la Humanidad se apresura hacia la destrucción. Otros creen que estamos en vísperas del eclipse total de la civilización.

Muchos de los libros de más venta, tratan de las terribles predicciones del futuro. Los editoriales de periódicos y revistas hablan de tiempos apocalípticos, del fin del mundo, de la destrucción de la civilización. Un presidente de los Estados Unidos dijo en el discurso de apertura de su mandato: «La ciencia nos ha legado el secreto de nuestra propia destrucción.» William Vogt, en su libro *Road to Survival*, dice: «La escritura en la pared ha aparecido sobre los cinco continentes y nos dice que el día del juicio está cerca.» El doctor Ricardo K. Ullmann escribió: «Vivimos en una época de decisión, de escoger entre lo correcto y lo erróneo, entre el bien y el mal, entre la vida y la muerte, tal como no ha ocurrido jamás. Si escogemos mal, podremos ser la última generación del siglo.»

El profesor Sorokin ha dicho: «Vivimos en una de las mayores crisis de la historia humana. No sólo la guerra, el hambre, la peste y la revolución nos minan, sino también se cierne sobre la tierra una legión de calamidades.

Todos los valores son inestables, y todas las normas son violadas. La Humanidad se ha convertido en una caricatura de su noble imagen. La crisis es omnipresente y abarca casi por completo la cultura y la sociedad. Se manifiesta en las bellas artes y en la ciencia, en la filosofía y en la religión, en la ética y en el derecho. Penetra hasta las formas de las organizaciones sociales, económicas y políticas, y todo el sistema de vida y de pensamiento. Hay razón para creer que los efectos desastrosos de estas calamidades nos afectarán en un grado más intenso y amplio en esta era catastrófica.»

Al considerar la vasta literatura originada en torno a las bombas atómicas y de hidrógeno, los libros y artículos que, por una parte, describen los experimentos en Nevada y en Bikini, y por otra, intentarán describir algo de la inevitable crisis con que ahora se enfrenta la raza humana, me asombra que la ciencia esté empleando ahora la terminología bíblica. El doctor Wilbur Smith dice: «Ni Platón, ni Séneca, ni Aristóteles, ni, prácticamente, ninguno de los grandes filósofos intentaron sondear el porvenir.» La Biblia es el único libro en el mundo que contiene una escatología. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, la Biblia está llena de acontecimientos que esperan el clímax de la historia. Hace aún pocos años, ciertos dirigentes eclesiásticos tenían miedo del fanatismo al discutir los acontecimientos futuros de este mundo, mas ahora la iglesia está revisando nuevamente el gran número de textos de las Sagradas Escrituras que revelan el curso de los acontecimientos futuros de la historia.

El Concilio Mundial de las Iglesias, al preparar su Conferencia de Evanston, en 1954, escogió como tema: «Cristo, la esperanza del mundo», nombrando Comisiones para estudiar las enseñanzas bíblicas, con el fin de que la iglesia pudiese presentar un esquema adecuado de la revelación de Dios respecto al futuro.

En una hora como ésta, los hombres y las mujeres que no conocen la Biblia se inclinan, como en cada hora crítica anterior, a dejarse llevar de los falsos profetas, del espiritismo, de los quirománticos y de las adivinatoras y otras formas de superstición. Diariamente la gente amedrentada gasta miles de dólares procurando encontrar indicios del futuro. Todo lo que necesitan hacer es ir a la librería más cercana y comprar una Biblia, a precio módico, y en sus páginas hallarán los secretos del futuro.

No hay ni una sola afirmación en el libro Ciencia y Salud, de Mary Baker Eddy, que arroje luz sobre el futuro del género humano. La Biblia, y sólo la Biblia, ilumina la oscuridad y el misterio del futuro.

El velo de misterio se levanta, el futuro se revela; la Biblia profetiza que se acerca el fin de este mundo, tal y como lo conocemos. La Biblia declara que el clímax de la historia será la segunda venida de Jesucristo. Indica que el más grande suceso de todos los tiempos será la coronación de Cristo como Rey de reyes y Señor de señores.

Tengo presente que es éste un tema de controversia y, con frecuencia, mal entendido. En años pasados ha habido un gran número de fanáticos que han recorrido el país fijando fechas, y, como resultado, ha sido oscurecida esta verdad gloriosa.

La revista Religion in Life publicó un artículo titulado «La Esperanza Cristiana: su significado para hoy día». El tema del futuro se discutió por tres líderes intelectuales. Uno es el doctor Arnold J. Toynbee, famoso historiador inglés; otro es el doctor Amós N. Wilder, bien conocido teólogo de la Universidad de Chicago; y el otro el doctor C. S. Lewis, célebre erudito inglés y profesor de la Universidad de Oxford.

Toynbee ve un mundo dividido en dos campos, como resultado de cambios tecnológicos, que han acercado a todos los hombres sin dotarles de tolerancia, amor y entendimiento mutuos. La esperanza cristiana, según Toynbee, es combatir el Leviatán de la adoración del hombre, del materialismo y del colectivismo.

El doctor Wilder, por otra parte, duda que el hombre pueda hallar la esperanza cristiana dentro de la historia misma. La redención, cree, ha de venir de fuentes espirituales fuera de la Humanidad. El hombre tiene que reconocer que tarde o temprano se realizarán los propósitos de Dios en el mundo, aunque requiera el fuego refinador de la guerra y la tragedia. El hombre, un día, edificará un reino de Dios sobre la tierra, en gran parte por su propio esfuerzo y sabiduría.

Sentimos no encontrar una base bíblica de pensamiento hasta que llegamos a la declaración del doctor Lewis. Lewis acepta la Palabra de Dios como verdad. Declara con toda franqueza: «Me parece imposible retener en cualquier forma que pueda ser reconocida nuestra creencia en la divinidad de Cristo y la verdad de la revelación cristiana, mientras abandonamos o suprimimos el regreso innegable e inminente de Jesucristo.»

El doctor Lewis muestra tres razones, por las cuales la gente se burla de la idea del regreso de Jesucristo a esta tierra: Primera, muchos cristianos dicen que es una falsa

enseñanza, puesto que no se realizó la segunda venida tal como lo predijera la Iglesia primitiva. Es verdad que los primeros cristianos esperaban el regreso del Señor en su tiempo, pero muchas profecías de la Biblia tenían que cumplirse antes de la segunda venida, dice Lewis. Segunda, la teoría de la evolución impide que la gente crea la doctrina de la segunda venida de Cristo. Si creemos que el hombre progresa por sí mismo, nunca aceptaremos la promesa de Cristo de que Él vendrá para poner fin al pecado y a la muerte. Tercera, señala que la doctrina de que Cristo viene, trastorna e interrumpe los planes y sueños de millones de personas que quieren comer, beber y gozar sin interrupción en su carrera cristiana.

Esta fue exactamente la razón por la cual los burlones del tiempo de Noé rehusaron creer en el Diluvio, ya que no querían que nada frustrara sus planes egoístas para el futuro. La misma Biblia predijo que en los últimos días vendrán burladores, andando según sus propias pasiones, diciendo: «¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la Creación.»²¹¹

Todo el propósito de la promesa de esperanza y de advertencia de Dios se hubiera perdido si, al partir, Cristo hubiera fijado la fecha exacta de su retorno. Porque no sabemos a qué hora puede venir, debemos tener siempre preparadas nuestras casas espirituales.

El gran D. L. Moody solía decir: «Jamás predico un sermón sin pensar que, posiblemente, el Señor pueda venir antes de que predique otro.»

El doctor G. Campbell Morgan, distinguido pastor inglés, dijo: «Nunca empiezo mi trabajo por la mañana sin pensar que quizás Él lo interrumpa y empiece el suyo. No busco la muerte. Le espero a Él.»

Así debe vivir el cristiano, ¡en constante expectación del regreso de Jesucristo! ¡Qué diferencia habría en la tierra si pudiéramos vivir cada día como si fuera el último antes del Juicio Final!

¡Pero no nos gusta pensar de este modo! No queremos pensar que nuestros planes cuidadosamente preparados y nuestros grandes proyectos para el futuro puedan ser interrumpidos por las trompetas de Dios. Estamos metidos tan de lleno en nuestras actividades insignificantes, que no podemos soportar el pensamiento de que algo las trastorne. Demasiadas personas prefieren decir: «Bueno, el fin del mundo no ha llegado todavía, por tanto, ¿para qué pensar en ello? Probablemente tardará otros mil años.»

¡Puede que sea así! Pero también puede ser que no. Yo no voy a predecir el fin del mundo. Muchas personas bien intencionadas lo han hecho y son culpables de haber cometido una grave falta contra la causa cristiana. La fe cristiana ha sido ridiculizada debido a muchos chiflados religiosos y fanáticos, y a sus falsas predicciones.

Los que han estudiado la historia de las religiones saben que, muy a menudo, los que a sí mismos se han llamado profetas, han creado un histerismo de masas. En 1843, Guillermo Miller predijo que el fin del mundo tendría lugar la noche del 21 de marzo. Declaró que a la medianoche en punto las trompetas sonarían, que los cielos se envolverían como un

²¹¹ 2ª Pedro 3:4

gran rollo, y Jesús aparecería por segunda vez. Aquellos que creyeron a Guillermo Miller en vez de creer a la Biblia, se congregaron en gran número y esperaron, pero tuvieron que regresar de madrugada a sus casas, desilusionados y avergonzados.

Podían haberse evitado tal ridículo en público, sólo con haber recordado la advertencia que Jesús hizo una y otra vez: «Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el Señor de la casa; si al anochecer, o la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos las digo: "Velad".»²¹²

Las falsas predicciones y la terquedad humana de creer que la vida en esta tierra puede cesar súbitamente a causa de fuerzas sobrenaturales muy fuera de nosotros mismos, han hecho que muchas personas se burlen de la idea de la segunda venida.

Hay todavía otra razón que ha adormecido a demasiadas personas del mundo «civilizado» con un sentido injustificado de seguridad. Es la doctrina errónea del «progreso». Según esta enseñanza, el hombre y todas sus obras, lenta y penosamente progresan por su propio esfuerzo e inteligencia. Muchos que creen esta teoría también pretenden aceptar la segunda venida de Cristo, pero dicen que esta venida significa solamente el día en que el hombre se haya purificado por su propia obra, es decir, cuando haya llegado a reconocer la futilidad de la guerra, la insensatez de la codicia, del comportamiento egoísta, de la infructuosidad del prejuicio e intolerancia, y claramente entienda que es el guardián de su hermano, y viva conforme a la Regla de Oro.

Este mito, pues la teoría del «progreso inevitable» es un mito, y nada más, se basa únicamente en el que el hombre espera que suceda, y no en lo que realmente sucede. Se señala el hecho de que la medicina moderna hace posible que vivamos más tiempo que nuestros antepasados, pero se descuida la realidad de que la muerte es todavía nuestro último destino. Lo mejor que hemos podido hacer es aplazarla unos cuantos años. Cuando pensamos en nuestros sistemas, ampliamente mejorados, de transportes y de comunicaciones, tratamos de ignorar el hecho de que, principalmente, nos estamos aprovechando de nuestra conquista del aire para llevar la muerte y la destrucción a nuestros prójimos y no para difundir el Evangelio y la fe cristiana.

Cuando nos jactamos de nuestro extenso sistema de escuelas y universidades, nos olvidamos de que gran parte de la enseñanza de estos centros ha alejado a los estudiantes de Dios, en lugar de acercarlos a Él.

El hombre se enorgullece de haber descubierto el misterio del átomo, ¡aunque tiemble ante el pensamiento de lo que el ingenio del hombre sea capaz de acarrear sobre nosotros!

Estas cosas se catalogan entre los altos logros del «progreso» humano. Son los éxitos en los que algunos hombres tienen esperanza, en los que algunos basan su fe para un mundo mejor y más pacífico. Dan por sentado que el «progreso» conduce siempre hacia el mejoramiento, cuando en realidad puede conducir tanto hacia atrás como hacia adelante.

Entonces, ¿cuáles son los argumentos positivos? ¿Qué pruebas seguras tenemos de que Jesús volverá y de que debemos vivir prevenidos para ese día glorioso?

²¹² S. Marcos 13:35-37

Por supuesto, la Biblia es nuestra base, y en las Escrituras la segunda venida de Cristo ocupa un lugar preeminente. Algunos estudiantes de la Biblia han mostrado que uno de cada treinta versículos menciona esta doctrina, y por cada referencia a la primera venida de Cristo, ¡hay ocho referencias a su segunda venida! En total, hay trescientas dieciocho referencias a ella. En el Antiguo Testamento es el tema de los profetas, y en el Nuevo Testamento, libros enteros (1.^a y 2.^a Tesalonicenses) y capítulos enteros (San Mateo 24; San Marcos 13 y San Lucas 21) se dedican a ella.

La Biblia entera hace hincapié repetidamente en el hecho de que Cristo volverá a la tierra. Por ejemplo, en Isaías 66:15 se nos dice que «Jehová vendrá con fuego, y sus carros como torbellinos, para tomar su ira en furor, y su represión en llama de fuego».

En Jeremías se nos dice que, al tiempo de la venida del Señor, Jerusalén será hecha el trono de su gloria y las naciones se congregarán por medio de sus representantes. Habrá una poderosa conferencia de desarme mucho más grande que cualquiera de las que el mundo haya visto en Washington, Londres o París.

Ezequiel habla de que Jerusalén será restaurada, de un templo que será reedificado y de una tierra que será renovada y henchida de prosperidad.

Daniel vio a Cristo en visiones, viniendo como Juez y Rey de la tierra.

Oseas dice que en los postreros tiempos, cuando el Señor vuelva, Israel le aceptará como Señor y Rey.

Joel describe a los ejércitos del mundo en el día postrero, alineados en orden de batalla contra las huestes celestiales.

Amós revela el nuevo trono de David, restablecido en Jerusalén.

Abdías hace serias advertencias en vistas de la segunda venida del Príncipe de príncipes.

Miqueas anuncia el cese de todas las guerras cuando las espadas serán convertidas en azadones y las lanzas en hoces y rejas de arado.

Nahum relata cómo las montañas temblarán bajo los pies de Cristo, y la misma tierra se abrasará ante su presencia.

Habacuc muestra al Rey midiendo el nuevo Reino con una vara, y todas las montañas arrodillándose ante Él.

Sofonías nos da el nuevo canto que Él enseñará a Israel y describe la derrota del Anticristo.

Hageo relata el derrumbamiento de todas las cosas y la permanencia exclusiva de las cosas de Dios.

Zacarías presenta el cuadro de los pies de Cristo pisando de nuevo el Monte de los Olivos. El monte se partirá en dos, y el valle de la decisión será hecho.

Malaquías finaliza el Antiguo Testamento con la historia del Príncipe venidero, representándole como fuego purificador, y jabón de lavadores, y como el sol naciente, que inunda toda la tierra de su fulgor. El Antiguo Testamento rebosa de augurios sobre la segunda venida de Cristo.

En el Nuevo Testamento las predicciones de su venida son todavía más vivas y más claras. San Mateo compara a Cristo con el esposo que viene a recibir a la novia.

San Marcos lo ve como al Señor de la casa que emprende un largo viaje y encarga a sus siervos ciertas tareas mientras regresa.

Para San Lucas, Jesús es el caballero noble que viaja a un país lejano para arreglar ciertos negocios, y deja sus posesiones al cuidado de sus siervos, para que negocien con ellas hasta que venga.

San Juan cita las palabras de Cristo, diciendo: «Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo.»

En Romanos le vemos que regresa y pone todo bajo sus pies.

En 1.^a Corintios, San Pablo describe la venida del Señor para efectuar la resurrección de los muertos. En 2.^a Corintios describe la nueva habitación que tendremos cuando esta vivienda terrenal sucumba.

En Colosenses 3:4 se dice: «Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria.»

En 1.^a Tesalonicenses, San Pablo nos dice que esperemos al Hijo de Dios viniendo de los cielos. En 2.^a Tesalonicenses nos pinta el cuadro glorioso de la venida del Señor con sus santos.

En Timoteo encontramos estas palabras: que el Señor premiará a todos los que «aman su venida».

Tito habla de la «esperanza bienaventurada».

Hebreos nos promete que su segunda venida será sin pecado.

Santiago exhorta a sus lectores a que sean pacientes hasta la venida del Señor.

San Pedro dice que el día del Señor vendrá como ladrón en la noche.

San Juan hace el ofrecimiento a todos los creyentes: «Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él apareciere, seremos semejantes a Él, porque le veremos como Él es.»

Judas dice: «He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares.»

Y todo el libro del Apocalipsis se dedica al asunto de la venida de Cristo.

No sólo, pues, el Antiguo Testamento nos dice que esperemos la segunda venida de Cristo, sino también el Nuevo está lleno de la promesa de ella, y si estudiamos los documentos históricos de nuestras grandes denominaciones, veremos que todos nuestros fundadores lo creyeron y aceptaron.

La verdad universal más conmovedora y gloriosa es la de la segunda venida de Jesucristo. Es la promesa segura del futuro, ahora cuando todo lo que nos rodea es pesimismo y tristeza. Cuando la gente se lamenta: «¿Qué será de nosotros?, ¿hacia dónde vamos?», la Biblia dice que la única contestación de todas las cosas será la venida de Jesucristo, y señala los galardones que esperan a los escogidos de Dios.

En cuanto al tiempo y a la fecha exacta de este suceso glorioso, no desafiaré a la Providencia aventurándome en conjeturas. Conozco bien el pasaje de Hechos 1:6-7, cuando los discípulos preguntaron a Cristo: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?», y respondiendo Jesús les dijo: «No toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad.»

No importa que desconozcamos el tiempo exacto de su venida. Lo esencial es que vivamos de tal manera que estemos preparados para ella en cualquier momento. Jesús dijo que los ángeles en el cielo no lo sabían, sólo Dios conoce el instante en que habrán de resonar las poderosas trompetas, y en que los cielos se han de partir, para que Cristo y sus huestes celestiales aparezcan una vez más a la vista de los hombres.

Jesús, sin embargo, dijo que habría ciertas señales para indicar la proximidad de su segunda venida, afirmando: «Cuando estas cosas comiencen a sucederse, erguíos, y levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca.» Y dijo una parábola: «Mirad la higuera y todos los árboles. Cuando ya brotan, viéndolo, sabéis por vosotros mismos que el verano está ya cerca. Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca el Reino de Dios.»²¹³

¿Cuáles son estas señales que Jesús nos recomendó esperar u observar? «Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas; desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra; porque las potencias de los cielos serán conmovidas.»²¹⁴

El tiempo, según lo miden los ángeles que ven desde la eternidad, difiere mucho del que se mide con el calendario terrenal. A nosotros, que nos asimos desesperadamente a nuestros setenta años, que vemos los días en relación con nuestra permanencia en la tierra, cien, doscientos y quinientos años nos parecen un tiempo muy largo. Sin embargo, para Dios, tal lapso de tiempo es como un día.

Los que leen correctamente las Escrituras, a la vista de los sucesos actuales piensan que estamos en los días postreros de la vida sobre esta tierra, y que hemos entrado en la época final, en el último acto del grandioso drama que empezó hace miles de años en el Edén.

El Cercano Oriente está en efervescencia. La antigua Persia vuelve a convertirse en una nación importante a causa del petróleo. Con el restablecimiento de Israel como nación independiente y estado soberano, con su ejército propio y moneda e identidad propias, la rueda de la historia ha descrito un ciclo tremendo y casi completo. Fue en aquella región rica y fértil del Cercano Oriente donde nuestra civilización tuvo su principio. De esa región limitada, se diseminó en todas direcciones. Circundó el Globo. Se movió firmemente, deteniéndose de vez en cuando, para recuperarse y fortalecerse, a veces atrapada en las garras poderosas de las muchas épocas oscuras de barbarie, ignorancia, impiedad y miedo. Ahora, en nuestro tiempo, comienza a tornar a los lugares de sus orígenes.

Los campos, largo tiempo sin cultivar y estériles, producen de nuevo su fruto. Sí, las ramas de la higuera se hacen tiernas y sus hojas brotan, por todas partes aparecen las señales que somos invitados a considerar.

Además, reconocemos que podemos ver a nuestro alrededor bien claramente el cuadro que Jesús pintó al decir: «Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo

²¹³ S. Lucas 21:28-31

²¹⁴ S. Lucas 21:25-26

del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre. Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra dejada. Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor.»²¹⁵

En Daniel 12:4 hay un pasaje donde el profeta refiere el incremento de la ciencia en los días postreros, como otra de las señales que indican la proximidad del fin. «Pasarán muchos» (literalmente: «muchos correrán por todas partes») nos dice el pasaje, y no necesitamos que nos hablen del tremendo aumento en comunicación y ciencia que han caracterizado los últimos setenta años. En ninguna otra época de la historia se han sucedido a tal ritmo los acontecimientos, nunca antes los descubrimientos maravillosos de los hombres han estado tan próximos.

Los médicos y psiquiatras durante los últimos cuarenta y cinco años han dicho repetidas veces que el cuerpo humano no está capacitado para tal tensión, que no puede aguantar tanta velocidad y presión, pero seguimos adelante al ritmo de siempre. Muchos de los jefes de industria cuyo trabajo ha hecho posible esta tremenda aceleración, han muerto repentinamente en sus despachos, víctimas del monstruo que ellos crearon.

Se nos dice que posiblemente el pasaje en Ezequiel 38 y 39 describe a Rusia y el enorme poder del comunismo, en los grandes ejércitos que se levantarán y marcharán contra el Señor en los días postreros.

Hace pocos años, muchos intelectuales se burlaban de 2.^a Pedro 3:10-12. Pero la explosión de la bomba de hidrógeno y las terribles posibilidades de la bomba de cobalto han cambiado su escepticismo en una admiración de las predicciones bíblicas.

«Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas. Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¿cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán!»

Ciertamente no quisiera cometer el error de Guillermo Miller, o de otros muchos hombres de Dios, sinceros, pero celosos en extremo, de fijar una fecha, ni siquiera aproximada, para la venida de Cristo. Sin embargo, con toda seriedad quiero señalar que los tiempos en que vivimos se diferencian radicalmente de cualquier época anterior.

El compás del tiempo se acelera con sucesos de tal magnitud, que cualquiera de ellos hubiera sido la sensación de toda una edad hasta hace poco; ahora vienen tan seguidos que pasan casi inadvertidos. El relajamiento moral ha llegado a ser tan común y aceptado, que se hace muy poco esfuerzo para ocultarlo. La corrupción en los altos puestos es casi una regla y no la excepción.

²¹⁵ S. Mateo 24:37-42

Sobre todo, se nos enfrenta la potente fuerza del comunismo, el más grande adversario del cristianismo, el mejor organizado y el más franco, a quien la iglesia se ha enfrentado desde los días de la Roma pagana. El Anticristo, que los profetas advirtieron había de aparecer en los últimos días, posiblemente está creciendo y tomando forma ante nuestros propios ojos, un Anticristo atrevido, desvergonzado y bien armado, que no se preocupa en disimular su identidad o enmascarar su propósito.

Estas son tendencias apocalípticas, caracterizadas por la guerra, el hambre, la peste y la muerte que en este momento cabalgan a través del mundo. El tiempo, como es medido por los seres celestiales, puede darnos diez años, cien años, mil años; pero también puede darnos un día, una semana o un mes. Bien puede aplicarse a la actualidad el dicho de «que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca».²¹⁶

Hasta ese Día Supremo la actitud de todo cristiano debe ser la de velar y esperar. Jesús dijo: «Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor.»²¹⁷ De nuevo esta esperanza grandiosa debe provocar una consagración completa al servicio, de parte de todos los que creen en ella. Jesús dijo: «Negociad entretanto que vengo.»²¹⁸ También es un tiempo de preparación. Jesús dijo: «Vosotros, pues, también, estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del hombre vendrá.»²¹⁹

Toda la historia se encamina hacia el gran día cuando todos los enemigos serán puestos bajo sus pies y Cristo será coronado. La Biblia dice: «Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán término, sobre el trono de David, y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre.»²²⁰

Entonces cesarán la guerra y los combates. No habrá pecado ni codicia, y el pesar y el dolor habrán desaparecido. Entonces, los paganos serán convertidos, ningún hombre vivirá sin conocer a Dios, toda la naturaleza desplegará el esplendor y la magnificencia que caracterizaron el jardín del Edén. Entonces, todos los animales de la tierra habitarán juntos en armonía y en paz. Entonces, el conocimiento del amor de Dios cubrirá la tierra, y nuestra ardiente oración de siempre: «Venga tu reino» será, por fin, contestada.

¡Esta es la esperanza del cristiano!

²¹⁶ **S. Mateo 24:34**

²¹⁷ **S. Mateo 24:42**

²¹⁸ **S. Lucas 19:13**

²¹⁹ **S. Lucas 12:40**

²²⁰ **Isaías 9:7**

XVIII. PAZ, POR FIN

«Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado.»

Isaías 26:3

Ahora entiendes lo que significa estar en paz con Dios, y sabes lo que significa ser cristiano. Sabes el precio que tienes que pagar para obtener esta cosa soñada que los hombres llaman paz y felicidad. Conozco personas que podrían ofrecer un cheque de un millón de dólares a cambio de tener paz. Millones la buscan. Cada vez que se acercan a la paz que tú has hallado en Cristo, Satanás les desvía, les ciega, les engaña para que la pierdan. Pero tú la has hallado. Es tuya para siempre. Has descubierto el secreto de la vida.

Hay aún muchas cosas que no comprendes. Hay aún muchos misterios, numerosos problemas que te desconciertan. Pero, en tu fuero interno, el reposo y la paz profunda te procuran una vida de confianza. Has hallado en el ideal cristiano ventajas que desafían todos los conceptos filosóficos. El materialismo, el comunismo, todas las demás ideologías no pueden compararse con la que Cristo ofrece.

El doctor Thiessen, en su obra sobre la Ética Cristiana, enumera ciertas ventajas que mencionaremos aquí. Primeramente, la adopción. En el momento en que aceptaste a Jesucristo como tu Salvador personal, fuiste adoptado en la familia de Dios. Ahora eres hijo. Tienes ciertos privilegios y responsabilidades que sólo la familia real puede conocer. Por tus venas circula la sangre real mediante la adopción. Fuiste constituido miembro de la familia del Rey de reyes y Señor de los señores.

Segunda, eres un heredero. La Biblia enseña que cuando naciste de nuevo, tu posición en Cristo te convirtió en coheredero con Él. Ya eres heredero de todas las cosas.

Tercera, posees paz. Podemos experimentar la paz únicamente cuando recibimos el perdón divino, cuando nos reconciamos con Dios y tenemos armonía interior con nuestros prójimos y especialmente con Dios. «No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos.»²²¹ Por medio de la sangre de la cruz, Cristo firmó la paz con Dios a nuestro favor. Él mismo es nuestra paz. Si mediante la fe le aceptamos, somos justificados por Dios y conocemos la serenidad interior, que no alcanza al hombre por ningún otro medio. Cuando Cristo entra en nuestro corazón, estamos libres de la obsesión del pecado. Purificados de todo sentimiento de comunicación, erguimos la cabeza, seguros de que podemos mirar de frente a nuestros prójimos. «Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos pacificará con él.» Aún más importante, sabemos que podemos comparecer ante Dios en la hora de la muerte, con esa misma paz y seguridad. Ni el comunismo ni ninguna otra filosofía pueden prometer tanto.

La cuarta ventaja que se deriva del conocimiento de Cristo es la vida espiritual. En su estado natural, ningún hombre entiende todo el alcance de su iniquidad pasada, pero sí se da cuenta del estado mortal de su alma. Los que no están familiarizados con los términos

²²¹ Isaías 57:21

teológicos, tal vez no puedan expresar sus pensamientos de esta manera, pero no son menos conscientes de ello. Aun el hombre no regenerado se admira, a veces, de su indiferencia respecto del bien y del mal. Se siente turbado al ver con qué facilidad, frente a flagrantes injusticias, acepta los compromisos y se declara favorable a la causa provechosa antes que a la causa justa. Aun el pecador más empedernido pasa por momentos en que anhela ser mejor. El criminal más insensible y la prostituta más desvergonzada son conscientes de un anhelo profundo hacia el bien. Los hombres y las mujeres no convertidos que tratan de llevar una vida honesta se resienten de una manera punzante al comprobar cuán alejados permanecen de su propósito. Lo trágico es que muchos de ellos ni siquiera saben que su fracaso se debe a que están muertos en pecados y transgresiones, y que para que puedan vivir según las leyes espirituales, es preciso que reciban vida por medio de Cristo.

Jesús dijo: «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.»²²² San Pablo declaró: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.»²²³

El nacer de nuevo en Cristo significa nacer para nuevos ideales, nuevas aspiraciones, nuevas esperanzas y nuevas capacidades de alcanzar metas nuevas y flamantes. Cristo, como Señor y Maestro, te ha dado una nueva vida. Has nacido de nuevo.

Quinta, el convertido conoce el gozo del compañerismo cristiano. La soledad es uno de los grandes terrores, de las grandes tragedias de la Humanidad. Cuántas veces hablamos de sentirnos solos en medio de un enorme gentío. Cuántos hombres y cuántas mujeres han experimentado una sensación de mayor soledad en una gran ciudad que andando por un camino solitario en el campo. Cuántas veces deseamos tener a alguien que pueda comprender y participar de nuestros sentimientos más íntimos, alguien con quien hablar, que vea la vida como la vemos nosotros, que esté impulsado por los mismos motivos, que juzgue conforme a los mismos valores.

Cuando encontramos uno que «habla nuestro mismo idioma» realmente repetimos el anhelo que el Salmista expresara: «Mira a mi diestra y observa, pues no hay quien me quiera conocer; no tengo refugio, ni hay quien cuide de mi vida.»²²⁴

Tú has encontrado en Cristo el único amigo que comprende todos tus pensamientos, y cuando la comunión con Él se convierte en realidad, nunca estarás solo. Cuando Cristo ocupa en tu corazón el lugar que le corresponde, desaparece todo sentido de separación de Dios. Una vez más estás en la presencia de Dios. Esta comunión es un gozo inefable y lleno de gloria. Ninguna filosofía humana puede dar este glorioso bien.

La sexta ventaja es que, al seguir a Cristo, el hombre recibe una nueva fuerza. El hombre por sí solo no es capaz de alcanzar sus propios ideales. Las leyes mosaicas fueron establecidas como la norma mínima de conducta aceptable para Dios, y tú eres demasiado débil para cumplir esta norma sin otra ayuda. A través de la historia, el hombre ha tomado muchas resoluciones, con la esperanza de tener la potencia suficiente para cumplirlas, pero

²²² **S. Juan 10:10**

²²³ **2ª Corintios 5:17**

²²⁴ **Salmo 142:4**

en su corazón ha entendido que lo único que puede realizar es una reforma temporal y no un cambio permanente. Esta debilidad humana es tan palpable que los propósitos del Año Nuevo han llegado a ser una broma mundial, y la capacidad del hombre para enmendarse sin la ayuda de Dios, han merecido el desdén público. Solamente por el nuevo nacimiento en Cristo puede el hombre lograr, no sólo una alteración de su manera actual de vivir, sino la creación de una nueva personalidad.

Todos conocemos la transformación que se efectuó en Saulo en el camino hacia Damasco, cuando Cristo entró en su corazón y le cambió de uno de sus enemigos más encarnizados, en uno de sus más decididos paladines. Hoy día ocurren muchos cambios igualmente dramáticos en las almas de los hombres, y se efectúan por el mismo poder que transformó a Saulo en Pablo, mediante el nuevo nacimiento por Jesucristo.

No hay filosofía humana que pueda lograr tales cambios ni conceder tal fuerza. Esta potencia está preparada para ayudarte en todo tiempo. Dios dijo: «No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerza; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia.»²²⁵

Cualesquiera que sean las circunstancias, el llamamiento, el deber, el precio o el sacrificio requeridos, la potencia suya será tu fortaleza en la hora de necesidad.

La séptima ventaja es que hay beneficios físicos que emanan de una vida cristiana. El pecado y el sentimiento de indignidad interior alteran el bienestar físico y mental. El sentido de impureza e inmoralidad físicas, el sentido de odio hacia nuestros semejantes, el conocer nuestra propia insuficiencia, la frustración y nuestra incapacidad de alcanzar las metas a que aspiramos, provocan enfermedades físicas y mentales. El sentido de culpa y de pecado que el hombre natural lleva dentro de sí, le hace inepto para el cumplimiento de sus deberes, le enferma la mente y el cuerpo. No fue por casualidad que Jesús combinara las curaciones con la predicación y con la enseñanza mientras Él estaba en la tierra. Existe una relación real entre la vida del espíritu y la salud física y moral.

La paz con Dios, la paz de Dios en el corazón del hombre, y el gozo de la comunión con Cristo tienen en sí un efecto saludable sobre el cuerpo y sobre el espíritu, desarrollando y preservando la fuerza física y mental. Así, además de la paz interior, Cristo concede al cuerpo, a la inteligencia y al espíritu las mejores disposiciones. Favorece el desarrollo de la vida espiritual. El gozo y la comunión con Él, así como una fuerza nueva, provienen del nuevo nacimiento.

Hay ciertos privilegios especiales que sólo el verdadero cristiano puede gozar. Por ejemplo, el privilegio de recibir la sabiduría divina y de ser continuamente guiado. La Biblia dice: «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada.»²²⁶

Además, el cristiano goza de un optimismo verdadero. La seguridad de que, conforme a la revelación divina, todo contribuirá a su bien.

²²⁵ **Isaías 41:10**

²²⁶ **Santiago 1:5**

El cristiano tiene también una visión del mundo. Esta visión descubre el propósito de Dios y el fin hacia el cual todos marchamos. Nos asegura de que, a pesar de las guerras de unos contra otros, y a pesar de las fuerzas destructivas de la Naturaleza que parecen tenernos en sus garras, Dios todavía está en su trono y lo dirige todo. Satanás mismo se ve limitado por el poder de Dios, y le es concedida la oportunidad de ejercer su influencia maléfica sólo en el tiempo y en la forma en que Dios lo estima conveniente. Las Escrituras nos enseñan que Dios tiene un plan definido para cada época de la historia para cada nación y para cada individuo. La Escritura descubre el plan de Dios para la venida de Cristo, cuando establecerá su Reino, como ya hemos visto. Así, para el cristiano, la vida tiene su plan y la seguridad de que, al fin, Dios triunfará sobre toda injusticia.

Al resumir la superioridad de la vida cristiana sobre todas las demás formas de vida, no podemos silenciar las perspectivas del cristiano para la eternidad. Job dijo: «Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?» Y contestó su propia pregunta con estas palabras: «Yo sé que mi Redentor vive, y, al fin se levantará sobre el polvo.»²²⁷

¡Qué perspectiva! ¡Qué futuro! ¡Qué esperanza! ¡Qué vida! No la cambiaría yo por la del hombre más rico e influyente del mundo. ¡Prefiero ser un hijo del Rey, un coheredero con Cristo, un miembro de la familia real de los cielos!

Sé de dónde he venido, sé por qué estoy aquí, sé a dónde voy y tengo paz en mi corazón. ¡Su paz inunda mi corazón y embarga mi alma!

La tempestad arreciaba. El mar enfurecido se estrellaba, en enormes olas, contra las rocas. Relampagueaba y tronaba, azotaba el viento; pero el pajarito estaba en la hendidura de la peña y dormía profundamente, con su cabecita debajo del ala.²²⁸ He ahí lo que es la paz: ¡poder dormir durante la tempestad!

En Cristo tenemos reposo y paz en medio de las confusiones, extravíos y perplejidades de esta vida. La tempestad azota, pero nuestros corazones reposan. Hemos hallado, por fin, la paz.

²²⁷ Job 14:14 y 19:25

²²⁸ El autor alude a un cuadro famoso que representa «la paz», según esta descripción artística.